

Serie 1

Reflexiones agustinianas sobre

EL DOCTOR DE LA IGLESIA

ENRIQUE ARENAS MOLINA, OAR



Vigilante de la Educación



© Universitaria Agustiniana
© Editorial Uniagustiniana
© Enrique Arenas Molina, oar

Primera edición, 2022

ISBN (impreso): 978-958-5498-70-9

ISBN (digital): 978-958-5498-76-1

Colección *Reflexiones agustinianas sobre*

ISBN (impreso): 978-958-5498-69-3

ISBN (digital): 978-958-5498-75-4

Edición

Editorial Uniagustiniana

Campus Tagaste, Av. Ciudad de Cali n.º 11B-95

coor.publicaciones@uniagustiniana.edu.co

<https://editorial.uniagustiniana.edu.co>

Ruth Elena Cuasialpud Canchala, Coordinadora editorial y de difusión

Pablo Castellanos, editor asistente

Inti Alonso, diseño y diagramación de contenido

Éndir Roa, diseño de cubierta

Impresión y acabados, DGP Editores S.A.S.

Imagen de cubierta: George Maigret y Hieronymus Petri, *Iconographia magni patris Aurelli Augustini: Hipponensis episcopi, et ecclesiae doctoris excellentissimi*, 1624. Fuente: <https://digital.library.villanova.edu>

Impreso y hecho en Bogotá, Colombia. Depósito legal según Decreto 460 de 1995.

Derechos reservados conforme a la ley. Prohibida la reproducción parcial o total de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin el permiso escrito de la Uniagustiniana.

Arenas Molina, Ramón Enrique

Reflexiones agustinianas sobre / Ramón Enrique Arenas Molina. -- Bogotá : Uniagustiniana, 2022.

v.

Contenido: v. 1. El doctor de la Iglesia -- v. 2. El cristianismo -- v. 3. Actitudes en tiempos de crisis -- v. 4. Educación y pedagogía -- v. 5. Innovación y liderazgo.

ISBN 978-958-5498-69-3 (obra completa) -- 978-958-5498-70-9 (v. 1) -- 978-958-5498-71-6 (v. 2) -- 978-958-5498-72-3 (v. 3) -- 978-958-5498-73-0 (v. 4) -- 978-958-5498-74-7 (v. 5)

1. Agustín, Santo, Obispo de Hipona, 354-430 - Vida religiosa 2. Vida espiritual - Iglesia Católica 3. Vida cristiana 4. Felicidad - Aspectos religiosos 5. Perdón - Aspectos religiosos I. Título

CDD: 204.4 ed. 23

CO-BoBN- a1089300

CONTENIDO

El itinerario vital de Agustín	4
El amor a la verdad según Agustín	39
Agustín: El deseo de saber y conocer	69
Agustín e inquietud por la Verdad	93
Ser e identidad agustiniana	117
Dios, camino a la felicidad	133

EL ITINERARIO VITAL DE AGUSTÍN

*“Nos hiciste para Ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en Ti!”
(conf. 1,1,1).*

AMBIENTACIÓN

La vida de Agustín de Hipona es la historia de un recorrido intelectual en busca de la verdad que le llevó de la retórica a la filosofía, del maniqueísmo al neoplatonismo, y de éste al cristianismo.

Agustín nació el 13 de noviembre del año 354 en Tagaste, una pequeña ciudad romana del norte de África, cerca de Numidia, en lo que ahora es Argelia. Su padre Patricio, modesto funcionario municipal, era un hombre no creyente, cariñoso y vehemente a la vez. Tenía dos hermanos, Navigio y Perpetua. Su madre se llamaba Mónica. Quien trabajó y rezó largamente por su conversión. En la búsqueda de salvación de su familia, Mónica encontró su camino de santidad.

Agustín vivió en una época de bamboleo social y política: la crisis y caída del Imperio Romano. Es uno de los exponentes de la Patrística, recurrir al platonismo para fijar el dogma cristiano y combatir las herejías, beneficiando inintencionadamente a la difusión de la cultura griega en la Edad Media. Fue un hombre prolífico.

Agustín aprendió las Artes Liberales: *Trívium*, los saberes humanos: dialéctica, retórica y filosofía. *Quadrívium*, los saberes exactos: aritmética, geometría, música y astronomía.

Adolescente, se hundió en los vicios. La brillante inteligencia y su fiel memoria le predisponían mucha facilidad para los estudios. Ese hecho inclinó a su padre, cuando Agustín terminó los estudios

en Tagaste y Madaura, a pensar en mandarlo a Cartago, la capital romana del norte de África, donde podría proseguir su formación intelectual y llegar a ser un acreditado jurista.

El año que Agustín pasó esperando que su padre reuniese el dinero suficiente para ello, fue funesto para él. Estaba en la exuberancia de sus dieciséis años, lleno de vida y quimeras, y se perdió moralmente debido a la influencia letal de malos compañeros, que llevaban una vida disoluta.

Declara Agustín en su obra *Confesiones*:

“Hubo un tiempo en mi adolescencia en que me abracé en deseos de hartarme de las cosas más bajas. Tuve asimismo la audacia de liarme en la espesura de amores diversos y sombríos. Quedó quebrantada mi hermosura y me convertí en un ser infecto ante tus ojos [Oh, Dios], por darle gusto a los gustos personales y por desear quedar bien ante los ojos de los hombres” (conf. 2,1,25).

Seducido por la herejía maniquea. En busca de la vana curiosidad, dice:

“Vine a caer en manos de unos hombres sumamente orgullosos, superficiales y charlatanes a más no poder. En su boca sólo había trampas diabólicas y una especie de cinta pegajosa hecha a base de las sílabas de tu nombre [Dios]” (conf. 3,6,46).

Estos eran los herejes maniqueos. Agustín se volverá uno de sus ardientes defensores, pervirtiendo para la secta a varios amigos católicos. Durante 9 años permanecerá en sus redes.

El año 375, habiendo terminado sus estudios, volvió a Tagaste, donde enseñó con éxito gramática y retórica. Como se obstinaba

en la herejía, su madre no quiso acogerlo en casa. Habiendo sin embargo consultado a un obispo al respecto, éste la aconsejó de recibirlo, diciendo que un hijo de tantas lágrimas no podía perderse. Mientras tanto, luego de la muerte de un amigo muy íntimo, para olvidar el dolor, Agustín volvió a Cartago, donde continuó enseñando retórica con el mismo brillo.

A pesar de ser maniqueo, Agustín tenía muchas dudas al respecto de lo que le era enseñado por la secta.

En el camino a la conversión y a la santidad, a los 29 años, aún inquieto en busca de la verdad por la cual aspiraba, Agustín resolvió ir a Italia. En Roma enseñó retórica, pero acabó trasladándose a Milán. Allí, su madre fue a vivir con él.

La lectura de las Epístolas de san Pablo, la influencia de su madre, Mónica, y del obispo de Milán, Ambrosio, lo llevaron a aproximarse a los cristianos. Como él lo narra en sus Confesiones, después de los zarandeos de sus vacilaciones vive un momento intenso de dilaceración interior. Tal compunción lo decide a convertirse. Pero ese proceso de conversión duró tres años.

Agustín en un momento de su vida vivió ansioso de felicidad, la buscó y fue tras ella; pero en un instante de perspicacia y claridad, se dio cuenta que la tenía dentro, muy dentro de su corazón, hasta llegar a exclamar en su obra de las Confesiones:

“¡Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé! y tú estabas dentro de mí y yo afuera, y así por fuera te buscaba; y, deforme como era, me lanzaba sobre estas cosas que tú creaste” (conf. 10,27,29).

Al fin, en la víspera de la Pascua del año 387, es bautizado por san Ambrosio juntamente con su hijo Adeodato y varios discípulos. Después del bautismo, Agustín resolvió regresar a África.

En Ostia, cerca de Roma, tiene lugar el famoso éxtasis en que él y su madre Mónica son arrebatados cuando consideraban la vida futura. Poco antes había fallecido su hijo, a los quince años de edad. Y santa Mónica pronto lo sigue a la tumba.

Es el pueblo el que lo aclama para ser sacerdote y después obispo. Luego de ser ordenado, la primera cosa que Agustín hizo fue pedirle al obispo un lugar para erigir un monasterio como el de Tagaste. Pronto poblado de almas electas bajo la dirección suya, de ese granero saldrían por lo menos diez obispos para las diócesis vecinas.

En el año 430 los bárbaros vándalos invadieron el norte de África y cercaron Hipona. Consumido por la tristeza, pues veía en aquello la mano de Dios que castigaba, Agustín fue víctima de una fiebre que lo postró en el lecho. Teniendo siempre presente su anterior vida pecaminosa, mandó que escribiesen en la pared de su cuarto los salmos penitenciales, para tenerlos delante de los ojos en todo momento, hasta entregar su compungida y noble alma a Dios.

*Mereció el glorioso nombre de Doctor y defensor de la gracia,
por la refutación que hizo de la errada doctrina de la gracia,
predicada por el pelagianismo.*

Los puntos esenciales a presentar en **El itinerario vital de Agustín** están relacionados entre sí y ayudan a dar un discernimiento de la vida y obra de Agustín:

1. Breve biografía
2. Huellas de Agustín
3. Alcanzar la felicidad
4. El secreto de la felicidad
5. Camino de conversión

6. Felicidad en Dios
7. Camino itinerante de Agustín
8. Su paso filosófico

Indubitadamente, este itinerario vital de Agustín de búsqueda para encontrar la verdad culminó con la conversión y de inmediato con el bautismo, pero no se concluyó en aquella Vigilia pascual, cuando en Milán el retórico africano fue bautizado por el obispo san Ambrosio. El camino de conversión de Agustín continuó sencillamente hasta el final de su vida, y se puede decir con verdad que sus diferentes etapas, se pueden distinguir fácilmente tres, son una única y gran conversión.

1. BREVE BIOGRAFÍA

Sus primeros estudios los realizará en Tagaste, continuándolos en el año 365, en la cercana ciudad de Madaura (aunque se verá obligado a interrumpirlos en el año 369 por dificultades económicas); a partir del año 370 estudiará en Cartago, dedicándose principalmente a la retórica y a la filosofía, destacando de una manera especial en retórica, y encontrando dificultades en el aprendizaje de la lengua griega, que nunca llegó a dominar.

Gracias a los esfuerzos de su madre, Mónica, que le había educado en el cristianismo desde su más tierna infancia, Agustín llevará en Cartago una vida disipada, muy alejada de las pretensiones de aquella, orientada hacia el disfrute de todos los placeres sensibles. En esa época convivirá con una mujer (cuyo nombre no nos revela en sus Confesiones, con la que mantendrá una relación apasionada y con la que tendrá un hijo, Adeodato, en el año 372.

La lectura del Hortensio de Cicerón le causará una honda impresión que le acercará a la filosofía, adhiriéndose a las teorías de los maniqueos, hacia el año 373. Luego de un año en Tagaste, donde enseñará retórica, regresa a Cartago, donde abrirá una escuela en la que continuará sus enseñanzas hasta el año 383 en que, tras el encuentro con Fausto, a la sazón el más destacado representante del maniqueísmo norteafricano, decepcionado, abandonará el maniqueísmo.

Ese mismo año se trasladará a Roma, y luego a Milán, donde enseña retórica. De nuevo la lectura de Cicerón, ya abandonado el maniqueísmo, le acercará al escepticismo de la Academia nueva, hasta que escucha los sermones del obispo de Milán, Ambrosio, que le impresionarán hondamente y le acercarán al cristianismo. En este período descubre también la filosofía neoplatónica, leyendo las traducciones que había hecho de Plotino al latín Mario Victorino, y lee también las epístolas de san Pablo.

La conversión del corazón sobrevino poco después, de un modo inesperado, haciéndose al mismo tiempo cristiano y monje, influido por un ideal de perfección.

Agustín concibió una voz que clamaba: “*tolle, lege*”, y que traduce: “toma, lee”. Esto lo estimuló a leer al Apóstol Pablo, en la que tropieza las palabras que en definitiva lo transbordaron a la conversión. Dice, Agustín:

“Lo abrí y leí en silencio el primer capítulo que cayó ante mis ojos: no en las comilonas ni borracheras; no en fornicaciones ni en rivalidad, ni envidia; sino revestíos de nuestro Señor Jesucristo y no hagáis caso de la carne para satisfacer sus concupiscencias” (Rm 13,13-14).

En el año 386 se convierte al cristianismo. Ese mismo año se establecerá en Casiciaco, cerca de Milán, con su madre, su hijo y algunos amigos, y comienza a escribir sus primeras Epístolas. El año siguiente se bautiza en Milán y opta por una vida ascética y casta. Tras la muerte de su madre, se traslada a África en el año 388, estableciéndose en Tagaste donde fundará un monasterio en el que permanecerá hasta el año 391.

Dicho año se trasladará a Hipona, (actualmente Annaba, también en Argelia), ciudad cercana a Tagaste, en la costa, donde será consagrado sacerdote por el obispo Valerio. Allí fundará otro monasterio, en terrenos cedidos por el obispo, desarrollando una fecunda actividad filosófica y religiosa, destacando el carácter polémico contra las diversas herejías (donatistas, pelagianistas) a las que se enfrentaba el cristianismo, y que Agustín consideraba el principal problema con el que habría de enfrentarse.

En el año 396 es nombrado obispo auxiliar de Hipona por Valerio, pasando a ser titular tras la muerte de éste. En los años 418 y 422, en plena descomposición del imperio tras el saqueo de Roma por Alarico, participa en el concilio de Cartago y continua su activa producción filosófica y religiosa que abarcará más de 100 volúmenes, sin contar las Epístolas y Sermones. En el año 430, estando sitiada Hipona por las huestes de los vándalos de Genserico, morirá, poco antes de que la ciudad fuera completamente arrasada.

La vida temprana de Agustín está rodeada de un velo de misterio que el mismo santo Obispo nos irá descubriendo, para develarnos una persona inquieta, en infatigable búsqueda de Dios. Él mismo fue su mejor biógrafo. Deseaba entregar su testimonio a los que como él peregrinan al seno del Padre. Agustín traza en sus Confesiones, aquel “diario” de profundidad casi inmensurable, un conmovedor itinerario espiritual de la persona hacia la verdad. “Yo deseo conocer a Dios y mi propia alma”, expresará más tarde en los Soliloquios.

Agustín aparece como el buscador incansable de la felicidad, la que sólo se puede hallar en la verdad. Para encontrarla no se echará atrás ante las mayores dificultades, por muy grandes y amenazantes que parezcan. “Anhela la verdad en vistas a la felicidad. No ha concebido jamás la felicidad como posible aparte de la verdad”, escribió el filósofo Étienne Gilson. El objetivo que se traza no es simple. Se trata de conocer la verdad y conformar su vida de acuerdo con ella.

Cuantiosos fueron sus escritos en los cuales proporciona numerosa información sobre sí mismo. De hecho, una de las principales fuentes documentales para el conocimiento de su existencia son sus famosas Confesiones, escrito autobiográfico que provee reseñas desde su nacimiento hasta la muerte de su madre Mónica, acontecida en Roma en el año 387. Junto a ellas, la *Vita Sancti Augustini*, compuesta entre los años 431 y 439, es decir, inmediatamente después de la muerte de Agustín, por su amigo y compañero, el obispo de Calama, san Posidio, facilita nutrida información de su etapa como obispo de Hipona.

Su primera obra fue escrita a los 27 años, *De pulchro et apto* –Sobre lo bello y lo conveniente–, en la actualidad perdida. Ya por entonces su entusiasmo por el maniqueísmo había comenzado a declinar. Grandes dudas se le trazaban a las cuales la enseñanza de Mani no era capaz de proporcionar solución. La entrevista que tuvo con el obispo maniqueo Fausto para tratar diversos temas, no hizo sino aumentar sus sospechas hacia el maniqueísmo dada la escasa talla intelectual de éste. Hacia el 400, refutará a los maniqueos en *Contra Fausto*.

2. HUELLAS DE AGUSTÍN

Agustín de Hipona, como pedagogo, filósofo, teólogo y retórico, ha evidenciado todo un proceso histórico en nuestras vidas, su actividad, sus escritos tienen un marcado fin pedagógico. Después de salir de la escuela se dedicó a la docencia y, durante trece años, enseñó la gramática y la retórica en Tagaste, en Cartago, en Roma y en Milán. “Como el Principio de un hecho es partir, y la culminación es la llegada; la tarea del aprendizaje es el comienzo, y la culminación, la comprensión o asimilación de la doctrina” (ciu. 7,9,1).

Así como Agustín de Hipona está también, Miguel de Cervantes Saavedra, que fue un novelista, poeta, dramaturgo y soldado español. Considerado la máxima figura de la literatura española y es universalmente conocido por haber escrito el ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha, sus huellas han marcado todo un historial de vida plantado en el corazón de sus lectores y seguidores. Como dice, él: “El que lee mucho y anda mucho, ve mucho y sabe mucho”.

Agustín con ese buscar para encontrar se dio cuenta que el amor impulsa y fortalece la actividad de conocer y a la vez proporciona sentido y mueve la búsqueda que el hombre emprende: acercarse al amor de Dios en el camino a la felicidad,

“ama y haz lo que quieras. Si callas, callarás con amor; si gritas, gritarás con amor; si corriges, corregirás con amor; si perdonas, perdonarás con amor. Si tienes el amor arraigado en ti, ninguna otra cosa sino amor serán tus frutos” (ep. Io. 7,8).

Amar no es tan sencillo, esa es la dificultad. Como lema está muy bien, pero a la hora de especificarlo, brotan los inconvenientes. Porque a veces aquello que creo que es amor no dura en el

tiempo. Otras veces, detrás de un acto supuestamente generoso, descubro que me estoy buscando a mí mismo; que en realidad me ofusco si no se me gratifica lo suficiente. Quiero amar, pero depende de a quién.

En Agustín de Hipona no sólo como retórico, sino, incluso, como escritor, es claro que la palabra es portadora de significados no de cosas: de la boca del hablante procede no la realidad conocida sino el signo con que es conocida. No equivalen a esto o lo otro, sino que lo implican, las palabras son signos en el sentido de que instruyen no ofreciendo la equivalencia absoluta, sino indicando la dirección en que habrá que explorar, semejantes a flechas indicadoras, más que a contenidos definidos o definibles.

Innegable es el que quien se enfrente a su retórica en sus escritos o quien resuelva inspeccionarlos y meditarlos, descubre una mente hondamente sistemática, en la que los sutilísimos análisis de que es apto, se van integrando en eficaces síntesis, construyendo un edificio complejo y tenazmente instaurado, y a la vez no cerrado, sino que abierto a nuevos progresos.

Como autoridad irrefutable para los teólogos cristianos de la Edad Media, su saber filosófico estuvo contrapuesto a todo un conjunto de prácticas griegas, judías y árabes a las cuales sus herederos tuvieron que adaptarse. Aunque sea factible asemejar elementos adecuadamente agustinianos en muchos autores medievales, el agustinismo en su conjunto constituye una corriente heterogénea en la cual los temas predilectos del obispo de Hipona fueron estudiados e interpretados de muy diversas maneras.

Hay otras huellas que son bien consultadas y se encuentran en la Biblia, que son ejemplo a seguir. En la carta a los hebreos, leemos:

“Porque la Palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que cualquier espada de doble filo: Ella penetra hasta la raíz

del alma y del espíritu, de las articulaciones y de la médula, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón. Ninguna cosa creada escapa a su vista, sino que todo está desnudo y descubierto a los ojos de aquel a quien debemos rendir cuentas” (Hb 4,12-13).

Dios conoce cada rincón de nuestro ser, cada pensamiento, cada sueño, cada anhelo, cada caída, cada lucha. Él está ahí porque fueron sus propias manos las que modelaron nuestra existencia.

Agustín en su libro de las Confesiones, que ha sido aplaudido, selló innegables expresiones que han dejado vestigios e inspiran hoy como ayer en la búsqueda por la verdad, que no es sino la búsqueda de Dios. Es considerablemente aceptada como la primera autobiografía occidental jamás escrita, y se convirtió en un modelo para otros autores cristianos de los siguientes siglos. No es una autobiografía completa pues fue escrita tras sus primeros 40 años de vida y vivió hasta los 76, tiempo durante el cual produjo otros importantes trabajos, entre ellos *La ciudad de Dios*. De todos modos, proporciona gran información sobre la evolución de su pensamiento en sus primeros años. El libro es un acabado trabajo de filosofía y también un importante aporte a la teología.

Nos hiciste para ti

(conf. 1,1,)

Grande eres, Señor, y digno de toda alabanza.

Grande es tu poder,
tu sabiduría no tiene límites.

Y este hombre, pequeña migaja de tu creación, quiere alabarte.

Precisamente este hombre,
que es un amasijo de fragilidad,
que lleva aún pegada la etiqueta de su
pecado, y es la mejor demostración
de lo que es la soberbia.
A pesar de tanta miseria,
este hombre quiere alabarte.
Y eres tú mismo quien lo estimulas
a que encuentre deleite en ello.
Porque nos hiciste, Señor, para ti
y nuestro corazón está inquieto
hasta que descanse en ti. Amén.

Agustín consagró su vida a reintegrar la unidad rota a la Iglesia de África. Destacó por su entusiasmo, su espíritu de conciliar y ser conciliador, su generosidad y su apuesta por el diálogo. Todo ello facilitó que católicos y donatistas alcanzasen la reconciliación, haciendo de Agustín de Hipona una referencia para el ecumenismo del nuevo milenio.

3. ALCANZAR LA FELICIDAD

Hablar de la felicidad no se reduce al bienestar afectivo de un organismo adaptado a su medio. El hombre debe saber y pensar para construir su vida. No puede desatender ni su libertad, ni su responsabilidad ante el compromiso voluntario de su propia acción; ya que, ser feliz supone que el hombre sea capaz de lograr un equilibrio que supere sus contradicciones y sus conflictos. Si el hombre quiere ser feliz, no debe olvidar su fragilidad y su flaqueza, pues, la felicidad es el resultado de una conquista de lucha primero

sobre él mismo y luego sobre un mundo en el que debe tener en cuenta no solamente las fuerzas naturales, sino también a los demás, somos frágiles y eso nos marca en la vida.

Cuando estás satisfecho con la vida porque has logrado, alcanzas tus metas, logros y ganas dinero por hacer lo que te hace feliz, llega la hora de alimentar tu corazón. Puedes acercarte a tu hermano y ayudarle también a él a ser feliz, hacerlo te hará feliz. Sería genial que compartieras y comentaras tus experiencias de cómo has logrado alcanzar la felicidad.

Agustín, dice: “Crean lo que aprenden, enseñen lo que creen y practiquen lo que enseñan”. Somos la obra de las manos de Dios a través de su Palabra. Todo lo que nuestro Alfarero hace con nosotros se siente enérgicamente. Todo duele. Toda causa herida. Pero todo es necesario para que nosotros como vasijas de barro seamos elaborados, así como Él quiere. Por tanto, un alfarero es la persona que toma la arcilla y la convierte en cerámica.

“La felicidad que se vive deriva del amor que se da, y más tarde ese amor será la felicidad de uno mismo” (en. Ps. 34). Es clara la súplica de Agustín que el hombre está perennemente buscando la felicidad. Ese camino vital de la felicidad no es resultado de lo que disfrutamos, sino de lo que proveemos. El ejemplo lo hallamos con el maestro, que trabaja y sirve con entusiasmo; acepta realizar un compromiso cuando se lo requieren y considera que es apto para ello. Facilita el cumplimiento del sabio y saludable principio de la rotación en los oficios o funciones. “Lo que amas eres” (ep. Io. 2,14), enseña Agustín y el amor es el estado en que la felicidad de otra persona es esencial para todos.

Agustín, dice: “La felicidad verdadera y segura en sumo grado la alcanzan, ante todo, los hombres de bien que honran a Dios, el único que la puede conceder” (ciu. 2,23,1). Así lo articulaba cuan-

do señalaba que en el camino a la felicidad “nadie es feliz contra su voluntad” (tr. 13,8) y que la felicidad depende de nosotros mismos.

Dios es el Alfarero y nosotros somos barro en manos del Alfarero. Somos frágiles. Por eso “vive la vida que amas. Ama la vida que vives” (s. 21,8), luchando constantemente y siendo siempre feliz.

Haz lo que debes hacer y hazlo bien. Agustín sufre en su propia carne la tortura de no conocer la verdad porque no se conoce.

“Señor, cierto que tú estabas delante de mí; pero, como yo había huido de mí mismo no me encontraba ¿Cómo iba a encontrarte a ti?” (conf. 5,2,2).

La felicidad no se somete al bienestar afectivo de un cuerpo proporcionado a su medio. La felicidad es el significado y el propósito de la vida, el fin de la existencia humana. El hombre debe reflexionar para construir su vida según unos valores y principios. “No se entra en la verdad sino con el amor” (c. Faust. 32,18).

Sabe el hombre que en Dios está el camino a la felicidad. Agustín escribe: “Dios es el fin del hombre, la estrella que le ilumina, su meta y su Fin último” (ciu. 2,23,1). “Dios es fuente de nuestra felicidad y meta de nuestro apetito” (ciu. 10,3,2). Es como la ley de vida que uno mismo va identificando cuando, poco a poco, se da cuenta de dónde están los límites, dónde el sentido del respeto, la convivencia que nos permite disfrutar en armonía los unos de los otros. Aunque en ocasiones cae como un regalo del cielo, la felicidad suele ser como esa bella dama a la que tienes que conquistar. “No basta con conocer; es preciso saber” (conf. 3,6).

La felicidad requiere de coraje para tomar decisiones en las que creemos, ser fieles a nuestras ideas y arriesgarnos por lo que amamos. Es significativo que nuestras leyes de vida partan de la ética y del respeto a los que nos rodean. No quieras para los demás lo que no desees para ti. El hombre no es otra cosa sino lo que hace de sí mismo y es lo que él desee ser. El compromiso es un hecho, no una palabra, por eso se nos invita a reflexionar acerca de tres aspectos que, sin duda, servirán de ayuda: vive sin aparentar, ama sin depender y habla sin ofender.

Al aceptar la felicidad como gozo de la verdad, llega al desenlace que “cada hombre es lo que ama” (diu. qu. 83). Su experiencia de la felicidad en el camino la descubrió en Dios, la Verdad misma que daría sentido a sus incógnitas; el que tiene a Dios lo tiene todo; el que tiene todo menos a Dios no tiene nada. Hay que vivir sin aparentar, amar sin depender y hablar sin ofender. “No es lo mismo vivir que vivir felizmente” (conf. 13,4,5). “Lo que amas eres” (ep. Io. 2,14). La felicidad no es algo ya hecho. Viene de tus propias acciones.

“Nadie es bueno en su interior si actúa por la fuerza; aunque sea bueno lo que hace” (conf. 12,9). Uno de los mensajes del Papa Francisco, es que

“hacer el bien a todos, sin importar quién sea el otro, es un bello camino hacia la felicidad y es un deber de toda persona humana sin importar si es creyente o no”.

Solicita firmemente que hacer el bien no es cuestión de fe, es un deber, “es un carné de identidad que nuestro Padre ha dado a todos porque nos ha hecho a su imagen y semejanza, que fuimos hechos para parecernos a Dios” (Gn 1,26). Y, Él hace el bien siempre y nos persuade a ser felices.

El camino a la felicidad es la sabiduría en Dios. Esta felicidad es la sabiduría, el conocer y poseer la verdad que solo se puede hallar en Dios que para Agustín es el bien supremo del hombre y solo con este bien supremo se puede llegar a la felicidad. Los hombres están siempre dispuestos a curiosear y averiguar sobre las vidas ajenas, pero les da pereza conocerse a sí mismos y corregir su propia vida. “En la búsqueda de la verdad no hay mejor medio que el de las preguntas y respuestas” (sol. 2,7).

“Revelamos que Dios es camino a la felicidad. Cristo, el Señor, se humilló para que nosotros aprendiéramos a ser humildes” (s. 272). La felicidad consiste en conocer y poseer a Dios. Enseña que la felicidad radica en el proceso de tomar con alegría lo que la vida nos proporciona.

4. EL SECRETO DE LA FELICIDAD

El probado secreto del camino a la felicidad reside en requerir mucho de sí mismo y muy poco de los otros. Gloriosas las frases de Agustín de Hipona que combatió para alcanzar el camino de la felicidad, con su paso a la conversión, aludiendo cómo el Señor le transportó de las tinieblas a la santidad. Qué gozo para el creyente evidenciar esa obra de arte, que Dios hizo en Él.

Ese secreto a la felicidad es cuando lo que piensas, lo que dices y lo que haces, está en armonía. La felicidad no consiste en buscar, se trata de experimentar, de sentir, de fluir, de cambiar ciertos patrones antiguos. ¿Por qué parece tan complejo ser feliz? Sí, muchos se preguntan eso muchas veces. Quizás nos ocurre como a todos ellos, la famosa “zona de confort” ya no es suficiente, sino que más bien, resulta una “incómoda comodidad”.

En el marco de este enfoque, se plantea que la confesión de Agustín es un tipo de práctica filosófica que, a partir del autoexamen, promueve el reconocimiento de sí y de los otros, de modo que se hace serena para la transformación de nuestros modos de vida y nuestras relaciones con los demás. Con todo, se sustenta la idea de la pertinencia de este género de escritura agustiniano en los propósitos de la educación para felicidad.

“Donde hay unidad, hay comunidad” (s.103). ¿Hay alguien que no quiera ser feliz? Pregunta que hemos realizado en varias ocasiones y por lo general todos quieren ser feliz. La cuestión que surge de forma inmediata es, si todos lo buscamos, ¿por qué el caos se sigue incrementando?

Agustín de Hipona, dice:

“Parte de la vida hemos vivido indagando cosas, buscando crecer, buscando afinar, buscando nuevas tecnologías, buscando aprender, compartir lo aprendido, seguir buscando más y más”.

Es una realidad, algo sucede cuando logras lo que anhelabas y es que a deseo alcanzado deseo desechado. ¿Por qué? Se supone que debería darnos la tan anhelada felicidad, pero esto no dura más que un segundo y luego comienza nuestra mente concreta a indicarnos que algo nuevo se debe realizar, porque nos dará más felicidad o plenitud. O, por el contrario, nos quedamos recordando ese gran éxito alcanzado por días, semanas, años o incluso lo que resta de vida.

¿Cuál es el mensaje que se observa en este último apartado? Que cuando la felicidad se sujeta al tiempo se cambia. Si yo quiero llegar a ser feliz, esto implica que necesito tiempo para alcanzarlo y ahí está la astucia. Por otro lado, si vinculo la felicidad a una cosa o situación externa, al momento de lograrlo, si el tiempo se atajase

percibiría la plenitud, pero la cosa o la situación no es estática, es dinámica y como el tiempo sigue corriendo y yo me alejo de lo alcanzado, genero una nueva necesidad con el afán de volver a experimentar esa plenitud.

*“La sabiduría
es la medida del hombre.”*

Beata u. 4,43.

La felicidad es interior, no exterior; por lo tanto, no depende de lo que tenemos, sino de lo que somos. El problema no está en que seamos felices, no hay problema con ser feliz. El problema llega cuando hacemos de la felicidad un fin que debemos y tenemos que lograr. Cuando esto sucede, entonces pensamos que Dios existe para que seamos felices y esto es un pensamiento delicado.

Agustín dice que estamos llamados a ser felices. “Cada quien ofrece lo que tiene en su corazón, por eso al juzgar a una persona no precisa quien es ella. Precisa quién eres tú”, expresa Agustín. Juzgar a los demás, teniendo o no la información suficiente, siempre será un error. Primero, porque nadie es quien para hacerlo y segundo, porque tal y como dice la psicología, seguramente nos equivocaremos.

La felicidad no es hacer lo que uno quiere sino querer lo que uno hace. Porque quien es auténtico, asume la responsabilidad por ser lo que es y se reconoce libre de ser lo que es. “Las cosas son bellas si se las ama” (s. 101,6). Muchos son los pensadores que a lo largo de la historia han amado su profesión y en el momento reflexionan sobre los secretos de ser felices y cómo conquistar. El ejemplo lo logramos con los filósofos griegos que se plantearon dos preguntas esenciales: Qué es la felicidad y qué hace felices a las personas. Sus réplicas dieron lugar a tres posturas diferentes:

Aristóteles, “La felicidad depende de nosotros mismos”.

Séneca, “Las grandes bendiciones de la humanidad están dentro de nosotros y a nuestro alcance”.

La corriente del hedonismo. Su máximo representante, Epicuro, “la felicidad personificaba experimentar placer, tanto a nivel físico como intelectual, huyendo del sufrimiento”.

La humanidad ha pedido siempre ser feliz. Como dijo, Séneca en su *De vita beata*, “todos los hombres, hermano Galión, quieren vivir felices”. Anhelamos ser felices y por ello tratamos de averiguar qué es. Sin embargo, cada persona tiene una respuesta, una definición de felicidad diferente, y es esencialmente esta disparidad de opiniones ante una cuestión tan trascendental en la existencia del ser humano una de las razones de la aparición de la ética en la antigua Grecia.

El secreto de la felicidad reside en exigir mucho de sí mismo y muy poco de los otros. Agustín de Hipona, dice: “Es mejor cojear por el camino que avanzar a grandes pasos fuera de él. Pues quien cojea en el camino, aunque avance poco, se acerca a la meta, mientras que quien va fuera de él, cuanto más corre, más se aleja”.

La felicidad que se vive deriva del amor que se facilita. ¿De dónde venimos? ¿A dónde vamos? Estas son dos de las grandes preguntas que el hombre se ha hecho a sí mismo, pero hay otra pregunta más significativa: ¿Cómo podemos vivir felices? “En la búsqueda de la verdad no hay mejor medio que el de las preguntas y respuestas” (sol. 2,7).

Demostramos que el saber cristiano sí puede fundamentar la intervención de Dios en la felicidad mediante la razón y la fe que la perfecciona. Esto lleva al descubrimiento, para algunos, de que la única manera de ser felices es incluyendo a Dios en nuestras vidas mediante la verdad y las virtudes que nos asemejarán más a él, pero siempre teniendo en cuenta que son los actos que hacemos

los que tienden a la felicidad y que estos deben de ser posibles ya que si fueran actos quiméricos esto inventaría fracaso para el hombre y refutaría de momento la posibilidad de ser feliz. “El dar es mérito para recibir” (ep. 266).

Agustín pide perdón a Dios. Ante los demás, pide que en lugar de aprovecharse o tomar en burla a quien confiesa, sigan ese mismo camino: que confiesen también sus pecados. La humildad de la confesión clama por otro acto de humildad. Lo relevante, pues, de la confesión no se encuentra en la información que brinda sobre el pecador, sino en que invita a quien escucha a superar también el dolor, a superar la queja: a confesar; a que los lectores también se acerquen al perdón.

a. Camino de conversión

La autobiografía de Agustín de Hipona que la encontramos en sus Confesiones, es una expresión personal de su propia conciencia. Cualquiera que se acerque a este extraordinario y fascinante libro, muy leído todavía hoy, fácilmente se da cuenta de que la conversión de Agustín no fue repentina ni se realizó plenamente desde el inicio, sino que puede definirse más bien como un auténtico camino, que sigue siendo un modelo para cada uno de nosotros.

Indubitablemente, este camino de búsqueda para encontrar culminó con la conversión y de inmediato con el bautismo, pero no se concluyó en aquella Vigilia pascual del año 387, cuando en Milán el retórico africano fue bautizado por el obispo san Ambrosio. El camino de conversión de Agustín continuó sencillamente hasta el final de su vida, y se puede decir con verdad que sus diferentes etapas -se pueden distinguir fácilmente tres- son una única y gran conversión.

1. **Agustín buscó apasionadamente la verdad:** lo hizo desde el inicio y después durante toda su vida. Esta primera etapa de su conversión se efectuó necesariamente en el acercamiento progresivo al cristianismo. En realidad, había recibido de su madre, Mónica, a la que siempre estuvo muy unido, una educación cristiana y, a pesar de que en su juventud había llevado una vida desordenada, siempre sintió una profunda atracción por Cristo, habiendo bebido con la leche materna, como él mismo subraya (conf. 3,4,8), el amor al nombre del Señor.

Asimismo, la filosofía, sobre todo la platónica, había contribuido a acercarlo más a Cristo, manifestándole la existencia del *Logos*, la razón creadora. Los libros de los filósofos le indicaban que existe la razón, de la que procede todo el mundo, pero no le decían cómo alcanzar este Logos, que parecía tan lejano.

Sólo la lectura de las cartas del Apóstol Pablo, en la fe de la Iglesia católica, le reveló plenamente la verdad. Agustín sintetizó esta experiencia en una de las páginas más famosas de las Confesiones:

“Cuenta que, en el tormento de sus reflexiones, habiéndose retirado a un jardín, escuchó de repente una voz infantil que repetía una cantilena que nunca antes había escuchado: ‘tolle, lege; tolle, lege’, ‘toma, lee; toma, lee’ (8,12,29). Entonces se acordó de la conversión de san Antonio, padre del monaquismo, y solícitamente volvió a tomar el códice de san Pablo que poco antes tenía en sus manos: lo abrió y la mirada se fijó en el pasaje de la carta a los Romanos donde el Apóstol exhorta a abandonar las obras de la carne y a revestirse de Cristo” (Rm 13,13-14).

Agustín había entendido que esas palabras, en aquel momento, se dirigían personalmente a él, procedían de Dios a través del

Apóstol y le indicaban que debía hacer en ese momento. Así sintió cómo se disipaban las tinieblas de la duda y quedaba libre para entregarse totalmente a Cristo (conf. 8,12,30).

Agustín alcanzó esta etapa fundamental de su largo camino gracias a su pasión por el hombre y por la verdad, pasión que lo llevó a buscar a Dios, grande e inaccesible. La fe en Cristo le hizo comprender que en realidad Dios no estaba tan lejos como parecía. Se había hecho cercano a nosotros, convirtiéndose en uno de nosotros. En este sentido, la fe en Cristo llevó a cumplimiento la larga búsqueda de Agustín en el camino de la verdad. Sólo un Dios que se ha hecho 'tocable', uno de nosotros, era realmente un Dios al que se podía rezar, por el cual y en el cual se podía vivir.

Es un camino que hay que recorrer con valentía y al mismo tiempo con humildad, abiertos a una purificación permanente, que todos necesitamos siempre. Pero, como hemos dicho, el camino de Agustín no había concluido con aquella Vigilia pascual del año 387.

2. Al regresar a África, **fundó un pequeño monasterio y se retiró a él**, junto a unos pocos amigos, para dedicarse a la vida contemplativa y al estudio. Este era el sueño de su vida.

En este momento estaba llamado a vivir completamente para la verdad, con la verdad, en la amistad de Cristo, que es la verdad. Un hermoso sueño que duró tres años, hasta que, contra su voluntad, fue consagrado sacerdote en Hipona y destinado a servir a los fieles. Ciertamente siguió viviendo con Cristo y por Cristo, pero al servicio de todos. Esto le resultaba muy difícil, pero desde el inicio comprendió que sólo podía realmente vivir con Cristo y por Cristo viviendo para los demás, y no simplemente para su contemplación privada.

Igualmente, desistiendo a una vida consagrada sólo a la meditación, Agustín aprendió, a menudo con dificultad, a poner a

disposición el fruto de su inteligencia para beneficio de los demás. Aprendió a comunicar su fe a la gente sencilla y a vivir así para ella en aquella ciudad que se convirtió en su ciudad, desempeñando incansablemente una actividad generosa y pesada, que describe con estas palabras en uno de sus bellísimos sermones: “Continuamente predicar, discutir, reprender, edificar, estar a disposición de todos, es una gran carga y un gran peso, una enorme fatiga” (s. 339,4). Pero cargó con este peso, comprendiendo que precisamente así podía estar más cerca de Cristo.

3. Última etapa en el camino de Agustín, una tercera conversión: **la que lo llevó a pedir perdón a Dios cada día de su vida**. Al inicio, había pensado que una vez bautizado, en la vida de comunión con Cristo, en los sacramentos, en la celebración de la Eucaristía, iba a llegar a la vida propuesta en el Sermón de la montaña: a la perfección donada en el bautismo y reconfirmada en la Eucaristía. Agustín en la última parte de su vida vislumbró que no era verdad lo que había dicho en sus primeras predicaciones sobre el Sermón de la montaña: es decir, que nosotros, como cristianos, vivimos ahora permanentemente este ideal. Sólo Cristo mismo realiza verdadera y completamente el Sermón de la montaña.

Nosotros siempre tenemos necesidad de ser lavados por Cristo, que nos lava los pies, y de ser renovados por él. Tenemos necesidad de una conversión permanente. Hasta el final necesitamos esta humildad que reconoce que somos pecadores en camino, hasta que el Señor nos da la mano definitivamente y nos introduce en la vida eterna.

Esta actitud de humildad profunda ante el único Señor Jesús lo introdujo en la experiencia de una humildad también intelectual. Agustín, que es una de las figuras más grandes en la historia del pensamiento, en los últimos años de su vida quiso someter a un lúcido examen crítico sus numerosísimas obras.

Surgieron así las *Retractationes* (Revisiones), que de este modo introducen su pensamiento teológico, verdaderamente grande, en la fe humilde y santa de aquella a la que llama sencillamente con el nombre de *Catholica*, es decir, la Iglesia. He comprendido -escribe precisamente en este originalísimo libro (retract. 1,19,1-3)- que uno sólo es verdaderamente perfecto y que las palabras del Sermón de la montaña sólo se realizan totalmente en uno solo: en Jesucristo mismo. Toda la Iglesia, por el contrario -todos nosotros, incluidos los Apóstoles-, debemos rezar cada día: Perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden.

Agustín, convertido a Cristo, que es verdad y amor, lo siguió durante toda la vida y se transformó en un modelo para todo ser humano, para todos nosotros, en la búsqueda de Dios.

Asimismo, hoy, como en su tiempo, la humanidad necesita conocer y sobre todo vivir esta realidad primordial: Dios es amor y el encuentro con Él es la única respuesta a las inquietudes del corazón humano, un corazón en el que vive la esperanza -quizá todavía oscura e inconsciente en muchos de nuestros contemporáneos-, pero que para nosotros los cristianos creyentes abre ya hoy al futuro, hasta el punto de que san Pablo escribió que “en esperanza fuimos salvados” (Rm 8,24).

En un escrito fuertemente hermoso, Agustín define la oración como expresión del deseo y afirma que Dios responde ensanchando hacia Él nuestro corazón. Por nuestra parte, debemos purificar nuestros deseos y nuestras esperanzas para acoger la dulzura de Dios (Io. eu. tr. 4,6). Sólo ella nos salva, abriéndonos también a los demás.

b. Felicidad en Dios

Hay quienes se imaginan a un Dios triste o enojado, gris o apático, pero más que eso Él es majestuoso y lleno de felicidad y

como su felicidad no depende de nada ni nadie es el único que la puede conceder a sus criaturas. La felicidad verdadera es un regalo de Dios. Tú has puesto en mi corazón más alegría que en quienes tienen trigo y vino en abundancia. Al hombre que le agrada, Dios le da sabiduría, ciencia y gozo.

La felicidad según la Biblia está determinada por la relación que se tenga con Dios por medio de la fe y la obediencia que se tenga a sus mandamientos. Entonces la felicidad es vista como un regalo dado por Dios a sus hijos. Esto no ignora que haya personas que temporalmente gocen de las cosas de esta vida, que vivan de fiesta, que tengan satisfechas las necesidades físicas y emocionales, sino que quiere decir que sí existe un Dios justo y bueno. Él está al tanto de los seres humanos para darle a cada uno conforme a sus obras dicha y esperanza, pero no la dará a quienes no la merecen.

En Agustín la felicidad que se vive procede del amor que se da, pues haz lo que debes hacer y hazlo bien. “Lo que amas eres” (ep. Io. 2,14). Esta es la única forma para alcanzar la perfección. La medida del amor es el amor sin medida. El camino a la felicidad está en Dios, dentro de nosotros. Solo hace falta que aclamemos: “¡Nos hiciste para Ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descance en Ti!” (conf. 1,1,1). Con estas palabras de las Confesiones que se han hecho famosas en Agustín, se dirigen a Dios, y en ellas está el compendio de toda su vida. La tranquilidad reside en los gustos y no en las cosas; somos felices cuando tenemos lo que nos gusta y no cuando tenemos lo que los demás encuentran agradable.

Sabemos que su experiencia de la felicidad plena la encontró en Dios, la verdad misma que daría sentido a sus interrogantes. En el interior del hombre existe un afán de felicidad y de realización, que es parte de la naturaleza humana.

En esa búsqueda de la verdad leyó también las epístolas del Apóstol Pablo, a través de las cuales descubrió la afirmación de que

sólo la gracia de Cristo puede salvar al hombre, doctrina que constituye otro de los pilares de su pensamiento. Se aproximaba cada vez más al cristianismo. Da la marcha a su vida nueva, a su conversión.

La búsqueda intelectual y espiritual lo trasladó al borde de una crisis alterada. En el 386, cuando estaba en su jardín inmerso en un estado de angustia, oyó la voz de un niño invitándole a leer: *Tolle, lege* (Toma y lee), lo cual descifró como un mandato divino para que se acercara a las Escrituras.

Al finalizar el verano de ese mismo año, poco después de su conversión religiosa, Agustín se retiró a la quinta de Casiciaco, renunciando a la enseñanza y al matrimonio. En este lugar, cercano a Milán y propiedad de su amigo Verecundo, profesor como él, adoptó una forma de vida ascética, acompañado por su madre, su hijo y sus parientes y discípulos Alipio, Trigedio y Licencio. El retiro a Casiciaco le permite dedicarse al estudio y a la conversación.

Como fruto de estas conversaciones son sus primeras obras filosóficas, conocidas por el nombre genérico de “Diálogos de Casiciaco”: *Contra los académicos*, *Sobre la vida feliz*, *Sobre el orden* y *los Soliloquios*, en las que nos muestra cuáles eran sus preocupaciones en esta época (la verdad, la felicidad en la filosofía, el orden de la Providencia en el mundo y el problema del mal).

La experiencia de Casiciaco marca para Agustín la etapa en la que construye las respuestas a muchas de las preguntas de su juventud; es el momento de recorrer los propios pasos y de ajustar cuentas con las diferentes fuentes de las que hasta el momento había bebido. Es así que surge la exigencia de ordenar lo aprendido.

Después de la experiencia de Casiciaco el grupo regresa a Milán y, durante la Vigilia pascual, según la costumbre de la época, Agustín, a la edad de treinta y tres años, fue bautizado por el obispo san Ambrosio, junto a Alipio y su hijo Adeodato. Al finalizado el verano embarca definitivamente con destino a África y se insta-

la en Tagaste, con Adeodato, Alipio, y otros compañeros. Hasta el año 391 permanece allí, llevando una vida en comunidad, austera y entregada al estudio y a la oración.

Concluye las obras iniciadas en Roma y comienza un fructífero período de composición de escritos. Destaca el diálogo *De Magistro*, cuyo objeto es mostrar al verdadero maestro interior, Cristo, y también el tratado *De vera religione*, sobre las relaciones entre la fe y la razón. Redacta respuestas a cuestiones que le empezaban a plantear no sólo sus compañeros sino también habitantes de otras ciudades cercanas pues su fama iba en aumento.

En Agustín revelamos la verdadera conversión, si das la espalda al final, no la lograrás jamás: La conversión. El tener a Dios como destino final. Obviamente, es el Señor quien nos socorre y nos salva de nuestra ignorancia de su voluntad, de nuestra incapacidad de cumplir sus mandamientos. “Dios no toma en consideración tus talentos, sino tu disponibilidad” (s. 18). Cuando el Señor nos mira, aunque ve nuestros pecados, ve también aquello en lo que nos convertirá por su gracia. Aunque Él se hizo hombre, en realidad obraba nuestra alabanza.

Nuestra vida toda a partir del instante en que nacemos hasta el momento en que morimos, es un proceso de enseñanza aprendizaje. Esto es lo que Dios le manifiesta a Agustín de Hipona, después de su conversión: tú te transformarás en mí. O como dice el Apóstol Pablo: “Vivo, pero no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí” (Ga 2,20). “De poco sirve decir la verdad con los labios y no con el corazón y está ya claro cómo la satisfacción de todos los deseos es la felicidad, que no es una diosa, sino un don de Dios” (ciu. 5).

5. CAMINO ITINERANTE DE AGUSTÍN

Agustín es un caso curioso en la historia. Vagó perdido durante décadas, sin ser capaz de ligarse firmemente a unas creencias, valores y principios que dieran sentido a su vida. En cambio, optó por una presencia cargada de placeres que, lejos de hacerle feliz, le llevó a la más absoluta desesperación.

Su vida es un maravilloso ejemplo del enorme peso que pueden tener en nuestro futuro la filosofía, la retórica y la pedagogía que poseemos y los valores que la sostienen; por eso Agustín invita a que “Crean lo que aprenden, enseñen lo que creen y practiquen lo que enseñan”.

De momento todo cambió con la fe cristiana y con su camino itinerante. Armado con ellas su vida dio un vuelco, convirtiéndose en uno de los pensadores más significativos y determinantes de su época. Su vida es un maravilloso ejemplo del enorme peso que pueden tener en nuestro futuro la filosofía, la retórica y la pedagogía que poseemos y los valores que la sostienen; por eso Agustín invita a que “Crean lo que aprenden, enseñen lo que creen y practiquen lo que enseñan”.

En aquellos primeros años, la familia disfrutaba de relativos bienestares, razón por la cual el pequeño Agustín pudo disfrutar de una buena educación. Pero la mala fortuna hizo que su situación económica empeorara en esos años, de manera que tuvieron que retornar a Tagaste cuando Agustín era un adolescente, dedicándose a “disfrutar la vida”, es decir: al ocio puro y duro.

En este camino itinerante de Agustín, hay una cuestión que llama bastante la atención ¿Es, pues, imposible enseñar? ¿Es posible, sobre todo, aprender? El alumno aprendería sirviéndose de

las palabras, de los demás signos y de los objetos que se exponen en el aula. ¿Y el maestro? El que enseña. Él sería directamente la ocasión de que el alumno asimilara. Pero esto, comunicar la inteligencia del alumno, despertarla a la verdad, es algo tan significativo, que, aunque el maestro exclusivamente desenrolle una función, sin duda secundaria, haría algo cuyo valor se sustrae a toda medida humana.

En la cultura de la enseñanza como en otras formas de comunicación se trata de crear comunidad, se hace necesario por tanto una apuesta en común. Claro que los obstáculos y las resistencias que puede presentar un grupo son múltiples: una suerte de desconocimiento arraigado, escasos recursos léxicos, rebeldía posadolescente, desorientación, falta de educación y ubicación, defensas, miedos e inseguridades. Se hace primordial una organización pautada, plantear desde el inicio visiblemente las reglas de juego, crear pactos, acuerdos, compromisos, comuniones: definir estrategias claras, la distribución de roles, la utilización del espacio, la modalidad y condiciones de cursada, los objetivos, presentar un plan de trabajo y una planificación académica acorde.

Que el maestro entregue la ciencia hecha sabiduría, hecha proyecto de vida al estilo de Jesús de Nazaret; como aquellos maestros que con su trabajo, responsabilidad y compromiso no le sobra tiempo, le falta incontable, ellos son los que acompañan, custodian, sirven, salvaguardan y conquistan a sus alumnos. Se convierten en sus líderes y motivadores de sus vidas.

En el momento y como ejemplo pensemos en lo que hace Jesús, el maestro: Él viene siempre a sostenernos en nuestra debilidad y esto lo hace con un don especial: el don de fortaleza.

En las Escrituras hay una parábola, relatada por Jesús, que nos brinda el valor de este don de la fortaleza, el sembrador:

“Un sembrador salió a sembrar; sin embargo, no toda la semilla que esparció dio fruto. Lo que cayó al borde del camino se lo comieron los pájaros; lo que cayó en terreno pedregoso o entre abrojos brotó, pero inmediatamente lo abrasó el sol o lo ahogaron las espinas. Sólo lo que cayó en terreno bueno creció y dio fruto” (Mc 4,1-20).

Jesús mismo explica a sus discípulos la pedagogía de la parábola, el sembrador representa al Padre, que esparce abundantemente la semilla de su Palabra. La semilla, sin embargo, se encuentra a menudo con la aridez de nuestro corazón, e incluso cuando es acogida corre el riesgo de permanecer estéril. Con el don de fortaleza, en cambio, el Espíritu Santo libera el terreno de nuestro corazón, lo libera de la tibieza, de las incertidumbres y de todos los temores que pueden frenarlo, de modo que la Palabra del Señor se ponga en práctica, de manera auténtica y gozosa. Es una gran ayuda este don de fortaleza, nos da fuerza y nos libera también de muchas dificultades.

Esta parábola nos muestra una actitud pedagógica de Jesús, utilizando comparaciones para hablar del reinado de Dios y generando preguntas y conflictos entre sus oyentes, para ayudarnos a intuir el misterio del Reino. Si nuestro corazón está abierto a ese misterio tendremos “oídos para oír”, si nos cerramos al misterio nuestro esfuerzo por entender y por ver será inútil.

Esta parábola, tal vez tan conocida, no deja de interpelarnos y sacarnos de nuestra zona de confort. Nos invita a comprender la generosidad de Dios, que siembra el Reino sobre todo tipo de superficie. La superficie por sí misma puede dar o no frutos, pero está en cada oyente dejar que esa Palabra crezca y produzca buenos resultados. Que hoy nos demos cuenta de lo que hay en nosotros de camino, de terreno pedregoso, de terreno con espinas,

para poder ir transformándolo en esa tierra buena que se abre a esa semilla y produce fruto.

Agustín después de tantas luchas y de estar ya con Cristo, dice: “Hay que sembrar, poner en práctica todos los consejos que Cristo mismo nos ha dado. Después Dios dará los frutos”. Él viene siempre a sostenernos en nuestra debilidad.

Si queremos que la semilla dé el fruto más abundante hay que poner en práctica todos los consejos que Cristo mismo nos ha dado. Y, lo primero es acogerla todos los días, preservarla contra las manos del maligno, e irla cuidando todos los días, hasta que dé su fruto. Hay que dar el cien por ciento de los frutos que Dios quiere de nosotros, así estaremos más cercanos a la felicidad.

Agustín, enseñaba: “Sé grande en las cosas grandes, pero no seas pequeño en las cosas pequeñas” (s. 213). Por eso es incuestionable que ante la cuestión de Agustín de Hipona ¿Es, pues, imposible enseñar? Su contestación es armoniosa de inmediata o, es posible, sobre todo, aprender. Sí, claro, “cada hombre es lo que ama” (De Dib. Quaest. 83), en donde Agustín meramente enseña el quehacer del maestro que enseña con alegría a sus discípulos y revela el valor de la paciencia, de una paciencia para tolerar, comprender, padecer y soportar los contratiempos y las advertencias con fortaleza y por ende sin lamentos; esto es posible porque uno aprende a actuar acorde a cada circunstancia, moderando las palabras y la conducta en esos momentos.

6. SU PASO FILOSÓFICO

Dentro de los nombres que se escriben con grandes letras en el pensamiento cristiano está el de Agustín de Hipona, más conocido como Agustín, considerado el pensador más importante

desde la Antigüedad hasta bien entrada la Edad Media. La comunicación de los primeros pensadores cristianos con la filosofía fue confusa. Mientras unos mostraron su hostilidad hacia la filosofía, considerándola enemiga de la fe, otros vieron en la filosofía un arma para defender con la razón sus creencias religiosas.

Las peculiaridades de la filosofía griega, que los latinos no hacen sino seguir, no permitían una fácil síntesis entre ambas. El esbozo griego del tema de Dios, por ejemplo, se limitaba a su interpretación como inteligencia ordenadora, como causa final, o como razón cósmica, tal como aparece en Anaxágoras, Aristóteles y los estoicos, respectivamente.

Asimismo, los creyentes, por Dios concebirán un ser providente, preocupado por los asuntos humanos; un ser encarnado, que adopta la apariencia humana con todas sus consecuencias; un ser Creador, Omnipotente, Único, pero también Paternal. Y, resulta difícil, por no decir imposible, encontrar tal visión de Dios en ningún filósofo griego.

Sin menor problema representa la adecuación de la noción de verdad del cristianismo a la de la filosofía griega; el origen divino de la verdad hace, para los cristianos, de su verdad, la verdad, a secas. Esta postura difícilmente se puede reconciliar con la tendencia griega a la racionalidad y su aceptación de los límites del conocimiento.

Igualmente en la cuestión del hombre se parte de concepciones distintas; para los cristianos el hombre ha sido hecho a imagen de Dios y, dotado de un alma inmortal, su cuerpo resucitará al final de los tiempos (lo que supone una concepción lineal de la historia, opuesta a la concepción cíclica de los griegos), uniéndose a aquélla, siendo juzgado y mereciendo una recompensa o un castigo por su conducta (lo que supone las nociones de culpa o pecado y arrepentimiento o redención).

Con estas dificultades, los pensadores creyentes hallan con el platonismo (y con el neoplatonismo, pero también con algunas teorías estoicas) algunas coincidencias que les alientan a inspirarse en dicha corriente filosófica para justificar, defender, o meramente comprender su fe. Con ellas, alcanzan a subrayar el dualismo platónico, con la distinción de un mundo sensible y un mundo inteligible, y la explicación de la semejanza entre ambos a partir de las teorías de la imitación o la participación; la existencia del demiurgo, entidad configuradora del mundo sensible, (lo que, para los cristianos, lo acercaba a la idea de creación); y la idea de Bien, como fuente de toda realidad, identificada con la idea de Uno, lo que se interpretaba como una afirmación simbólica del monoteísmo y de la trascendencia de Dios.

Con respecto al hombre, la afirmación de su composición dualista, alma y cuerpo, y la afirmación de la inmortalidad del alma se consideraron apoyos sólidos para la defensa de las creencias cristianas; pero también la afirmación platónica de un juicio final en el que se decide el posterior destino de las almas, aunque chocaran con el platonismo tanto la afirmación cristiana de la resurrección de los cuerpos como la de la creación del alma, inmortal, sí, pero no eterna.

Cuando Agustín emprende la elaboración de su síntesis filosófica parte ya de una previa adaptación de la filosofía al cristianismo realizada por los pensadores cristianos del siglo III, esencialmente. En su obra analizará los distintos sistemas filosóficos griegos mostrando una especial admiración por Platón (pese a que, al parecer, sólo conocía el Fedón y Timeo), recibiendo una fuerte influencia del neoplatonismo, así como del estoicismo, del que aceptó numerosas tesis, aclarándonos, de este modo las influencias recibidas.

No obstante, el epicureísmo, el escepticismo y el aristotelismo serán objeto de rechazo. La magnitud, la profundidad y, no

obstante, la novedad de su obra le convertirá en el pensador más relevante del cristianismo, ejerciendo una influencia continuada a través de los siglos en el ámbito del cristianismo.

Agustín en sus *Confesiones* se presenta fatigoso y cansado del murmullo del mundo, dice:

“Peregrino y enfermo vuelvo a ti, Dios mío, cansado de peregrinar fuera, y agobiado por el peso de mis males. He experimentado que lejos de tu presencia no hay refugio seguro, ni satisfacción que dure, ni deseo que dé fruto, ni bien alguno que sacie los deseos del alma que creaste. Aquí estoy, pobre y hambriento. ¡Dios de mi salud! Ábreme las puertas de tu casa: perdóname, recíbeme, sáname de todas mis enfermedades, úngeme con el óleo de tu gracia, y dame el abrazo de paz que prometiste al pecador arrepentido. ¡Oh Verdad! ¡Oh belleza infinitamente amable! ¡Qué tarde te amé, hermosura siempre antigua y siempre nueva! ¡Qué tarde te conocí! ¡Qué desdichado fue el tiempo en que no te amé ni conocí!” (conf. 10).

Concluamos con esta alabanza que Agustín saca de lo más profundo de su corazón para seguir buscando a Dios:

El Deseo de Dios

(Conf. 1,5,5.)

Oh Señor, ¿cómo podría yo descansar en ti?,
¿cómo podría conseguir que vengas a mi
corazón y lo embriagues;
para que me olvide de todos mis males
y me abrace a ti, mi único Bien?
¿Qué eres tú para mí?

No te enojés y déjame hablar: ¿qué soy yo para ti,
para que me mandes que te amé, y, si no lo hago,
te disgustes conmigo
y me amenaces con grandes desgracias?
¿Es que no es suficiente desgracia el no amarte?
¡Ay de mí! Por lo que más quieras, dime:
¿qué eres tú para mí? Díselo a mi alma: Yo soy tu salvación.
Pero, ¡díselo de modo que yo lo oiga!
Señor, ahí tienes, delante de ti,
los oídos de mi corazón.
Ábrelos y dile a mi alma: Yo soy tu salvación.
Entonces yo saldré disparado tras esa voz
y te daré alcance.
¡No me escondas tu rostro!
¡Muera yo para que no muera mi alma
y pueda así verte!
Amén.

EL AMOR A LA VERDAD SEGÚN AGUSTÍN

*“Los hombres olvidan siempre que la felicidad humana es una disposición de la mente y no una condición de las circunstancias”
(John Locke).*

AMBIENTACIÓN

Agustín define la filosofía como lo hacía Pitágoras o Platón: El amor a la sabiduría. No se trata sólo de una definición nominal, sino real. Su pensamiento filosófico es un estudio de la verdad para poseer la sabiduría. No es sólo un estudio especulativo de las causas últimas o de la realidad fundamental, como decía Aristóteles, sino una búsqueda existencial que tiene como fin la propia realización y la vida feliz, como lo sostenían Platón, Cicerón y Plotino: *recta via vitae sapientia nominatur* (acad. 1,2,5).

Agustín de Hipona fue maestro de retórica en Cartago, Roma y Milán antes de bautizarse. Instituyó un método sistemático de filosofía para la teología cristiana. Sus discusiones sobre el conocimiento de la verdad y la existencia de Dios parten de la Biblia y los antiguos filósofos griegos. Defensor enérgico del cristianismo, transformó la mayoría de sus doctrinas resolviendo conflictos teológicos con el donatismo y el pelagianismo, dos movimientos heréticos cristiano.

Agustín de Hipona vivió en una época de oscilación social y política: dificultades y caída del Imperio Romano. Obispo, filósofo y Padre de la Iglesia Latina. Autor prolífico, dedicó parte

de su vida a escribir sobre filosofía y teología, siendo *Confesiones* y *La ciudad de Dios*, sus obras más destacadas. El mismo año que Agustín fue nombrado obispo de Hipona, Teodosio dividía el Imperio entre sus hijos Honorio en Occidente y Arcadio en Oriente y a la muerte del filósofo, los vándalos invadían Tagaste.

Con la naturaleza del platonismo en el pensamiento cristiano crea su metafísica ejemplarista. Una metafísica de la verdad que fundamenta el ascenso a Dios como verdad eterna y se despliega en el ejemplarismo gnoseológico de la iluminación y el ejemplarismo moral de la participación por la criatura en la ley eterna. El saber y conocer es la búsqueda de la verdad como medida de lo que el hombre debe hacer y como norma para su conducta.

Los escritores escolásticos de la Edad Media siguieron los rastros de Agustín. El pensamiento platónico-cristiano del mundo comunicó sus mentes. Son considerados agustinianos: Scotus Eriugena, san Anselmo, san Abelardo, san Pedro Lombardo, los escritores de la escuela de san Víctor, entre otros. En el siglo XIII emprendieron a ser conocidas las obras metafísicas y físicas de Aristóteles, se produjo una doble actitud frente a sus doctrinas: en unos, de repulsa, por creerlas peligrosas para la fe; en otros, de simpatía, porque pensaron que podían servir de sólido fundamento para el pensamiento cristiano.

Algunos de los lineamientos esenciales que aborda Agustín de Hipona en su pensamiento filosófico, el amor a la verdad y a la sabiduría, son los siguientes:

1. Método filosófico
2. Método de la interioridad
 - Verdad interior
 - Maestro interior
 - Deseo de Dios

- Buscar para encontrar
 - Silencio interior
3. Antropología platónica
 4. Concepto de hombre
 - Libre albedrío
 - Diferencia

Dentro del Estudio y amor a la sabiduría de Agustín de Hipona en la autoridad universal en todos los tiempos subsiguientes puede explicarse por los dones mezclados del corazón y la mente. Su obra, intensamente unitaria y expresión auténtica de su vida, es la de un hombre religioso y teórico, que sintió una gran pasión por la verdad que identificó con la inquietud por lo absoluto y el anhelo de felicidad. Vivir sin pensar es, propiamente, tener los ojos cerrados, sin tratar de abrirlos jamás. “Es preciso que la filosofía sea un saber especial, de los primeros principios y de las primeras causas”, lo dice Aristóteles.

1. MÉTODO FILOSÓFICO

Agustín sabe bien que una gran filosofía no es la que instala la verdad definitiva, es la que produce una inquietud, con su búsqueda de la verdad y la interioriza. La felicidad está en las pequeñas cosas y en la aceptación. Su conocimiento y saber filosófico estuvo asentado desde el amor y esfuerzo del alma entera hacia la sabiduría y hacia la verdad.

La verdad era el ideal supremo al que se entregó con pasión. Esta verdad es la que se refiere al alma y a Dios, los dos objetos de su inquietud filosófica. Su filosofía estuvo calculada en el amor y esfuerzo del alma entera hacia la sabiduría y hacia la verdad. La

verdad era para Agustín el ideal supremo al que se entregó con pasión. Esta verdad es la que se refiere al alma y a Dios, los dos objetos de su inquietud filosófica.

Agustín de Hipona, dice:

“como el principio de un hecho es partir, y la culminación es la llegada; la tarea del aprendizaje es el comienzo, y la culminación, la comprensión o asimilación de la doctrina” (ciu. 7,9,1).

Innegable que el punto de partida de la filosofía de Agustín es el problema de la verdad. En íntima dependencia con el pensamiento grecorromano, el hiponense reivindica la razón como única facultad capaz de alcanzar la verdad y superar el escepticismo, verdadero obstáculo para abrazar la fe y lograr la felicidad.

El camino no es un método; esto debe estar despejado. El método es una técnica, un procedimiento para obtener el control del camino y lograr que sea viable. Decimos que el método es la manera o forma de realizar algo de forma sistemática, organizada y estructurada. Hace referencia a una técnica o conjunto de tareas para desarrollar un trabajo. En algunos casos se entiende también como la forma habitual de realizar algo por una persona basada en la experiencia, costumbre y preferencias personales.

En Agustín de Hipona su método es la síntesis entre el cristianismo y la filosofía platónica. Iluminado por la fe, el pensamiento avasallará el horizonte filosófico cristiano hasta la aparición de la filosofía tomista, ejerciendo un influjo inmenso en la práctica de pensadores cristianos durante siglos. Citado por algunos el último sabio antiguo y el primer hombre moderno. Señaló una nueva dimensión del hombre: la intimidad, donde descubre a Dios.

Los métodos de la antigüedad que preceden para llegar a la verdad filosófica son varios: la mayéutica de Sócrates, la dialéctica de Platón y la lógica de Aristóteles y de los Estoicos. Otros dos métodos, muy utilizados en la modernidad, derivan de la lógica: el método inductivo o resolutorio (de los efectos a sus causas, o también de los eventos singulares a las leyes universales) y el método deductivo o compositivo (que va desde los primeros principios, de las causas últimas, de las leyes universales, hacia los efectos o eventos particulares).

2. MÉTODO DE LA INTERIORIDAD

Hablar de interioridad en Agustín de Hipona es hablar de profundidad, buscar la verdad mirando hacia el propio interior, del ámbito íntimo, delicado y esencial de la persona donde nos encontramos con lo que somos, del espacio donde acogemos las resonancias que nos llegan del mundo exterior, es donde reflexionamos, sentimos, imaginamos, queremos, asumimos, recordamos, trascendemos y saboreamos.

Agustín es conocedor de los tres métodos de la antigüedad. Pero abre una nueva vía completamente propia: La vía de la interioridad:

“Noli foras ire; in interiore homine habitat veritas” (uera rel. 39,72). -No vayas afuera; vuelve a ti mismo. En el hombre interior habita la verdad-.

En la mayéutica y en la dialéctica, quien busca la verdad debe dirigirse a otro. Agustín la busca dirigiéndose a sí mismo, busca en sí mismo, se interroga a sí mismo, y encuentra la respuesta dentro de sí. En lugar de recorrer los caminos del cosmos, recorre los del microcosmos, los del alma.

Este camino no aleja al hombre de Dios, como ha sucedido a muchos filósofos del siglo XX, sino que, al contrario, hace más fácil y más directo el encuentro con Dios. Conocerse a sí mismo es conocer a Dios. Por tanto, en Agustín, interioridad y metafísica no son dos métodos distintos, sino dos momentos de un único procedimiento, de un único método.

La verdadera interioridad se da solamente cuando se extiende y se integra en la metafísica.

La interioridad sin metafísica es una interioridad superficial, una interioridad cortada, incompleta. El alma que explora atentamente en sí misma, con una mirada aguda, que penetra en las condiciones de su ser, de su conocer, de su amar, de su desear, y descubre su indigencia y su deseo de verdad, de realidad, de bien, no puede dejar de entrever la fuente de su ser, de su verdad, de su bien, Dios. Esto no es un artificio sofisticado o un pasatiempo literario, sino un análisis atento y objetivo de los hechos.

El método de Agustín de la interioridad se caracteriza por tres momentos: no salir fuera de sí mismo, volver al corazón y trascenderse.

No salgas fuera de ti, significa no renunciar a ser uno mismo a pesar de las distracciones exteriores. La interioridad es la capacidad de reconocer y juzgar desde uno mismo los sentimientos interiores y las situaciones exteriores que uno está viviendo.

La interioridad así comprendida no desconecta al individuo de las situaciones en las que se encuentra inmerso, sino que profundiza la perfección de estas situaciones: se vuelve capaz de comprender cómo afecta cada situación a su vida y a la vida de los demás y del mundo. Buscar tiempo para estar y hablar consigo mismo, no olvidar que somos la tarea y el proyecto más importante.

Vuelve al corazón, entra dentro de ti mismo, es una invitación a la reflexión sosegada, al encuentro con la verdad de uno mismo. La convocatoria del corazón. Porque en la interioridad es donde el ser humano juzga, busca, decide su propio destino. El corazón es el lugar del afecto, pero también de la inteligencia y el talento.

Trasciéndete a ti mismo. Trascender es empeñarse en la construcción de quien todavía no somos. Es un camino de superación. El ser humano aprende por sí mismo, mirando en su propia interioridad, ayudado por el maestro. El hecho de que el maestro, en una perspectiva agustiniana, tenga la función de “enseñanza”, hace que la sabiduría se convierta en alumbramiento de la verdad que cada uno descubre en su interior.

Así, pues, la meta de la enseñanza es despertar personas. Una persona se suscita por una llamada, no se fabrica por domesticación. El ser humano alcanza su madurez cuando dialoga consigo mismo y se formula en su interior la pregunta por el sentido de su existencia; pregunta que solo tiene respuesta en el encuentro último con el verdadero Maestro, con Dios.

Jesús se retiraba al monte a orar en muchas ocasiones. A veces lo hacía con algunos de sus discípulos. Rehuía en ciertos momentos el bullicio de la gente, se apartaba de todo aquello que le pudiera impedir o dificultar entrar en una relación personal, íntima y filial con el Padre. Eran ratos de contemplación pura, de interioridad. El monte era un lugar propicio, la noche favorecía un camino de interiorización luminosa, la soledad le ayudaba a encontrarse consigo mismo y con el Padre. Y así pasaba largas noches en oración. Por eso debemos decir que el silencio es el elemento en el que se forman todas las cosas grandes.

El silencio es un gran arte para la conversación interior. Por eso se nos invita a que nunca rompamos el silencio si no es para mejorarlo.

Si nuestra vida de consagrados tiene una dimensión esencialmente de oración y de interiorización, debemos facilitar el ambiente propicio para que se pueda cultivar y desarrollar la vida de oración y la vida de interioridad. Manejar el silencio es más difícil que manejar la palabra.

Avivar un modelo basado en aprender a escuchar e interrogar haciendo conectar el interior con la realidad exterior para así modelarla, interactuar y transformarla. “En la búsqueda de la verdad no hay mejor medio que el de las preguntas y respuestas” (sol. 2,7). La enseñanza del diálogo está basada en la mayéutica socrática donde educar quiere decir “sacar fuera”.

Agustín de Hipona asumió la perspectiva de Sócrates de ayudar a dar a luz la verdad que el hombre lleva dentro de sí. Para ello, presenta el diálogo como herramienta pedagógica para el aprendizaje sabiendo que la verdad se busca y se construye a través de la discusión y mediante el uso de preguntas.

Siempre hay una gran esperanza firme en cambiar, un cambio de pensamiento para acercarse más y más a Dios. Una invitación a aprender previamente a callar para poder hablar con acierto y tino, porque si hablar es plata, callar es oro. Así como tú callas y defiendes cubriendo los defectos ajenos con la misma medida, serás defendido por Dios.

Con el tiempo hemos aprendido que hay que tener presente para interiorizar estas cinco direcciones sin turbulencia:

- **Adelante**, para saber a adónde va.
- **Atrás**, para no olvidar de dónde viene.
- **Abajo**, para fijarse si no está pisando a alguien en el camino.
- **A los costados**, para ver quién lo apoya en los momentos difíciles.
- **Y arriba**, para tener presente que siempre hay alguien que lo cuida y lo protege.

a. Verdad interior

En Agustín es Dios quien ilumina nuestra alma; esa iluminación da el conocimiento, la pluma, y transforma la voluntad, el corazón. Es en el interior del alma donde debemos buscar la verdad.

“Y, amonestado de aquí a volver a mí mismo, entré en mi interior guiado por ti; y púdelo hacer porque tú te hiciste mi ayuda. Entré y vi con el ojo de mi alma, como quiera que él fuese, sobre el mismo ojo de mi alma, sobre mi mente, una luz inmutable” (conf. 7,10,16).

No encontraremos la verdad en el alboroto del mundo, sino dentro del corazón de cada uno, siempre que nos mostremos humildes y abiertos a aceptar nuestra pequeñez y dispuestos a caminar por el sendero que el Señor nos ha marcado.

La verdad nos hace libres, pero para hallarla es preciso que soltemos el lastre de las cadenas que la atan por causa de las mentiras que nos esclavizan. En la paz interior, la auténtica, la que no tiene miedo a despojarse de los ropajes mundanos, nos conocemos tal cual somos, criaturas pobres de un Dios que nos ama.

En Agustín de Hipona el camino de la interioridad fue siempre un elemento primordial, ya que él se percató, por su propio itinerario existencial, que ha vivido disperso y alejado de su propio interior y, por ende, olvidado de Dios, en quien está la felicidad y la vida de todo ser humano.

En la obra *De Trinitate*, Agustín diferencia entre el hombre interior y el hombre exterior. El hombre exterior es lo corporal, lo que tenemos en común con las bestias, incluyendo los sentidos y el almacenaje en la memoria de imágenes de las cosas externas. El interior es el alma. “No salgas afuera; vuelve a ti mismo. La verdad

mora en el hombre interior” (uera rel. 39,72). En cierto sentido es lo más significativo para los propósitos espirituales, porque la senda que conduce desde lo más bajo a lo más alto, el vuelco clave en la dirección, pasa a través del hecho de que prestemos atención a nosotros mismos como seres interiores.

Nos hiciste para ti

(conf. 1,1,1).

“Grande eres, Señor, y digno de toda alabanza. Grande es tu poder, tu sabiduría no tiene límites.

Y este hombre, pequeña migaja de tu creación, quiere alabarte.

Precisamente este hombre, que es un amasijo de fragilidad, que lleva aún pegada la etiqueta de su pecado, y es la mejor demostración de lo que es la soberbia.

A pesar de tanta miseria, este hombre quiere alabarte.

Y eres tú mismo quien lo estimulas a que encuentre deleite en ello.

Porque nos hiciste, Señor, para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti”.

Amén.

En Agustín de Hipona los caminos pueden llevar a Dios, pero siempre tienen que desembocar en el hombre interior: Mucha admiración me causa esto y me llena de estupor.

“Viajan los hombres por admirar las alturas de los montes, y las ingentes olas del mar, y las anchurosas corrientes de los ríos, y la inmensidad del océano, y el giro de los astros, y se olvidan de sí mismos” (conf. 10,8,15).

b. Maestro interior

El verdadero Maestro ¡Se deleita en la verdad, en la felicidad, en la justicia y en la eternidad, y Cristo es todas estas cosas!” (Io. eu. tr. 121,3).

El Maestro muestra siempre su corazón, manso y humilde, con las cicatrices de nuestro desprendimiento, como símbolo de su amor a los hombres, y es desde este corazón que vivifica y renueva la historia pasada, presente y futura, desde donde contemplamos e interiorizamos su palabra que es vida y alegría de Aquel que encuentra lo que había perdido.

En un lenguaje imaginario precisamos la escucha interior del Maestro que implica una Fiesta y un regocijo espiritual por un volver a sí mismo. Él nos ilumina y nos guía de nuevo al camino de la vida feliz, ya que el perdonar no es humillarse, es reconocer que fallamos y queremos cambiar. Es renunciar y emprender el camino. Lo dice, Agustín de Hipona: “Si das la espalda a la meta, no la alcanzarás jamás” (s. 150). Porque hay una gran Fiesta en la tierra desde el punto de vista de que nosotros también nos encantamos que una persona recobre la paz espiritual y vuelva al buen camino.

En algunos instantes del camino es preciso mirar hacia atrás, pero no es necesario retroceder, es necesario escuchar el silencio, tal vez del silencio escuches algo más profundo de lo que escucharás en la turbulencia, tratar de observar a tu alrededor; cada uno tiene un universo diferente, tal vez inexplorado o sin descubrir, tal vez tu sólo estés soñando, y yo sólo sea parte de tu sueño, que se hace realidad.

Agustín de Hipona, dice:

*“En el hombre interior habita Cristo, y en el hombre interior
serás renovado según la imagen de Dios; conoce en su imagen a
su Creador”*

(Io. eu. tr. 18,10).

A veces vacilamos de las buenas intenciones de las personas que quieran iniciar el camino de la escucha interior de Dios, el camino de retorno. Sin embargo, aunque nos cueste trabajo creerlo, deberíamos alegrarnos y sentir el regocijo de quienes recuperan un amigo, de añadir un puesto más en la mesa para compartir el pan.

En la escucha interior de Dios encontramos dos momentos significativos y están bien especificados por Agustín: El encuentro con Dios y buscar para encontrar a Dios.

Al significar lo que es el valor de la interioridad estamos desplegando la capacidad de reflexión del ser humano, situando el énfasis en lo verdadero y buscando la superación de lo negativo que a veces transmite: “No quieras derramarte fuera; entra dentro de ti mismo, porque en el hombre interior reside la verdad; y si hallares que tu naturaleza es mudable, trasciéndete a ti mismo, mas no olvides que, al remontarte sobre las cimas de tu ser, te elevas sobre tu alma, dotada de razón” (uera rel. 39, 72).

El saber del maestro, estima Agustín de Hipona, es una actividad interior; el acto de aprender por parte del discípulo es otra muy distinta. No es el discípulo un mero recipiente pasivo del conocimiento impartido por el maestro.

La enseñanza se completa en la escuela interior de la mente, donde se da o niega el asentimiento a lo que se oye de fuera. Se aprende, concluye Agustín, ‘consultando’ interiormente la verdad que reina en la mente. Quedando de esa manera abierto el camino para llegar al Maestro interior, que es el dueño de las palabras y del verbo interior.

El Maestro es Cristo, la Sabiduría de Dios, que se comunica a cada alma en proporción de su buena o mala voluntad. En resumen, la verdad no es propagada por las palabras del magisterio humano, sino por la presencia de la Verdad interior, que trasciende el alma.

La doctrina inicial *De Magistro* acerca de Cristo, único Maestro interior, es cimentada y perfeccionada en otras obras de Agustín. Por ser Cristo, el Verbo encarnado, la Verdad absoluta y la luz eterna, su participación es necesaria para todas las criaturas racionales. Pueden los hombres hacer sugerencias por los signos de las palabras, pero enseña el único verdadero maestro, el solo Maestro interior, que se hizo también exterior para recogernos a nosotros de las cosas exteriores a las interiores.

c. Deseo de Dios

Un elemento esencial en la interioridad es el silencio interior. Un valor para la interioridad y necesario para el deseo de Dios, en Agustín de Hipona. El silencio es siempre partícipe de la palabra. La palabra nace en el silencio. Una palabra oportuna, madura, responsable, que construye y da vida. En el campo del lenguaje, hay siempre espacio para el silencio y el callar, para poder interiorizar. Cuando la persona no dedica un tiempo a callar pierde la ocasión para que madure en su interior, para tener autoridad moral, hay que aprender a callar.

El silencio es el ruido más fuerte, quizás el más fuerte de los ruidos. Se solicita un clima de silencio interior, sólo en ciertos momentos del día o de la noche; lugares adecuados y libres de cualquier otra actividad; paz y serenidad en el ambiente; libertad para buscar y encontrar algunos ratos de reflexión personal; momentos programados de oración comunitaria.

Pero esto no basta. Falta lo más significativo. Es el consagrado y la propia comunidad, quien debe buscar la paz del corazón, el silencio interior, el lugar y momento más adecuado, para lograr y mantener el coloquio con Dios Maestro, en el espíritu de Jesús.

Estamos frente al valor central de la pedagogía agustiniana, de su sed por Dios. El ser humano que entra dentro de sí mismo es capaz de conocer y conocerse. La ventana de los sentidos solo permite asomarnos hacia afuera. Podemos conocer el mundo que nos rodea y no saber nada de nosotros mismos. Por eso el ser humano sin interioridad es un ser sin identidad. La interioridad es el lugar de las grandes preguntas y de las grandes certezas y convicciones.

La interioridad como eje para desarrollar la capacidad de reflexión, es la que significa que es ese ámbito íntimo, delicado y esencial de la persona donde nos encontramos con lo quiénes somos, pues de inmediato expresamos que somos seres humanos, capaces de vivir en sociedad y que tenemos sensibilidad, además de contar con inteligencia y voluntad, aspectos típicos de la humanidad.

Seremos humanos con poder de raciocinio que posee conciencia sobre sí mismo y que cuenta con su propia identidad. El ejemplo preciso suele ser el hombre, aunque algunos extienden el concepto a otras especies que pueblan este planeta.

Al hablarse de interioridad es hablar de profundidad, del fruto de encuentro con Dios y del espacio donde acogemos las resonancias que nos llegan del mundo exterior, es donde reflexionamos, sentimos, imaginamos, queremos, asumimos, recordamos, trascendemos y saboreamos.

En la vida la búsqueda de la verdad será una conquista puramente intelectual porque no se entra en la verdad sino por el amor. El ser humano se mueve por amor y desde el amor, porque el amor es el peso del alma: "Mi amor es mi peso; él me lleva adonde soy

llevado” (conf. 13,9,10). El amor cambia la vida y sólo quien ama a Dios sabe amarse a sí mismo.

Hay que interiorizar bien lo que buscamos, pensamos y percibimos en el caminar de la vida. Sin abandonar lo que somos y lo que seremos, por eso hay que tener presente:

No cambiar tu naturaleza si alguien te hace daño; solo toma precauciones.

No te dejes vencer por el mal; antes bien, vence al mal con el bien.

No trates de engañarte con alguien creyendo que es o puede ser igual que tú; hay personas que sacarán su maldad sin importarles las consecuencias de sus actos, ni dañarse incluso a sí mismos.

No elegimos venir al mundo, pero tenemos el derecho de elegir dónde vivir la eternidad.

Interiorizar siempre: vive sin aparentar, ama sin depender, escucha sin atacar y habla sin ofender.

d. Buscar para encontrar

A lo largo de su existencia el hombre tiene muchas esperanzas, más grandes o más pequeñas, diferentes según los periodos de su vida. En ocasiones puede parecer que una de estas esperanzas lo llena completamente, lo realice a tal punto que no necesita de ninguna otra: descubre por sí mismo.

En la vida cotidiana y en la vida religiosa es una tensión constante, una inquietud perenne hasta llegar al descanso sin final: estar con Dios. Si el principio de sus Confesiones se abre con la frase “nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti” (conf. 1,1,1), se cierra con la misma realidad:

“Así la voz de tu libro nos advierte que también nosotros, después de nuestras obras, muy buenas porque tú nos las has

donado, descansaremos en ti el sábado de la vida eterna” (conf. 13,36,51).

Así todas las Confesiones se unen en este ansioso deseo del autor: Buscar para encontrar, caminar hacia el descanso, hacia Dios, que es la esperanza última.

El silencio es el ruido más fuerte, quizás el más fuerte de los ruidos. ¡Basta de silencios! ¡Gritad con cien mil lenguas! porque, por haber callado, ¡el mundo está descompuesto!

El proverbio judío, dice: “Hay que guardarse bien de un agua silenciosa, de un perro silencioso y de un enemigo silencioso”. Porque lo podemos considerar como un recurso que se puede utilizar mientras se está empleando una noticia de cualquier tipo.

En la juventud puede ser la esperanza de un amor excelso y placentero; la esperanza de conseguir determinada posición en el trabajo, de obtener uno u otro éxito culminante y determinante para su vida. A veces puede ser una casa o un coche, una moto o paseo. Sin embargo, cuando estas esperanzas se satisfacen, se ve con claridad que ciertamente esto no lo era todo, que el hombre necesita una esperanza que vaya más allá. Es evidente que sólo puede contentarse con algo infinito, algo que será más de lo que podrá alcanzar en esta tierra.

El ser humano en sus instantes de sinceridad, reconoce que no encuentra una felicidad que los sacie plenamente, aunque hayan tenido todo y haya gozado de todo. Sí, el hombre necesita esperanzas breves y duraderas, que día a día le den la fuerza para mantenerse en el camino.

Según Agustín de Hipona,

“los tiempos somos nosotros, según seamos nosotros, así serán los tiempos” (s. 80,8).

Esta afirmación equivale a decir que también los seres humanos están vinculados a una cultura, a un paisaje geográfico y humano. Por consiguiente, su tarea, la consecuencia de la conexión con la realidad, implica desde una perspectiva agustiniana interactuar con esa realidad para transformarla positivamente desde una actitud de esperanza.

En una sociedad dinámica y sometida a cambios acelerados, el ámbito formativo centra su trabajo en la capacidad de adaptación y de selección críticas con la realidad circundante para evitar el desajuste del mundo personal del discípulo con la vida, con la realidad exterior.

Agustín de Hipona en la obra “La catequesis a los principiantes” (*De Catechizandis Rudibus*), anima a su discípulo Deogracias a que procure suscitar el interés y la atención de sus discípulos. Pero el interés que aconseja no es tanto la participación activa sino la destreza didáctica para suscitar el gusto por la enseñanza. Para ello Agustín pide al maestro no instalarse en la repetición sino renovarse en el lenguaje y en la disposición interior hacia lo que debe comunicar a sus discípulos. “Sólo puedo hacer lo que quiero cuando dejo de querer lo que no debo” (ep. 10,1).

Es real que el itinerario pastoral de Agustín simboliza un modelo de la relación armónica que debe existir entre la fe y la razón. Esta armonía significa ante todo que Dios está cerca de todo ser humano, cerca de su corazón y de su razón. Esta presencia misteriosa de Dios puede ser reconocida en el interior del hombre, porque, como decía Agustín de Hipona con una expresión muy conocida:

“Nos has hecho, Señor, para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti” (conf. 1,1,1).

La enseñanza está dedicada, por el contrario, a la reflexión de fe y razón, que es un tema preciso, o mejor, el tema determinante de la biografía de Agustín de Hipona.

Buscar para encontrar. Esta es una escena esencial en la vida de Agustín que desde niño había asimilado de su madre, Mónica, la fe católica. Pero siendo adolescente había abandonado esta fe porque ya no lograba ver su razonabilidad y no quería una religión que no fuera expresión de la razón, es decir, de la verdad.

Se expresa que su sed de verdad era radical y le llevó a alejarse de la fe católica. Pero su radicalidad era tal que no podía contentarse con filosofías que no llegaran a la misma verdad, que no llegaran hasta Dios. Y, a un Dios que no fuera sólo una hipótesis última cosmológica, sino que fuera el verdadero Dios, el Dios que da la vida y que entra en nuestra misma vida.

Sin duda, Agustín encontró a Dios y durante toda su vida hizo su experiencia hasta el punto de que esta realidad que es ante todo el encuentro con una Persona, Jesús, cambió su vida, como cambia la de cuantos, hombres y mujeres, en todo tiempo, tienen la gracia de encontrarse con Él. Una gracia que es gratitud y memoria del corazón.

Como dice el Apóstol: un amor sin límites,

“El amor es comprensivo, el amor es servicial y no tiene envidia; el amor no presume ni se engríe; no es mal educado ni egoísta; no se irrita, no lleva cuentas del mal; no se alegra de la injusticia, sino que goza con la verdad. Disculpa sin límites, cree sin límites, espera sin límites, aguanta sin límites” (1Co 13,4-7).

Una felicidad plena. Buscar para encontrar y el descubrir a Dios por ti mismo y estar con Él. Basta, sólo estar en la felicidad. “La felicidad verdadera y segura en sumo grado la alcanzan, ante todo, los hombres de bien que honran a Dios, el único que la puede conceder” (ciu. 2,23,1). “Dios es fuente de nuestra felicidad y meta de nuestro apetito” (ciu. 10,3,2).

Felicidad no es hacer lo que uno quiere sino querer lo que uno hace. Las cosas son bellas si se las ama. Hay una sola forma de felicidad en la vida: amar y ser amado. Por eso la gente más feliz no es la que tiene lo mejor de todo, sino la que hace lo mejor con lo que tiene:

Viven de manera sencilla y tienen paz interior.

Dan amor y actúan generosamente con el Otro.

Son solidarios, solícitos y hablan con amabilidad.

Respetan a sus semejantes y son abiertos a los demás.

Son sinceros con todos. No basta con conocer; es preciso saber.

e. Silencio interior

El silencio busca la soledad. Agustín de Hipona, dice:

“Nuestra alma tiene necesidad de soledad. En la soledad, si el alma está atenta, Dios se deja ver. La multitud es ruidosa. Para ver a Dios es necesario el silencio” (s. 145).

“A cualquier parte que vaya me sigo. Tú, hombre, puedes huir a donde quieras, pero no fuera de tu conciencia. Entra en tu casa, descansa en tu lecho, penetra en lo interior; nada más interno puedes hallar a donde huir fuera de tu conciencia, si te remuerden tus pecados” (ciu. 30,2, s. 1,8).

“Hay un tiempo para callar y un tiempo para hablar” (Eclo 3,7).

Bastante tiempo dedicamos a hablar y poco tiempo a escuchar, a permanecer en silencio. Es indiscreto prestar atención cómo por medio de la palabra, que se nos ha dado para comunicarnos, engañamos y nos engañamos. En ningún siglo, ha escrito Ignacio Silone, “la palabra ha sido tan pervertida, como lo está ahora, alejada de su finalidad que es la comunicación entre los hombres”.

El silencio interior es el excelente amigo que en ningún tiempo abandona. El silencio es una herramienta de comunicación eficaz. Como todas las herramientas, hay que saber hacer un buen uso de ella. Agustín de Hipona, dice:

“El silencio es la falta de sonido de algo o alguien en su totalidad, en ciertos casos éste puede ser de beneficio, ya que permite tomar un tiempo de pausa para reflexionar respecto a las cosas y de esa forma tener una mejor perspectiva de los objetivos que se tienen y de cómo obtener lo que se quiere”.

Es cierto que pocas veces se tiene en cuenta el valor del silencio interior para una escucha considerada y activa. Quien respeta las pausas y el silencio en la comunicación es considerado como alguien discreto y educado. Además, el silencio no dificulta el habla, sino que la hace posible. El lenguaje es palabra y silencio.

El silencio es lo fecundado que da vida al lenguaje y confirma a la criatura humana como tal, en tanto conciencia y reflexión. No dudo que a veces se puede utilizar el silencio como una técnica, pero, aun así, él fluye de otro gran silencio que existe en el fondo de nosotros y en el mundo, incluso en la entraña de la palabra misma.

Los sabios y los justos siempre mantienen el silencio como su mejor arma; hablan con el silencio. Nunca un necio hace silencio.

El silencio es fuerte, no es débil. El Swami Brahmdev tiene bellas teorías sobre la fuerza del silencio. Asegura que el mayor secreto de los grandes hombres es construir una relación viva con la fuerza del silencio. Pareciera iluso hablar de la fuerza del silencio, pero quien aprenda a manejar el silencio tendrá el esquivo éxito interior y naturalmente una fácil realización en el mundo exterior.

Al llegar el silencio, activa eficazmente todos los sentidos del hombre, estimula la circulación de las ideas. Quien cultive la fuerza del silencio recibe a cambio una actitud interior progresista, y lo guía el convencimiento que en cada momento futuro hay una oportunidad de avance, de moverse hacia adelante.

En forma, nada es más fácil que callar. Pero en la práctica, el silencio es un reto difícil. El silencio es dignidad en la derrota. El silencio es grandioso en la victoria. El silencio obligatorio es censura inaceptable. El silencio como cultura es gimnasia para el espíritu.

Mantenerse en silencio cuando escuchas a alguien, no significa mantener la boca cerrada. En este contexto el silencio significa asentir y dar señales que de alguna forma expresan que estamos siguiendo el mensaje o la historia que nos están exponiendo.

Muchas veces este silencio habla más de lo que creemos. A veces lo que hay detrás es miedo. Miedo a confrontar, a decir la verdad, a la reacción de los demás, es como creer que ya se desvanecerá. Incluso nos intentamos convencer de que no hace falta decir nada. Como si el tiempo lo tuviera que diluir o difuminar, y lo que realmente hacemos en estas ocasiones es retrasar la solución, o la respuesta, o el problema. Me atrevería a decir que incluso lo hacemos más grande. Esto sin tener en cuenta el impacto en el otro.

Devoto del silencio, pero el silencio bien operado. Pero claro, en determinadas ocasiones hay que ser valiente para romper este silencio y confrontar, y eso ya cuesta más. ¿Qué uso haces del silencio? Teniendo claro que casi nunca las cosas se resuelven

solas ¿Eres de dar respuesta cuando te preguntan? ¿O de romper el silencio para decir NO cuando toca?

3. ANTROPOLOGÍA PLATÓNICA

En Agustín de Hipona el alma humana, juntamente con Dios, es el tema principal del estudio y amor a la sabiduría: A Dios y al alma deseo conocer. Expresamos que la antropología agustiniana es de un signo denotadamente platónico, puesto que mantiene un espiritualismo y dualismo en la concepción del hombre. No es un platónico cristianizado: su metafísica del espíritu descubre dimensiones inexploradas para el pensamiento antiguo y podría decirse que cumple por primera vez el llamamiento del “conócete a ti mismo”.

La potestad en la evolución de la filosofía occidental ha sido tan grande que bien puede decirse que el agustinismo es una constante histórica que informa los más diversos movimientos doctrinales, tanto de inspiración cristiana como de carácter inmanentista.

A partir de Agustín de Hipona, el platonismo quedó adherido durante siglos al cristianismo, ya que no hay santo Padre de la Iglesia católica, griego o latino, que haya ejercido una influencia tan decisiva y que haya gozado de tanta autoridad.

Desde la antigüedad el ser humano es un compuesto de cuerpo (materia) y alma (forma). Por supuesto que la realidad más significativa es el alma, dentro de la más estricta tradición platónica, concibiendo el cuerpo como un mero instrumento del alma. El alma es una sustancia espiritual y, tal como nos la presenta Platón en el Fedón, simple e indivisible. Asume todas las funciones cognitivas de las que la más importante será la realizada por la razón superior, ya que tiene como objeto la sabiduría (y es en ella en donde se da la iluminación).

Asimismo, de las funciones propias de la inteligencia le pertenecen igualmente las de la memoria y la voluntad, adquiriendo ésta última un especial protagonismo en su pensamiento, al ser considerada una función superior al entendimiento.

El alma es inmortal, pero a diferencia de lo que ocurría en el platonismo no es eterna. Los argumentos para defender la inmortalidad proceden del platonismo: siendo el alma de naturaleza simple no puede descomponerse, ya que no tiene partes; por lo que ha de ser indestructible, inmortal.

Es de saber que por lo que concierne a la explicación de su origen Agustín vibra entre dos perspectivas: el creacionismo y el generacionismo o traducianismo. Según la primera Dios crearía el alma con ocasión de cada nuevo nacimiento de un ser humano (lo que plantearía problemas a la hora de explicar el pecado original ¿Crearía Dios almas imperfectas, manchadas por el pecado original?).

Según la otra teoría el alma se transmitiría de padres a hijos al ser generada por los padres, igual que éstos generan el cuerpo (de este modo se podría explicar la transmisión del pecado original, pero plantearía el problema de la unidad y simplicidad del alma individual ¿Transmitirían los padres una parte de su alma a sus hijos? ¿Quedaría entonces la suya fragmentada?).

Agustín concibe que somos cuerpo y alma, y que al morirnos el alma se encontrará con Dios si tiene la Gracia. Esta alma no ha de buscar la verdad en el exterior, sino en sí misma. El alma no solamente es, sino que conoce. ¿Cómo podemos relacionar conocimiento y ser?

Conocemos lo que es y no podemos conocer lo que no es. ¿Qué ocurriría si lo que conocemos en realidad no fuese? ¿Qué ocurriría si todo lo que vemos fuese una ficción interior del alma? ¿Cómo justificamos la existencia del mundo externo? Sin justificar esta existencia no podemos justificar que conocemos. Si

para conocer tiene que existir algo, es decir, si la existencia es una condición necesaria del conocimiento y no podemos justificar esa condición, no podemos justificar el conocimiento. Sin embargo, hay algo que es previo al conocer, que es el querer.

*Puedo no saber qué quiero, pero aun sin
saber qué quiero sé que quiero.*

Sabemos que cuando yo pretendo conocer algo, puedo equivocarme: mi creencia puede ser no verdadera o no justificada. Sin embargo, en lo que no me puedo equivocar es en que existe un querer: puedo errar en mi creencia, puedo equivocarme acerca de lo que quiero conocer, pero no puedo equivocarme sobre el hecho de que quiero.

4. CONCEPTO DE HOMBRE

Agustín de Hipona no reflexiona sobre un ser humano abstracto y desencarnado, sino que centra la mirada sobre sí mismo. Es entonces cuando desvela y narra la dramática experiencia de la búsqueda inquieta que ocupó su vida durante años. Parte de su vida que fue una intensa búsqueda de la definición del hombre. Recorrió en sus meditaciones las tres direcciones que delimitan el campo de la investigación antropológica: el ser del hombre, su perduración más allá de la vida y el sentido de su existencia.

Agustín descubrió que la naturaleza del hombre es dialéctica: es un ser que está en un mundo hecho para él, pero él es hecho para Dios. Como no hay una adecuación entre su ser en y su ser para, el hombre se convierte en un discurso abierto infinitamente, cuyo final trasciende sus medios.

El hombre ocupa un lugar intermedio en la configuración ontológica del universo, un medio entre la Nada y el Todo, entre el cuerpo y el Creador del sí mismo y del cuerpo: “Como el torrente recoge las lluvias y se hincha, salta, se despeña, y corriendo acaba su carrera, así es todo el curso de la mortalidad del género humano, de lo oculto va apareciendo y corre; con la muerte otra vez se oculta. En el intermedio resuena y pasa. Es decir, el hombre es un murmullo entre dos abismos” (en. Ps 109). Esta es la condición mortal, finita, del ser humano.

Agustín acoge un dualismo platónico. En su visión del hombre. Refuta la preexistencia del alma, la pluralidad de almas en el hombre y que la unión con el cuerpo sea consecuencia de un pecado anterior. Como consecuencia del pecado original, el alma, que está hecha para dirigirse hacia Dios, se vuelve hacia la materia y termina siendo prisionera del cuerpo, dominada por la ignorancia y los malos deseos.

El hombre no ha perdido en ningún tiempo el libre albedrío, pero, como consecuencia del pecado original, no puede dejar de pecar. Por ello, la auténtica libertad, que consiste en hacer el bien, ya no está en manos del hombre. Por eso, la humanidad está abocada a la condenación y sólo se salvan aquellos predestinados que reciben la Gracia de Dios. El alma sólo puede ser liberada, por tanto, por la gracia de Dios.

Este es el argumento de doctrina que Agustín de Hipona mantiene frente al pelagianismo que salvaguardaba que la voluntad nunca perdió el poder de hacer el bien y que no tiene, por tanto, una necesidad absoluta de la Gracia de Cristo para conseguir la salvación.

El pensamiento filosófico de Agustín de Hipona prolongó un puente entre el mundo clásico y el mundo medieval, además de sentar las bases de la filosofía como el amor a la verdad, el estudio

y amor a la sabiduría y del cuerpo doctrinal cristiano, lo que le hizo valer el sobrenombre de Doctor de la Iglesia.

La concepción dual de la realidad se deja sentir también en la concepción agustiniana del hombre. Éste es un ser compuesto de dos sustancias radicalmente distintas: el alma y el cuerpo, siendo el hombre propiamente su alma, entendida cristianamente como *imago Dei*, imagen de Dios. Al estar apretadamente unida al cuerpo, el hombre, como alma, se halla en una condición oscilante y ambigua entre la luz (Dios, el bien) y la oscuridad (el mal, el pecado).

Agustín no responsabiliza a Dios del mal que hay en el mundo. El mal no es ser, no es creación, sino defecto o ausencia de ser y de bien: todo lo creado es bueno por su origen, pero malo y defectuoso por naturaleza. “El mal es el resultado de que la humanidad no tenga a Dios presente en sus corazones. Es como resulta el frío cuando no hay calor, o la oscuridad cuando no hay luz”, lo dice Albert Einstein.

El mal físico depende de la mutabilidad y carencia de ser que hay en las cosas creadas, siendo inherente a toda creatura. El mal moral, sin embargo, depende del uso que hagan los hombres de su propia libertad.

a. Libre albedrío

El libre albedrío está señalado precisamente en la obra de Agustín el poder de decidir o de elegir libremente, no entre el bien y el mal, sino entre un bien superior y un bien inferior. Somos libres precisamente porque podemos aceptar una cosa rechazando otra al mismo tiempo, lo que equivale a elegir.

*Si consideramos a un animal desprovisto de razón,
es de cierta manera un ser libre de movimiento
o de acción, pero no libre de juicio.*

El libre albedrío es la elección que se ejerce en función de motivos: no podría ceñirse a la libertad de acción y requiere además la libertad de juicio. Cuando se considera por ejemplo la caída de una piedra, esta no se efectúa sin causa; sin embargo, la piedra cae sin motivo precisamente porque no tiene libre albedrío.

Según esta perspectiva, entendemos que, si las acciones del hombre distan mucho de coincidir siempre con lo que deben ser, se puede imputar la responsabilidad de ello a su voluntad; si la criatura razonable es libre, es precisamente porque es capaz de actuar mal. Por lo tanto, ¿cómo pudo Dios en su perfección dotarnos del libre albedrío y, así, de una voluntad capaz de actuar mal?

En consentimiento con la doctrina agustiniana, Dios, como ser infinitamente bueno, no es el autor del mal y sin embargo el mal existe y, más peculiarmente, el mal moral. ¿Cómo dar razón entonces de lo que parece carecer de ella? Según Agustín,

“queda que la única cosa que hace del espíritu el criado del deseo, es la voluntad propia y el libre albedrío” (lib. Arb. 1,11).

La sustancia pensante que se convierte en el esclavo del apetito sensual sufre un doble castigo. Primero, durante esta vida terrenal durante la cual no hace sino errar en la incertidumbre e ir, por este mero hecho, de decepción en decepción; y, en segundo lugar, después de la muerte, cuando el castigo se convierte en eterno, lo que corresponde con la noción cristiana de segunda muerte.

La posición de la libertad de elección y, por lo tanto, del libre albedrío deja aparecer dos dificultades.

b. Diferencia

La diferencia agustiniana de la teoría del libre albedrío, deja reflejar, más allá de las cuestiones teológicas de la naturaleza y de la gracia, una orientación de la interrogación metafísica sobre la

libertad de la voluntad hacia una interrogación sobre la libertad política; esta última encuentra su realización en la tesis de la democracia original.

Agustín de Hipona diferencia el **libre albedrío** de la **verdadera libertad**:

1. **El libre albedrío es la posibilidad de elegir** libremente el bien o el mal, opción que tiende siempre hacia el polo negativo. Como consecuencia del pecado original y por estar el hombre sujeto al dominio del cuerpo, es difícil que elija dejar de pecar.

¿Por qué posee el hombre -criatura de Dios- la libertad del pecado? Para Agustín, si la mediación de esta voluntad hace caer al hombre en el pecado, no hay que concluir que no por eso nos la dio Dios, sino más bien para que actuemos de manera recta. Es legítimo, pues, preguntarse por qué este libre albedrío, concedido por Dios para el bien, se orienta con tanta facilidad hacia el mal. Todos los bienes provienen de la bondad de Dios y la voluntad libre forma parte de ellos.

¿Cuál es entonces su lugar dentro de la jerarquía de los bienes? Se sitúa en el medio, ya que, en la medida en que puede orientarse hacia el mal, no es un bien mayor como las virtudes cardinales (prudencia, fuerza, temperancia, justicia). Sin embargo, es un bien medio superior a los bienes menores que provienen por ejemplo del cuerpo. Por consiguiente, Dios no es responsable del pecado de la voluntad libre. Agustín resume así la condición de la criatura: “El hombre, al usar mal de su libertad, la perdió perdiéndose a sí mismo” (ench. 9,30).

2. Por ello, **sólo la libertad, entendida como una gracia** divina que nos empuja a hacer exclusivamente el bien, puede redimirlo de su condición y hacerlo merecedor y capaz de buenas obras.

¿Qué es de esta voluntad libre? Agustín formula así esta interrogación, que pone en boca de su interlocutor Evodius: “¿De dón-

de nace este movimiento por el cual la misma voluntad abandona el bien común e inmutable y se dirige hacia bienes propios, extranjeros o inferiores, mudables todos por cierto?” (lib. Arb. 3,1,1).

Esto proviene de un movimiento defectuoso en el seno de la realidad. El defecto es una falta de ser que sólo puede proceder de la Nada. Por oposición a la causa eficiente -la que produce el efecto- se trata para Agustín de una causa deficiente. Al apartarse de Dios, el ánima se acerca al mal; lo hace a partir de un movimiento que no es natural sino voluntario. Por lo tanto, la voluntad libre, y no Dios, se identifica con la causa del acto del pecado.

¿De dónde proviene entonces nuestra inclinación al pecado y al mal? Semejante tendencia o inclinación es la causa de una caída inicial: el pecado original. Sin embargo, no por eso podemos encontrar la causa del mal en la naturaleza del hombre o de su voluntad, ya que, de ser el caso, no podríamos hablar entonces de un mal moral. Tampoco podemos situarla en una elección que ya sería un acto interior malo, lo que significaría explicar el mal por el mal. Si el mal es en sí un defecto, es posible atribuirlo a una deficiencia de aquel que quiere, pero ésta no puede ser ni una carencia física natural, ni un previo fallo voluntario.

La fe misma es también producto de la gracia divina y no depende del libre albedrío.

En este momento, la posibilidad de elección no es, para Agustín de Hipona un asunto exclusivo de la voluntad. También el amor impulsa a la virtud y a acatar el orden divino y es el origen de toda una concepción lineal de la historia.

Concluamos con esta alabanza silenciosa de Agustín de Hipona:

El Deseo de Dios

(conf. 1,5,5).

Oh Señor, ¿cómo podría yo descansar en ti?,

¿cómo podría conseguir que vengas a mi
corazón y lo embriagues;

para que me olvide de todos mis males

y me abraze a ti, mi único Bien?

¿Qué eres tú para mí?

No te enojés y déjame hablar:

¿qué soy yo para ti,

para que me mandes que te amé, y, si no lo hago,

te disgustes conmigo

y me amenaces con grandes desgracias?

¿Es que no es suficiente desgracia el no amarte?

¡Ay de mí! Por lo que más quieras, dime:

¿qué eres tú para mí? Díselo a mi alma:

Yo soy tu salvación.

Pero, ¡díselo de modo que yo lo oiga!

Señor, ahí tienes, delante de ti,

los oídos de mi corazón.

Ábrelos y dile a mi alma:

Yo soy tu salvación.

Entonces yo saldré disparado tras esa voz

y te daré alcance.

¡No me escondas tu rostro!

¡Muera yo para que no muera mi alma

y pueda así verte!

Amén.

AGUSTÍN: EL DESEO DE SABER Y CONOCER

*“Dios no se hace más grande por el conocimiento de quienes lo encuentran, sino que quienes lo encuentran se hacen más grandes por su conocimiento de Dios”.
San Agustín.*

AMBIENTACIÓN

Agustín de Hipona, dice: “Cuando yo me adhiera a ti con todo mi ser, no habrá penas, ni pruebas, y mi vida, toda llena de ti, será plena”. Fue filósofo considerado como el padre de la Iglesia. Se considera el mayor mérito de Agustín la superación de la concepción cíclica y natural de la historia mediante un esquema histórico lineal.

En Agustín

“La verdad habita en el hombre interior”

(uera rel. 39,72).

Su principio es la certeza inmediata de los hechos de la conciencia. Al analizar la experiencia interna, hallamos ideas eternas e inmutables. Estas no pueden ser creaciones del espíritu humano, pues este posee un origen en el tiempo y es, por tanto, susceptible de mudanza.

Agustín no supo, sin embargo, dar una respuesta definitiva al problema del origen del alma y al hablar sobre el alma humana, dice que es una sustancia espiritual e inmortal. Dios ha creado el mundo de la nada y las ideas son modelos ejemplares que están alejados en la mente divina. El hombre presenta tres facultades:

memoria, inteligencia y voluntad o amor. El hombre, por otra parte, tiene una conciencia moral, pues la ley eterna ilumina la inteligencia humana y sus imperativos constituyen la ley natural; el hombre además de conocer la ley debe quererla.

El conocimiento es un fenómeno con múltiples aspectos. No existe una única definición de conocimiento. Sin embargo, existen muchas perspectivas desde las que se puede considerar el conocimiento; siendo la consideración de su función y fundamento, un problema histórico de la reflexión filosófica y de la ciencia.

Sabemos que la teoría del conocimiento es una parte significativa de la filosofía. Pero es difícil precisar cuál es su objeto y más aún cuáles son los resultados a los que se ha llegado en ella, sin indicar de antemano desde qué postura, o concepción filosófica se está hablando.

Percibimos algunas indicaciones respecto a los diversos planteamientos filosóficos del problema del conocimiento con Agustín, y la relación de la denominación teoría del conocimiento con otros términos como epistemología.

En Agustín el amor a la verdad define su vida. La búsqueda de la verdad está inserta en su existencia concreta y personal. Le inquieta sobremanera el deseo de saber y conocer. Es consciente de las dificultades de la inteligencia para encontrarla. A la verdad se va por el amor. Él es quien le conmueve e impulsa a ir en búsqueda de la verdad.

“No hay amistad verdadera sino entre aquellos a quienes Tu aglutinas entre sí por medio de la caridad” (conf. 4,4,7). En este sendero se encuentra Agustín con diferentes acompañantes de viaje, son sus amistades. Él, enamorado de la verdad, nunca está solo. Una amplia red social le ayudará a recorrer con singularísima reflexión aquella senda interior en la que va madurando la aventura por el descubrimiento de la verdad.

Salpicado de la cultura de su tiempo, especialmente literaria y fundada sobre el estudio de la retórica y la filosofía presente en los autores clásicos, Agustín reinterpreta y amplía la búsqueda de la verdad al campo de la sabiduría cristiana.

Sabemos que el amor a la sabiduría le lleva al hallazgo de la verdad, a abrazarse a ella misma por amor y proseguir el viaje de la vida anclado en la verdad.

“No quieras derramarte fuera; entra dentro de ti mismo, porque en el hombre interior reside la verdad; y si hallares que tu naturaleza es mudable, trasciéndete a ti mismo, mas no olvides que, al remontarte sobre las cimas de tu ser, te elevas sobre tu alma, dotada de razón. Encamina, pues, tus pasos allí donde la luz de la razón se enciende” (uera rel. 39,72).

El pensamiento de su deseo de saber y conocer en Agustín se modificó gracias a dos factores: el primero fue el contacto que éste tuvo con la filosofía de Plotino y su neoplatonismo que exhortaba a la búsqueda de la verdad, el segundo y el más significativo desde mi punto de vista fue su conversión al cristianismo, pues este hecho en la vida de Agustín implicó un cambio en su modo de pensar y en su manera de vivir; fue entonces cuando nació el filosofar en la fe.

Agustín de Hipona fue uno de los sabios más prolíficos que la humanidad haya conocido jamás, y es admirado no solamente por sus obras, sino también por la variedad de temas, mismos que abarcan todos los ámbitos del pensamiento.

Algunos de los lineamientos esenciales que aborda Agustín de Hipona en el deseo de saber y conocer de su teoría del conocimiento, son los siguientes:

a. Teoría del conocimiento

- b. Razón y fe
- c. Noción agustiniana de Dios
- d. Plotino y la teoría de la emanación
- e. Teoría de la iluminación

Indiscutible es, que en Agustín no es una búsqueda ordenada y planificada al modo escolástico, sino que crece y se alimenta de experiencias auténticas, de reflexión crítica y de un insaciable deseo por dar con la verdad. No quiere engañar ni engañarse. Vida y pensamiento aparecen entrelazados en el filósofo de la verdad.

1. TEORÍA DEL CONOCIMIENTO

Se subraya que Agustín tiene un pensamiento de resonancias platónicas según la cual la verdad y el ser se dan en lo inmutable y eterno, en aquello que no cambia. Su teoría del conocimiento supone una síntesis de tres funciones esenciales de la mente:

- La intuición intelectual.
- La intuición sensitiva.
- La razón discursiva.

Estas aplican a las intuiciones sensibles los principios que la intuición intelectual nos suministra, con lo que alcanzamos un auténtico conocimiento humano, en el que se aúnan la razón discursiva y la razón intuitiva, síntesis a la que Agustín denomina razón superior, gracias a la cual superamos el simple conocimiento animal.

No obstante, sin llegar a obtener una teoría del conocimiento o de la verdad, Agustín se ocupará del problema del conocimiento,

tratando de establecer las condiciones en las que se puede dar el conocimiento de la verdad, según el ideal cristiano de la búsqueda de Cristo y la sabiduría.

Ante el adelanto del escepticismo protegido por la Academia nueva, con cuyas tesis había simpatizado principalmente, Agustín reflexionará primordial la crítica del mismo. Niegan los escépticos la posibilidad de alcanzar certeza alguna. Ante ello Agustín replica afirmando la necesaria certeza de la propia existencia: ¿Puedo prudentemente dudar de mi existencia, aun suponiendo que todos mis juicios estuvieran siempre equivocados? No, dice Agustín, ya que aun en el caso de que me engañase no dejaría de existir (al menos el juicio \exists sería siempre verdadero, asegurando la certeza de mi existencia); pero la certeza es triple, ya que el hombre existe, vive y entiende.

En ese juicio del conocimiento seguro que tiene la mente de sí misma y por sí misma, en la experiencia interior, asentará Agustín la validez del conocimiento. Así, no puedo dudar de la certeza de los principios del entendimiento, como el principio de no contradicción; ni de la certeza de las verdades matemáticas. Tampoco puedo dudar de la certeza de la realidad exterior, en la que vivo. No obstante, la mente, buscando la verdad en sí misma, se trascenderá a sí misma al encontrar en ella las ideas, verdades inmutables que no pueden proceder de la experiencia.

Distinguirá Agustín varios tipos de conocimiento, asegurada su posibilidad: el conocimiento sensible y el conocimiento racional; el conocimiento racional, a su vez, podrá ser inferior y superior.

El verdadero objeto de conocimiento no es lo mudable, sino lo inmutable, donde reside la verdad.

Y el conocimiento sensible no me puede ofrecer esta verdad.

En la comprensión del conocimiento sensible es el valor más bajo de conocimiento y, aunque realizado por el alma, los sentidos son sus instrumentos; este tipo de conocimiento sólo genera en mi opinión, *doxa*, tipo de conocimiento sometido a modificación, dado que versa sobre lo mudable (puede observarse la clara dependencia platónica del pensamiento agustiniano); al depender del objeto (mudable) y de los sentidos (los instrumentos) cualquier deficiencia en ellos se transmitirá al conocimiento que tiene el alma de lo sensible.

El juicio del conocimiento racional, en su acción inferior, se administra al conocimiento de lo que hay de universal y preciso en el ambiente temporal, y es el tipo de conocimiento que podemos llamar ciencia (como los conocimientos matemáticos). Ese tipo de conocimiento depende del alma, pero se produce a raíz del contacto con la realidad sensible, siendo ésta la ocasión que permite que la razón ocasione tales conocimientos universales.

El juicio del conocimiento racional, en su ejercicio superior, es mencionado por Agustín de Hipona sabiduría; es el auténtico conocimiento filosófico: el conocimiento de las verdades universales y necesarias, las ideas, siguiendo a Platón.

Hay, pues, una gradación del conocimiento, desde los niveles más bajos, sensibles, hasta el nivel más elevado, lo inteligible, la idea:

“Las ideas son formas arquetípicas o esencias permanentes e inmutables de las cosas, que no han sido formadas, sino que, existiendo eternamente y de manera inmutable, se hallan contenidas en la inteligencia divina” (qu. an. 2).

En breves cálculos, Agustín diferencia tres grados de conocimiento:

1. **Conocimiento sensible.** Es el que nos ofrece datos del mundo externo. Nos ofrecen un mundo cambiante y por consiguiente no es verdadero conocimiento, sino mera opinión.
2. **Conocimiento intelectual.** Nos permite juzgar sobre los datos que nos ofrecen los sentidos. Está orientado hacia la vida práctica, y, en consecuencia, centrado en el propio interés. Es un grado superior al conocimiento sensible, pero no es el conocimiento absoluto que buscamos.
3. **Conocimiento contemplativo.** Es el conocimiento absoluto. Mediante este conocimiento tenemos acceso a las ideas de la mente de Dios. En propiedad, este conocimiento este reservado a los justos en la vida futura.

Este planteamiento de la cuestión enlaza de modo indisoluble la fe y la razón. La razón y la fe no solo no son enemigas la una de la otra, sino que la razón necesita de la fe para acceder a las Verdades Eternas, que solo se pueden entender mediante la gracia divina.

La razón debe asumir sus limitaciones, y entender que solo mediante el concurso de Dios puede acceder al verdadero conocimiento. Sin la ayuda de Dios, la razón en solitario llega al absurdo y al escepticismo.

2. RAZÓN Y FE

Agustín de Hipona fue el que formuló de modo preciso la relación entre razón y fe. Al principiar la preparación de su recapitulación filosófica del juicio del conocimiento parte ya de una previa conciliación de la filosofía al cristianismo realizada por los pensadores cristianos del siglo III, esencialmente.

En su obra examinará los distintos sistemas filosóficos griegos mostrando una especial admiración por Platón (pese a que, al parecer, sólo conocía el Fedón y Timeo), recibiendo una fuerte influencia del neoplatonismo, así como del estoicismo, del que aceptó numerosas tesis, aclarándonos, de este modo las influencias recibidas.

Asimismo, el epicureísmo, el escepticismo y el aristotelismo serán objeto de rechazo. La magnitud, la profundidad y, no obstante, la novedad de su obra le convertirá en el pensador más relevante del cristianismo, ejerciendo una influencia continuada a través de los siglos en el ámbito del cristianismo.

Agustín sentó las bases filosóficas de la Edad Media. Gracias a su obra, y a la profunda influencia que ésta ejerció sobre pensadores como san Anselmo o san Buenaventura, el neoplatonismo, y con él, la filosofía, en general, sobrevivió en el pensamiento medieval y en la escolástica.

El neoplatonismo. Se constituyó en un aliado natural del cristianismo pues adopta elementos aristotélicos, estoicos y pitagóricos y los entrecruza sutilmente con inquietudes religiosas orientales.

El aristotelismo. Resultó más difícil el uso de sus categorías en el plano teológico por su carácter empirista y materialista.

El estoicismo. El alma de esta corriente fue su ética, que glorifica al hombre, que, frente a sus pasiones, entendida como impulsos desordenados nacidos de juicios erróneos sobre valores, permanece imperturbable ante los placeres y el dolor, poniendo la virtud por encima de ellas.

Unos de los argumentos esenciales que aborda Agustín en su pensamiento son los siguientes: fe y razón. Siendo una de las principales ideas que transmitió a los pensadores de la Edad Media la identificación entre fe y razón, entre religión y filosofía. Una y otra tienen la misma finalidad: conocer la verdad indispensable para la salvación del alma y, por ello, se las identifica.

“Si no puedes hacer lo que quieres, no es razón para que no quieras hacer todo lo que puedes”
(ep. 166).

El hombre busca a Dios sin saberlo y Dios busca al hombre. El hombre busca alcanzar la verdad porque sólo ella le dará la felicidad, núcleo de todo el pensamiento de Agustín. Buscar la felicidad se revela como la única causa y el único fin de la filosofía. La religión y la filosofía son dos medios de que dispone el hombre para lograr su bien. Ambas tienen un mismo fin, la sabiduría, que es verdad y, por tanto, felicidad.

Agustín busca la verdad absoluta, inmutable y eterna, la cual no puede ser facilitada por los objetos sensibles, que siempre están cambiando, aparecen y desaparecen; tampoco por el alma que es contingente y mutable. Sólo Dios es la verdad. La verdad es Dios y de su iluminación procede el conocimiento de toda la verdad parcial.

De ello se percibe que para Agustín no pueda instaurarse una distinción muy neta entre la razón y la fe. La iluminación del alma por Dios permite manifestar la existencia de ideas innatas sin necesidad de recurrir a la preexistencia y reencarnación del alma. Hay que creer lo que Dios revela para llegar a comprender. Pero también la razón puede preceder a la fe, no para demostrar las verdades reveladas, sino demostrando que es razonable creer. Esta mutua ayuda entre razón y fe recibe una formulación famosa: “Cree para que entiendas, y entiende para que creas” (s. 43).

“Si das la espalda a la meta, no la alcanzarás jamás” (s. 150). La fe ya no es, pues, algo irracional. Para buscarla hay que buscar en el interior del alma, lo cual culmina en un movimiento hacia lo superior: el transcendimiento del alma hacia Dios y la superación de lo meramente terreno. No hay una distinción clara entre razón y fe en la obra de Agustín, lo que sellará el discurrir de todo su

pensamiento. Existe una sola verdad, la revelada por la religión, y la razón puede contribuir a conocerla mejor.

Al significar “Cree para que entiendas, y entiende para que creas” (s. 43). Precisamos, que:

“**Cree para que entiendas**”, nos dice, en una clara expresión de predominio de la fe; sin la creencia en los dogmas de la fe no podremos llegar a comprender la verdad, Dios y todo lo creado por Dios (la sabiduría de los antiguos no sería para él más que ignorancia).

“**Entiende para que creas**”, en clara alusión al papel subsidiario, pero necesario, de la razón como instrumento de aclaración de la fe: la fe puede y debe apoyarse en el discurso racional ya que, correctamente utilizado, no puede estar en desacuerdo con la fe, afianzando el valor de ésta.

Para culminar decimos que esta relación recóndita entre la razón y la fe será una característica de la filosofía cristiana posterior hasta la nueva interpretación de la relación entre ambas aportada por santo Tomás de Aquino, y supone una clara dependencia de la filosofía respecto a la teología.

3. NOCIÓN AGUSTINIANA DE DIOS

“Gracias a Ti, dulzura mía, esperanza mía y Dios mío, gracias a Ti por tus dones; pero guárdamelos Tú para mí. Así me guardarás también a mí y se aumentarán y perfeccionarán los que me diste, y yo seré contigo, porque Tú me diste que existiera” (conf. 1,20,31).

En Agustín el punto de partida hacia la verdad no está en el exterior, en el conocimiento sensible, sino en la intimidad de

la conciencia. La verdad es algo inteligible, inmutable, eterno y necesario; las ideas verdaderas las halla la razón cuando se trasciende a sí misma. Por consiguiente, las ideas sólo pueden estar en Dios como arquetipos o modelos de los seres creados. Es Dios, en tanto que Logos, el lugar de las ideas-modelos de toda esencia mutable.

El alma en su parte superior, la mente, conoce las verdades no por medio de la abstracción de las formas sensibles, sino mediante una visión o intuición intelectual. Por consiguiente, las ideas, que están en Dios y son los arquetipos o modelos inmutables de realidades mutables, son conocidas por el hombre mediante una iluminación. Dicha iluminación, mediante la cual la verdad se irradia desde Dios sobre el espíritu del hombre, no consiste en una iluminación sobrenatural, ni en una revelación, sino que se trata de algo natural.

“Dios es fuente de nuestra felicidad y meta de nuestro apetito”
(*ciu. 10,3,2*).

Dios es la esencia de la verdad. La verdad, en sentido propio y absoluto, no consiste en la adecuación o semejanza entre el pensamiento y la realidad. Esa sería la definición de verdad gnoseológica (o lógica), formulada por Aristóteles, que nuestro filósofo conoce y asume en su punto de partida.

Asimismo, esta acepción será posteriormente relegada a un segundo término para destacar, en toda su luminosidad, lo que propiamente considera como el fundamento de la verdad: las ideas y razones eternas en el espíritu de Dios. La verdad coincide con ellas, y ellas, las *rationes, ideae, species aeternae*, son las que constituyen el auténtico ser y esencia de la verdad. Y, puesto que estas ideas son de Dios, puede decir que Dios es la verdad.

Puesto que existe la verdad y Dios es su fundamento, luego Dios existe. Éste es, en síntesis, el argumento gnoseológico en el que Agustín concluye la existencia de Dios como consecuencia inmediata de su teoría del conocimiento. Que Dios existe lo demuestra no sólo la existencia de ideas necesarias y universales en nuestras mentes, sino también el orden y contingencia de lo creado, así como la creencia o consentimiento universal entre todas las gentes.

No obstante, debemos tener en cuenta que la intención primordial de Agustín no es demostrar la existencia de Dios, sino más bien comunicar la religación u orientación de la creación en general, y del alma humana en particular, hacia Dios.

Agustín propuso la doctrina del ejemplarismo y que se infunde en la teoría de las ideas de Platón, según la cual las esencias de las cosas, fuente de su ser y su verdad, se encuentran como modelos o ejemplares en la mente de Dios antes de la Creación, y no se distinguen de él. Por eso un elemento nuclear de la metafísica agustiniana sobre Dios es el ejemplarismo, que muestra la importante influencia neoplatónica de su teología: Agustín hace residir las ideas eternas en el Verbo divino, segunda persona de la Santa Trinidad.

Dios ha creado libremente el mundo por medio de su Verbo, según las ideas ejemplares existentes en Él. El mundo es, pues, un reflejo de las ideas divinas. Las cosas son lo que son en cuanto constituyen la realización de dichas ideas, y la verdad de las cosas consiste en su conformidad con ellas.

Agustín no pretendió elaborar pruebas sistemáticas que demostrasen la existencia de Dios. Sostuvo que Dios creó todas las cosas a partir de la nada, libremente y de acuerdo con unas ideas contenidas en la inteligencia divina.

En contra del emanantismo neoplatónico, Agustín afirma que el mundo ha sido creado no por necesidad, sino libremente y de la

nada. Todo fue creado de una sola vez, por tanto, todos los cuerpos que existieron, que existen y que existirán, se hallan en potencia desde el principio; su desarrollo posterior, en el tiempo, se debe a los principios activos (razones seminales), que Agustín toma de los estoicos y que son el motor de la evolución, siempre que se den las condiciones apropiadas, puestas al servicio de los planes de Dios.

Por otra parte, el mundo no ha sido creado en el tiempo, sino con el tiempo. Es decir, son las realidades creadas las que dan sentido al tiempo. El tiempo sería simplemente conciencia del tiempo, pues no existe para aquellos seres que carecen de materia y de extensión.

El alma es inmaterial e inmortal. Hecha a imagen de Dios, es reflejo de la Trinidad en sus tres facultades: memoria, entendimiento y voluntad. El alma es espiritual -simple e indivisible-; basta con meterse dentro de uno mismo para percibir que es completamente independiente de la materia y que no hay en ella composición alguna. Agustín defiende la unidad del alma con el cuerpo, pero no admite que se trate de fusión. Tampoco el alma está en el cuerpo como cautiva o castigada, pues es ella, precisamente, quien rige, orienta y vivifica el sustrato corporal. Respecto al origen individual del alma, en algún momento defiende una especie de traducianismo (preocupado por el afán de salvaguardar la doctrina del pecado original), pero más parece inclinarse hacia el creacionismo (creación individual de cada una de las almas).

Agustín más tarde de leer el Hortensio de Cicerón, de donde absorbió ese amor a la sabiduría que Cicerón elogia tan elocuentemente, se manifestó en su vida una tendencia completamente nueva para él. A partir de entonces, consideró la retórica únicamente como una profesión; la filosofía le había ganado el corazón.

El argumento que más invade a Agustín es el tema de Dios. Su filosofía es eminentemente una teología, siendo Dios no sólo la verdad a la que aspira el conocimiento sino el fin al que tiende

la vida del hombre, que encuentra su razón de ser en la beatitud, en la visión beatífica de Dios que alcanzarán los bienaventurados en la otra vida, para cuya obtención será necesario el concurso de la gracia divina.

Agustín no se inquieta, sin embargo, de obtener pruebas sistemáticas de la existencia de Dios, aunque propone diversos argumentos que ponen de manifiesto su existencia, haciéndolo con esa estricta intención. Entre ellos se encuentran los que, a partir del orden observable en el mundo, concluyen la existencia de un ser supremo ordenador, o los basados en el consenso, que recalcan la universalidad de la creencia en dioses por parte de todos los pueblos conocidos.

Asimismo, encuentra a Dios en el interior del hombre, a donde Agustín acostumbra a dirigirnos para encontrar en nosotros la verdad. Es precisamente por ese camino por el que vamos a encontrar la que suele considerar con propiedad la demostración de la existencia de Dios a partir de las ideas o verdades eternas: el fundamento de tales verdades inmutables no puede estar en las cosas creadas, que son cambiantes, sino que ha de estar en un ser inmutable y eterno, a su vez, es decir, en Dios.

En relación a la creación, es la consecuencia de un acto, libre, de Dios. No obstante, las esencias de todas las cosas creadas se encontraban en la mente de Dios como ejemplares o modelos de las cosas, tanto de las creadas en el momento original como de las que irían apareciendo con posterioridad, es decir, de todo lo posible, pero no existente todavía. Es el llamado ejemplarismo, que se complementa con la teoría, de origen estoico, de las rationes seminales.

Los seres materiales se componen de materia y forma, pero no todos han sido creados en acto desde el principio del mundo. En el momento de la creación Dios depositó en la materia una especie de semillas, las rationes seminales, que, dadas las cir-

cunstancias necesarias, germinarían, dando lugar a la aparición de nuevos seres que se irían desarrollando con posterioridad al momento de la creación.

En el acto de la creación Dios crea, pues, unos seres en acto y otros en potencia, como rationes seminales, por lo que todos los seres naturales habrían sido creados desde el principio del mundo, aunque no todos existirían en acto desde el principio.

4. PLOTINO Y LA TEORÍA DE LA EMANACIÓN

Después de un largo y variado itinerario intelectual por diversas escuelas filosóficas, siempre marcado por la búsqueda de la verdad, Agustín encuentra en el cristianismo esa verdad anhelada y, con ella, el seguro de la felicidad; otra de sus grandes inquietudes.

Al adoptar como modelo filosófico el platonismo, inaugura con ello una tradición en la filosofía medieval que permanecerá vigente hasta el siglo XIII, cuando el aristotelismo irrumpa en el occidente latino.

Ahora bien: ¿qué afinidades encuentra este autor en la filosofía platónica que tanto lo ha deslumbrado? Platón (filósofo griego del siglo V antes de nuestra era) había postulado que además de la realidad sensible existe un ámbito trascendente, separado, que es el de las ideas o formas. A diferencia del ámbito sensible, al que pertenecen las cosas mutables, perecederas, contingentes y por tanto imperfectas, el ámbito de las ideas es el ámbito de lo que no cambia, de lo eterno y necesario.

Las realidades 'inteligibles', estas ideas inmutables, son el modelo o arquetipo de las cosas sensibles, y entre ambas hay una compleja relación de participación. En esto consiste el dualismo platónico, también presente en su concepción antropológica.

Originariamente, las almas preexistían en el ámbito trascendente contemplando las Ideas y luego se vieron presas en un cuerpo sensible, del que deben desligarse para no perder de vista lo que les es propio; deben ‘purificarse’ para recuperar así su estado original. Platón sostiene que las almas son inmortales, por lo que, al momento de la muerte del hombre, el cuerpo perece y el alma sigue su curso (ya sea en nuevos cuerpos, o retornando a su estado puro original).

Desde esta concepción, podríamos definir entonces al hombre como una alma prisionera en un cuerpo. De aquí la doctrina platónica del conocimiento como reminiscencia: conocer es recordar, ya que el verdadero conocimiento es el de lo inmutable, conocimiento que las almas tuvieron, pero olvidaron al descender a este mundo.

De esta forma queda configurada una jerarquía de lo real que afecta todos los órdenes:

Antropológico, el alma es superior al cuerpo.

Gnoseológico, el conocimiento verdadero es el de lo inteligible, al que accedemos por la razón, mientras que el conocimiento que nos provee la experiencia sensible es inferior.

Metafísico, las cosas del mundo sensible tienen realidad por participar del mundo inteligible; tienen como una realidad derivada.

Una de las cosas que más impacta a Agustín del platonismo es la posibilidad de que toda la realidad dependa de un tipo de entidad inteligible, no material, que identifica con Dios.

Siguiendo las Escrituras y su interpretación por parte de la tradición católica hasta ese momento, que afirma la trinidad de Dios (tres personas que son un único Dios), Agustín identifica el mundo platónico de las ideas con la segunda persona del Dios trino, el Verbo o *Logos*. En este esquema, Dios crea al mundo y al hombre a partir de la nada por un acto de bondad, tomando como

modelo de la creación los arquetipos eternos que permanecen en sí mismo -en Dios mismo-, en la persona del *Logos*.

Agustín mantiene el dualismo que vimos en Platón: todas las cosas deben su ser, su existencia, al principio creador que es el ser por excelencia, Dios. Pero no es el mismo tipo de ser: uno es trascendente, infinito, eterno, omnipotente (Dios); el otro es finito, temporal, limitado (lo creado).

La creación no fue azarosa ni por capricho: ya vimos que se sigue un modelo, hay un plan divino, lo que le da a la creación un sentido. Así, cada ente creado tiene una esencia que le es propia, y podríamos decir que su ser consiste en cumplir esa esencia en el mundo.

Para Agustín, la relación que liga al ser de lo creado con el ser divino, es de participación -vemos aquí resonancias platónicas-. Pero el hombre no es un ente más entre las cosas creadas: no participa de la idea, sino que es imagen. El haber sido hecho a imagen y semejanza de Dios implica que, a diferencia de las demás criaturas, existe en él una presencia efectiva de la divinidad -sin que haya identificación entre Dios y el hombre, como una 'deificación' humana-. El recorrido descrito por Agustín en el que descubre la presencia de lo trascendente en el interior de su alma, es un aporte fundamental en la construcción del sujeto. Veamos de qué se trata.

La tradición reconoce a Agustín de Hipona como el primer gran filósofo cristiano y el exponente más grande de la filosofía durante casi un milenio y medio, pues, cuando surge su figura, habían pasado seiscientos años desde la muerte de Aristóteles y aún faltaban casi ochocientos años para la aparición de Tomás de Aquino.

Decimos que su pensamiento, síntesis de cristianismo y neoplatonismo, representa el esfuerzo de seguir a los platónicos lo más lejos que permitía la fe católica. La fusión de estas dos doctrinas proporcionó al cristianismo un apoyo intelectual fuerte y fue la contribución más significativa de Agustín a la filosofía.

La corriente del neoplatonismo se desarrolló a partir del siglo III, y fue fruto de la orientación místico-religiosa que adquirió por entonces la filosofía. Esta corriente filosófica incitaba en la transcendencia de Dios, a quien considera como un ser absolutamente trascendente e incomprensible.

La unión mística con Dios pasa a ser el fin último del hombre. Se considera fundador de esta corriente a Plotino, cuyas obras fueron publicadas por su discípulo Porfirio, bajo el título de *Enéadas*.

Plotino partió del comentario a las obras de Platón, les dio un giro que matizó su obra de un misticismo inquieto por la salvación del individuo a través del conocimiento del absoluto. Ese conocimiento se consigue mediante la unión extática con Dios, a quien llama el Uno. El Uno es absolutamente trascendente, inefable e incomprensible y de él emana, gradualmente y sin romperlo, toda la realidad.

La doctrina central de Plotino es su teoría de la existencia de tres hipóstasis o realidades primordiales: el Uno, el Nous y el alma. El primer producto que emana del Uno es la Inteligencia, Nous; que conoce al Uno y que se correspondería con el mundo de las ideas de Platón; de la inteligencia emana el Alma, puente entre el mundo inteligible y el mundo sensible, y así hasta llegar al producto ínfimo, que es la materia.

El pensamiento neoplatónico del hombre es dualista. Todas las almas proceden del Alma del Mundo; algunas permanecen separadas, contemplando el mundo de las Ideas, pero las que se apartan de tal contemplación, caen en el mundo de las cosas y se ven encerradas en un cuerpo, surgiendo las pasiones y los deseos.

La meta final del hombre, según Plotino, es el proceso de retorno y contemplación del Uno, lo cual se consigue cuando el hombre entra dentro de sí mismo y vuelve a la interioridad.

Esta corriente del neoplatonismo profesó una fuerte influencia en la patrística cristiana a través, no sólo de Agustín, sino también de Orígenes y el Pseudo- Dionisio Areopagita.

En las comunidades cristianas de la Antigüedad tardía se vio la necesidad de llegar a una mejor comprensión y conceptualización de la revelación bíblica, siendo a raíz de las controversias con los herejes cuando esta labor cobró mayor impulso. Surge entonces la Patrística, pensamiento filosófico- religioso, cuyos más significativos actores son Jerónimo, Ambrosio, Agustín y Gregorio Magno, los cuatro Padres de la Iglesia.

La Patrística utilizó sobre todo a Platón: “Nadie se ha acercado tanto a nosotros”, escribió Agustín, quien se sintió principalmente impresionado por los elementos místicos del neoplatonismo y por la idea de que el más íntimo espíritu del hombre lo une a la realidad suprema. Se puede decir que, mientras Agustín adaptó el pensamiento platónico al dogma cristiano, santo Tomás de Aquino concilió las obras de Aristóteles con las enseñanzas de la Iglesia.

5. TEORÍA DE LA ILUMINACIÓN

El iluminismo de Agustín señala que el intelecto agente es como una luz que participa de Dios, gracias a la cual conocemos los conceptos. La doctrina de la iluminación plantea la cuestión del estatus de la luz, cuya temática se encuentra muy presente en los escritos patrísticos, así como en el pensamiento árabe: ¿es su estatus simplemente metafórico, o cabe realmente pensarla al mismo nivel que la sustancia de las cosas?

Agustín atribuía un estatus muy especial a la afirmación según la cual “Dios es luz”, que para él no suponía una simple compara-

ción sino una verdad. A él se refiere Bonaventura cuando afirma que la luz es la forma sustancial de los cuerpos: La forma sustancial es más noble que la accidental. Sin embargo, la luz es la más noble de las formas corporales, tal y como Agustín lo afirma repetidas veces. Así, pues, ya que varias otras formas son sustancias, parece que la luz sea una forma sustancial.

Con la teoría del conocimiento y de la iluminación, verificamos que el conocimiento en Agustín se instauraba en la metáfora de la iluminación, desarrollada a partir de una comparación con la vista:

“al igual que el sol es la fuente de la luz sensible, que vuelve visibles las cosas, Dios es fuente de una luz espiritual, que vuelve las cosas inteligibles por el pensamiento” (sol. 1,12,15).

No se trata en absoluto de una visión directa en Dios, ya que el espíritu necesita la sensación para producir las ideas de las cosas, sin que por ello esto lo conduzca a una teoría de la abstracción tal y como la podemos encontrar en Aristóteles.

En nuestro estudio existen tres formas de iluminación:

Iluminación de la luz natural de la razón, con la que se juzgan las cosas para que se constituya el conocimiento científico, dada por Dios de forma natural.

Iluminación de la luz de la inteligencia por la que intuimos las primeras verdades inteligibles, también dada por Dios de forma natural.

Iluminación por la gracia de Dios, que es dada a quien él quiere, para poder acceder a las verdades sobrenaturales. Esta iluminación es sobrenatural.

La experiencia sensible nos permite formar conceptos de las cosas, pero no puede ser la fuente de su verdad, ya que ésta es recibida por la iluminación divina:

“La experiencia, no la iluminación, nos enseña lo que es un arco, un hombre; la iluminación, y no la experiencia, nos enseña lo que un arco perfecto o un hombre acabado deben ser”, como dice Gilson.

Tomás de Aquino, por su parte, sigue a Aristóteles sobre esta cuestión, considerando que la luz no es más que un accidente del cuerpo luminoso como puede serlo el calor para los cuerpos calientes. La luz es así una cualidad activa producida por la forma sustancial del sol o de cualquier otro cuerpo luminoso por sí mismo, si existen. No puede pues constituir la sustancia misma de las cosas y debe considerarse como una simple metáfora en los escritos patrísticos que la mencionan.

De la misma manera, rechaza la idea de una “luz intelectual” que defienden ciertos partidarios de la iluminación divina, por ser contradictoria, ya que la luz es siempre sensible. En sentido contrario, varios pensadores, siguiendo a Agustín, aceptaron la idea de una luz sustancial, oponiendo así una lectura más agustiniana a la concepción aristotélica.

Las ideas se localizan, en la mente de Dios. ¿Cómo se consigue el conocimiento de las ideas? Dado su ausencia de lo sensible, realidad en la que se encuentra el hombre, las ideas sólo se pueden conocer mediante una especial iluminación que Dios concede al alma, a la actividad superior de la razón.

El verdadero conocimiento depende, pues, de la iluminación divina. ¿Cómo interpretar esta iluminación? Según la llamada interpretación ontologista la iluminación significaría que el alma contempla directamente las ideas o esencias en la mente divina, lo que plantea problemas teológicos, dado que de alguna manera el alma contemplaría la esencia divina.

Otras interpretaciones conciben la iluminación como un poder que Dios concede a la razón, una virtud especial por la que el alma queda capacitada para alcanzar por sí misma las verdades eternas, pero que el alma no posee por naturaleza. Para otros la explicación nos la daría el símil que establece Platón entre el sol y el bien: la idea de Bien ilumina todas las demás realidades permitiendo que sean captadas (presentándose, así como la fuente del ser y del conocimiento).

La teoría de la iluminación se puede desplegar desde diferentes perspectivas. El principal percibe la refutación contra el escepticismo. Agustín de Hipona considera esta corriente como un obstáculo para el deseo de alcanzar a Dios. Su refutación la hace a través del escrito *Contra Académicos*, ya que los escépticos sostienen que no se puede conocer la verdad con certeza alguna.

Refuta Agustín estas objeciones mostrando las matemáticas o la lógica del principio de no contradicción, a su vez que afirma la existencia de certezas que se imponen al espíritu con la evidencia de verdad, aunque no pertenezcan al mundo inteligible, a través de la iluminación del alma por el Verbo (Teoría de la Iluminación). Para ello, es necesario que el alma se mantenga pura y alejada de todo comercio mundano con el cuerpo.

*Si el hombre tiene la conciencia de pensar, de buscar la verdad,
ese sentido de autoconciencia vive en él. Esto se convirtió en un
principio filosófico.*

Asimismo, la búsqueda de la verdad se convierte en un proceso de purificación, de acceso al Uno y un gradual alejamiento de los sentidos mundanos, para lograr la búsqueda en nuestro interior. Esta conclusión es el resultado de una investigación en torno a un principio metafísico de trascendencia, la Autoconciencia.

La verdad de esta autoconciencia testimonia otra verdad que, es donde se encuentra la razón de conocer (*ratio cognoscendī*) y también la razón de ser (*ratio essendī*): conozco, luego existo.

En el pensamiento de Agustín se funden elementos neoplatónicos con innovaciones provenientes de las Escrituras, destacando el concepto de Creación (Neoplatonismo cristiano). Situando la teoría de la iluminación en la vertiente noética, se considera al espíritu humano como una materia informe que, iluminada por Dios conoce la verdad.

La verdad no se adquiere de fuera, sino se saca de dentro, similar al acto de los ojos en el acto de ver. Así mismo, a través de la iluminación, por medio del pensamiento se conoce la verdad.

Las verdades que descubre el alma son verdades eternas y universales. Dios es nuestro maestro interior. Al ser creados todos por Dios, todos tenemos verdades universales. La verdad está en nosotros porque tenemos dentro su intuición original.

Concluyamos con esta alabanza que Agustín saca de lo más profundo de su corazón para seguir buscando a Dios:

¿Cómo puedo Invocarte?

(conf. 1,2,2)

¿Cómo Puedo invocarte, Señor y Dios mío,
cuando al invocarte te estoy invitando a
venir a mí? ¿Acaso hay dentro de mí un
lugar en el que tú puedas acampar?
Tú, que eres el autor del cielo y de la tierra,
¿Puedes encontrar dentro de mí un rincón
suficientemente espacioso para tu morada?
Pero, ¿es que puedes alojarte en el cielo y la
tierra que tú creaste?

Es cierto que tú resides en todos los seres,
por el hecho de que sin ti nada existiría;
ni siquiera yo mismo. Entonces, ¿por qué te
pido que vengas a mí? Porque ¡nada sería,
Dios mío, nada sería yo en absoluto;
si tú no moraras dentro de mí!
si quieres mejor, porque ¡nada sería, si no
estuviera en ti, de quien, por quien y en
¡Quién son todas las cosas!
Así, Señor, así es.

Amén.

AGUSTÍN E INQUIETUD POR LA VERDAD

*“Nadie es bueno en su interior si actúa por la fuerza; aunque sea bueno lo que hace”.
(conf. 12,9).*

AMBIENTACIÓN

San Agustín de Hipona, dice: “La medida del amor, es el amor sin medida” (ep. 109,2). En él, ese amor a la verdad especifica toda su vida. La investigación de la verdad existe inserta en su existencia concreta y personal. Le inquieta sobremanera el deseo de saber. Es consciente de las dificultades de la inteligencia para encontrarla. A la verdad se va por el amor. Él es quien le mueve e impulsa a ir en búsqueda de la verdad. “Mi amor es mi peso. Por él soy llevado a donde quiera que voy” (conf.13,9).

A la integridad de los hombres se les confunde expresar sus emociones, sus acciones dejaran en certidumbre cuando ama o simplemente anhela. Algunas emociones son reales. Piensa en la felicidad, la alegría, el interés, la curiosidad, el entusiasmo, la gratitud y el amor. Estas emociones reales te hacen sentir bien. Las emociones negativas, como la tristeza, el enfado, la soledad, los celos, la autocrítica, el miedo o el rechazo, pueden ser difíciles y, por momentos, dolorosas. Esto en su momento los vivió Agustín de Hipona.

Así mismo, no precisamos ser un gran observador para darnos cuenta de que en nuestro corazón hay un sentimiento puro o por el contrario únicamente desea. Cuando ama estará comprometi-

do, cuando desea desinteresado. El amor es el que ordena desde dentro nuestras vidas, hasta el punto de que “un hombre es lo que ama” (ep. Io. 2,14). Lo dice Agustín de Hipona de un modo audaz: “¿Amas la tierra? Serás tierra. ¿Amas a Dios? ¿Qué diré, que eres dios? No me atrevo a decirlo por mí mismo. Escuchemos las Sagradas Escrituras: ‘Yo había dicho: “Ustedes serán dioses, serán todos hijos del Altísimo” (Salmo 82,6).

“Mejor es amar con severidad que engañar con suavidad” (ep. 93,2,4). Puede que cuando se trata de decir todo lo que siente, las cosas se le dificultan, sin embargo, cuando un hombre ama de verdad hace todo lo posible por lograrlo. Dios, que es amor, se encarnó, habitó entre nosotros, se hizo uno como nosotros. “La voz de la verdad no calla nunca. No grita con los labios, pero susurra con el corazón” (In ps. 57).

En este camino de inquietud, de luz y de búsqueda por la verdad se encuentra Agustín con otros compañeros de viaje. Él, enamorado de la verdad, nunca está solo. Una extensa red social le ayudará a recorrer con simplísima reflexión aquella senda interior en la que va madurando la aventura por el descubrimiento de la verdad.

Agustín edifica su propia identidad desde el amor y el corazón. “Verdad es lo que es: todo cuanto realmente está siendo tiene su verdad” (sol. 2,5,8). Fue capaz de revelar lo que buscaba y lo amó afectuosamente. Siguió por el camino de la vida feliz renunciando a todo aquello que lo esclavizaba: seré tierra, riquezas, placeres, tecnología, dinero, pasiones, guerras, envidias, egoísmo y pecado. Sí. Más bien, seré justicia, misericordia, servicio, humildad, obediencia, o si sitúo mi corazón hacia amores buenos, si busco imitar a Cristo que me enseña el camino encuentro mi identidad: “Amar hasta dar la vida por los amigos” (Jn 15,12-13).

Agustín en un instante de su vida vivió sediento de Dios, lo buscó y fue tras Él; pero en un instante de lucidez y claridad, se

dio cuenta que lo tenía dentro, muy dentro de su corazón, hasta llegar a exclamar en su libro de las Confesiones:

“¡Tarde te amé, ¡Hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé! Y tú estabas dentro de mí y yo afuera, y así por de fuera te buscaba; y, deforme como era, me lanzaba sobre estas cosas que tú creaste” (conf. 10,27,29).

“Si amas de verdad no temas. Todo lo que hagas estará bien hecho” (ep. Io.10). El amor es la clave de cualquier vida humana. Si dejamos a un lado amores que destruyen y que llevan al vacío, y si escogemos amores auténticos, en los que unimos la mirada hacia Dios y hacia los hermanos, habremos logrado la meta más maravillosa de cualquier existencia: Tener un corazón semejante al de Dios.

Agustín de Hipona vivió en un tiempo de bamboleo social y político: La crisis y caída del Imperio Romano. Fue el máximo exponente de la Patrística, que acudió al platonismo para fijar el dogma cristiano y batallar las herejías, favoreciendo inintencionalmente, a la propagación de la cultura griega en la Edad Media. Se reconoce como un gran filósofo, teólogo, prolífico y pedagogo.

Vida y pensamiento aparecen entrelazados en el pensador filósofo y teólogo de la verdad. No quiere engañar ni engañarse. Empapado de la cultura de su tiempo, particularmente literaria y fundada sobre el estudio de la retórica y la filosofía presente en los autores clásicos, Agustín reinterpreta y amplía la búsqueda de la verdad al campo de la sabiduría cristiana. El amor a la verdad le lleva al hallazgo de la Verdad, a abrazarse a ella misma por amor y proseguir el viaje de la vida anclado en la Verdad. “Lo que amares” (ep. Io. 2,14).

“Dios es fuente de nuestra felicidad y meta de nuestro apetito” (ciu. 10,3,2). La Verdad misma que proporcionaría sentido a sus

interrogantes. Dios siempre está tratando de darnos cosas buenas, pero nuestras manos están muy llenas para recibir las. “Porque la felicidad no es hacer lo que uno quiere sino querer lo que uno hace” (ciu. 2,20,4).

Quiero con esta leyenda que es “Una tradición medieval”, recoger la historia primera narrada sobre un teólogo en abstracto que más tarde fue identificado con Agustín, cuenta la siguiente anécdota:

“Un día, Agustín paseaba por la orilla del mar, dando vueltas en su cabeza a muchas de las doctrinas sobre la realidad de Dios, una de ellas la doctrina de la Trinidad. De repente, alza la vista y ve a un hermoso niño que está jugando en la arena, a la orilla del mar. Le observa más de cerca y ve que el niño corre hacia el mar, llena el cubo de agua del mar y vuelve donde estaba antes y vacía el agua en un hoyo. Así, el niño lo hace una y otra vez. Hasta que ya Agustín, sumido en gran curiosidad se acerca al niño y le pregunta: Oye, niño, ¿qué haces? Y el niño le responde: Estoy sacando toda el agua del mar y la voy a poner en este hoyo. Y, Agustín dice: Pero, eso es imposible. Y, el niño responde: Más imposible es tratar de hacer lo que tú estás haciendo: Tratar de comprender en tu mente pequeña el misterio de Dios”.

En este camino de luz y de búsqueda de vida de Agustín de Hipona, precisamos que el amor es la belleza del alma y que la verdad es como un león, no necesitas defenderla. Déjala libre, se defenderá a sí misma, expresa Agustín. “La felicidad verdadera y segura en sumo grado la alcanzan, ante todo, los hombres de bien que honran a Dios, el único que la puede conferir” (ciu. 2,23,1). En la naturaleza en el que el valor está puesto en la imagen y en

lo que se adquiere Agustín nos resuena que es a los humildes a los que Dios mira con agrado.

Estos son los puntos esenciales a presentar sobre **Agustín e inquietud por la verdad**. Cada uno de ellos tendrá su reflexión pertinente en su desarrollo:

1. Vida y obra
2. Camino vital
3. Rastros agustinianos
4. El camino a la felicidad
 - a. Llamados a ser felices
 - b. Tarde te amé

El auténtico secreto del camino a la felicidad reside en requerir mucho de sí mismo y muy poco de los otros. Gloriosas las frases de Agustín de Hipona que combatió para alcanzar el camino de la felicidad, con su paso a la conversión, aludiendo cómo el Señor le transportó de las tinieblas a la santidad. Qué gozo para el creyente evidenciar esa obra de arte, que Dios hizo en Él.

1. VIDA Y OBRA

La vida de Agustín de Hipona es la historia de un recorrido intelectual en busca de la verdad que le llevó de la retórica a la filosofía, del maniqueísmo al neoplatonismo, y de éste al cristianismo. Cuantiosos fueron sus escritos en los cuales proporciona numerosa información sobre sí mismo. De hecho, una de las principales fuentes documentales para el conocimiento de su existencia son sus famosas Confesiones, escrito autobiográfico que provee reseñas desde su nacimiento hasta la muerte de su madre Mónica.

nica, acontecida en Roma en el año 387. Junto a ellas, la *Vita Sancti Augustini*, compuesta entre los años 431 y 439, es decir, inmediatamente después de la muerte de Agustín, por su amigo y compañero, el obispo de Calama, san Posidio, facilita nutrida información de su etapa como obispo de Hipona.

Aurelio Agustín nació el día 13 de noviembre del año 354 en la ciudad de Tagaste (actualmente la ciudad argelina de Souk Ahras), situada en la provincia romana de Numidia. De padre pagano y madre cristiana, tuvo dos hermanos: Navigio, contertulio suyo en algunos diálogos, y Perpetua. Su padre, Patricio, al que Agustín dedica escasa atención en las Confesiones, era un funcionario municipal de carácter violento y aficionado a los placeres de la bebida. Poco antes de morir, Patricio se convirtió al cristianismo por influencia de su mujer, Mónica, una devota cristiana que ejerció un gran influjo sobre su hijo y hubo de aguantar las preocupaciones provocadas por el comportamiento de éste en sus años de juventud.

Agustín pasó su infancia y cursó sus primeros estudios en Tagaste. Se conoce bastante mejor su juventud gracias a los datos que da en sus Confesiones. Antes de morir, Patricio reunió dinero suficiente para que Agustín, dotado de una gran inteligencia, prosiguiera su educación en Madaura y en Cartago, ciudad a la que llegó con 16 o 17 años. En aquel lugar aprendió con éxito gramática y retórica, alcanzando a ser el mejor alumno de la escuela.

Así mismo, conoció a una mujer, cuyo nombre no alude, con quien mantuvo una larga relación amorosa fruto de la cual nació, en 372, su hijo Adeodato, quien permaneció con Agustín hasta su temprana muerte acaecida en 389. Pero el estilo de vida licencioso y disoluto que llevó en esta época —en las Confesiones afirma que llegó a ser “el más vil esclavo de las bajas pasiones”— le deja insatisfecho e inicia una búsqueda intelectual para descubrir la

verdad acerca de sí mismo. Comenzaba, así, a los 19 años, su larga evolución interior que le llevaría a recibir el bautismo cristiano.

El cristianismo que le ofrecía su madre parecía demasiado simple para satisfacer su exigente intelecto, pues necesitaba una explicación a sus preguntas y dudas que resultase convincente y lo bastante profunda para que él pudiera aceptarla. Descubrió la filosofía gracias a la lectura de un libro hoy perdido de Cicerón, el Hortensius. Se trataba de una exhortación a la filosofía y Agustín se sintió, en seguida, atraído por ella. Sin embargo, Cicerón no ofrecía soluciones ni explicaciones a sus problemas morales. Habla acerca del valor de la verdad. Dice: “La verdad se corrompe tanto con la mentira como con el silencio”. Es una frase maravillosa porque nos confronta con una realidad indiscutible.

Se acercó fácilmente al maniqueísmo y entró en un grupo de Cartago. Abrazó durante nueve años esta secta dualista, muy entendida, por entonces, en el norte de África. Según la doctrina maniquea, no somos nosotros quienes pecamos, sino otra naturaleza más tenebrosa que se apodera de nuestras almas. El maniqueísmo, por tanto, ofrecía indudables atractivos a un espíritu como el suyo, atormentado por la lucha moral. Le daba una respuesta al problema del mal, acuciante para Agustín a lo largo de toda su vida.

Entretanto, finiquitó sus estudios en Cartago y regresó a su ciudad natal, Tagaste, para enseñar gramática y retórica. Poco después, ya con veinte años, vuelve a Cartago para ejercer como profesor.

Su primera obra fue escrita a los 27 años, *De pulchro et apto* — Sobre lo bello y lo conveniente—, en la actualidad perdida. Ya por entonces su entusiasmo por el maniqueísmo había comenzado a declinar. Grandes dudas se le trazaban a las cuales la enseñanza de Mani no era capaz de proporcionar solución. La entrevista que tuvo con el obispo maniqueo Fausto para tratar diversos temas, no

hizo sino aumentar sus sospechas hacia el maniqueísmo dada la escasa talla intelectual de éste. Hacia el 400, refutará a los maniqueos en *Contra Fausto*.

2. CAMINO VITAL

El itinerario vital de Agustín de Hipona significa un modelo de la relación armónica que debe existir entre la fe y la razón. Esta armonía significa ante todo que Dios está cerca de todo ser humano, cerca de su corazón y de su razón. Esta presencia misteriosa de Dios puede ser reconocida en el interior del hombre, porque, como decía: “Nos has hecho, Señor, para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti” (conf. 1,1,1).

Aprendió Artes Liberales (*trivium*: dialéctica, retórica y filosofía y *quadrivium*: aritmética, geometría, música y astronomía).

En el año 373 estudia el Hortensio de Cicerón, de donde absorbió ese amor a la sabiduría que Cicerón elogia tan fogosamente, se reveló en su vida una inclinación nueva para él. A partir de entonces, consideró la retórica solo como una profesión; la filosofía le había ganado el corazón. La búsqueda de la verdad está inserta en su existencia concreta y personal. Le inquieta sobremedida la esperanza de saber. Es consciente de las dificultades de la inteligencia para encontrarla. A la verdad se va por el amor. Él es quien le mueve e impulsa a ir en búsqueda de la verdad.

Es Casiciaco que sella para Agustín la etapa en la que construye las respuestas a muchas de las preguntas de su juventud; es el momento de recorrer los propios pasos y de ajustar cuentas con las otras fuentes de las que hasta el momento había bebido. Es, asimismo, que surge la exigencia de ordenar lo aprendido: “El amor arrastra y potencia la actividad de conocer y a la vez da sentido y

dinamiza la búsqueda que el hombre emprende: aproximarse al Otro”. Del mismo modo el proyecto de una cultura cristiana sobre las disciplinas y las artes liberales y, la dedicada ardua composición de los diálogos: *De beata vita*, *Contra Academicos* y *De ordine*, son esenciales en su vida.

La autoridad de Cicerón y sus obras son esenciales, no solo se hace una constante alusión explícita a la potestad del maestro romano, sino que los problemas filosóficos tratados remiten a diálogos ciceronianos específicos, y constituyen una revisión y respuesta a las propuestas de Cicerón.

En 383, Agustín partió con destino a Roma, donde obtuvo el puesto de orador en la Corte Imperial de Milán. En esta ciudad, Agustín frecuentó las prédicas del obispo Ambrosio, el cual le hizo cambiar de opinión acerca de la Iglesia, de la fe, de la exégesis y de la imagen de Dios. Decepcionado por los maniqueos, retorna a Roma, promovió la escuela de elocuencia y se volcó al escepticismo académico. Al siguiente año conquistó la cátedra de Retórica de Milán.

Los sermones de Ambrosio no solo le causan admiración por su elocuencia, sino que lo ayudan a disipar viejos prejuicios maniqueos contrarios al Antiguo Testamento. Ya catecúmeno marcha descubriendo la noción cristiana de Dios, atrayendo su alma inquieta. Pero todavía encuentra demasiados escollos en el camino. Le cuesta renunciar a los éxitos de la vida mundana y a las ambiciones retóricas.

Logró relaciones con un círculo de neoplatónicos de la capital, uno de cuyos miembros le dio a leer las obras de Plotino y Porfirio, que determinaron su conversión intelectual. La conversión del corazón sobrevino poco después, septiembre 386, de un modo inesperado, haciéndose al mismo tiempo cristiano y monje, influido por un ideal de perfección.

Agustín concibió una voz que clamaba: “*tolle, lege*”, y que traduce: “toma, lee”. Esto lo estimuló a leer al Apóstol Pablo, en la que tropieza las palabras que en definitiva lo transbordaron a la conversión: “Como en pleno día, procedamos dignamente: basta de excesos en la comida y en la bebida, basta de lujuria y libertinaje, no más peleas ni envidias. Por el contrario, revístanse del Señor Jesucristo, y no se preocupen por satisfacer los deseos de la carne” (Rm 13,13-14).

Luego de este episodio, fue bautizado por san Ambrosio el 24 de abril de 387. En agosto todos abandonan Milán y se dirigen al puerto romano de Ostia, para regresar al norte de África. Sin embargo, cuando se disponían a embarcar, Mónica enfermó repentinamente y murió. Fue canonizada unos años más tarde y es hoy la santa patrona de las mujeres casadas.

Agustín es ordenado sacerdote en 391 y se consagró como obispo cuatro años después en la ciudad de Hipona, actual Argelia, donde murió el 28 de agosto de 430 durante el sitio de los vándalos.

Con la muerte de Mónica termina la parte narrativa de las Confesiones que escribió una década más tarde. Resuelve en aquel momento permanecer durante algún tiempo en Roma, interesándose por la vida monástica y escribiendo algunos libros: *De immortalitate animae*, *De quantitate animae* y *De moribus manichaeorum*, en el que empieza su polémica con los maniqueos. Al punto inicia la composición de otras obras que finalizaría estando ya en África: *De libero arbitrio* y *De música*. Su vida era consagrada al estudio, la predicación y la exposición de la Palabra de Dios. Su lugar preferido fue siempre la biblioteca, que reclamaba todos los cuidados y preocupación.

Junto a los libros de los autores antiguos que Agustín había estudiado en la escuela y explicado más tarde en Cartago, Roma y Milán, estaban sus propias obras de 93 y 232 libros, unos buenos paquetes

de sus cartas y tal vez unas abundantes antologías de sus sermones que sus admiradores habían tenido cuidado en recoger gracias a los estenógrafos que siempre asistían a la predicación de Agustín.

3. RASTROS AGUSTINIANOS

Cierto es que varios de los rastros de Agustín de Hipona durante su existencia fueron obtenidos al estudiar los historiales esenciales de su vida. De inmediato, revelamos que fue un retórico, filósofo y pedagogo. Toda su actividad, sus escritos tienen un marcado de fin pedagógico y retórico. Después de salir de la escuela se dedicó a la docencia y, durante trece años, enseñó la gramática y la retórica en Tagaste, en Cartago, en Roma y en Milán.

El amor impulsa y fortalece la actividad de conocer y a la vez proporciona sentido y mueve la búsqueda que el hombre emprende: acercarse al amor de Dios en el camino a la felicidad, “ama y haz lo que quieras. Si callas, callarás con amor; si gritas, gritarás con amor; si corriges, corregirás con amor; si perdonas, perdonarás con amor. Si tienes el amor arraigado en ti, ninguna otra cosa sino amor serán tus frutos” (ep. Io. 7,8).

Amar no es tan sencillo, esa es la dificultad. Como lema está muy bien, pero a la hora de especificarlo, brotan los inconvenientes. Porque a veces aquello que creo que es amor no dura en el tiempo. Otras veces, detrás de un acto supuestamente generoso, descubro que me estoy buscando a mí mismo; que en realidad me ofusco si no se me gratifica lo suficiente. Quiero amar, pero depende de a quién.

En Agustín de Hipona no solo como retórico, sino, incluso, como escritor, es claro que la palabra es portadora de significados no de cosas: de la boca del hablante procede no la realidad conoci-

da sino el signo con que es conocida. No equivalen a esto o lo otro, sino que lo implican, las palabras son signos en el sentido de que instruyen no ofreciendo la equivalencia absoluta, sino indicando la dirección en que habrá que explorar, semejantes a flechas indicadoras, más que a contenidos definidos o definibles.

Innegable es el que se enfrente a su retórica en sus escritos o quien resuelva inspeccionarlos y meditarlos, descubre una mente hondamente sistemática, en la que los sutilísimos análisis de que es apto, se van integrando en eficaces síntesis, construyendo un edificio complejo y tenazmente instaurado, y a la vez no cerrado, sino que abierto a nuevos progresos.

Fue autoridad irrefutable para los teólogos cristianos de la Edad Media. Su saber filosófico estuvo contrapuesto a todo un conjunto de prácticas griegas, judías y árabes, a las cuales sus herederos tuvieron que adaptarse. Aunque sea factible asemejar elementos adecuadamente agustinianos en muchos autores medievales, el agustinismo en su conjunto constituye una corriente heterogénea en la cual los temas predilectos del obispo de Hipona fueron estudiados e interpretados de muy diversas maneras.

Agustín de Hipona en su libro de las Confesiones, ampliamente elogiado, marcó ciertas expresiones que han dejado vestigios e inspiran hoy como ayer a la búsqueda por la verdad, que no es sino la búsqueda de Dios. Destaca simplemente estos momentos:

Los tiempos de conversión: son los tiempos de Dios. Cuántos de nosotros, habiendo nacido en hogares católicos, hemos conocido a Dios ya siendo adultos. Para volver a Él nunca es tarde, Dios está siempre con nosotros. Éramos nosotros los que no estábamos con Él.

Dios es quien llama: quien perenemente busca y quien se encarga personalmente de cada uno de nosotros. Cuántas veces no entendemos lo que nos sucede en la vida. Cuántas caídas, cuántos

dolores. Aunque pareciera que estuviésemos solos en medio de la incertidumbre, Dios estaba siempre ahí. Dios habla, consuela y forma esmeradamente, incluso en medio del dolor.

El pedir a Dios: significa estar dispuestos a escuchar y recibir lo que Él nos da. Dios de ningún modo se equivoca. Cuántas veces hemos elevado los ojos al cielo pidiéndole algo a Dios. Le hemos confiado nuestros deseos, nuestros sueños. Le hemos pedido que aligere nuestra carga. A veces parece que no nos escucha. Pero Él siempre lo hace y otorga lo que sabe que es mejor para cada uno.

Dios conoce: lo más profundo de nuestro ser, es Él quién lo ha tallado con sus propias manos. Cuesta creer que realmente somos hijos de Dios, todos y cada uno de nosotros. Incluso los que no creen en Él. Dios conoce cada rincón de nuestro ser, cada pensamiento, cada sueño, cada anhelo, cada caída, cada lucha. Él está ahí porque fueron sus propias manos las que modelaron nuestra existencia.

4. EL CAMINO A LA FELICIDAD

Es segura la súplica de Agustín de Hipona que el hombre está perennemente buscando la felicidad. Ese camino vital de la felicidad no es resultado de lo que disfrutamos, sino de lo que proveemos. El ejemplo lo hallamos con el maestro, que trabaja y sirve con entusiasmo; acepta realizar un compromiso cuando se lo requieren y considera que es apto para ello. Facilita el cumplimiento del sabio y saludable principio de la rotación en los oficios o funciones. “Lo que amas eres” (ep. Io. 2,14), enseña Agustín y el amor es el estado en que la felicidad de otra persona es esencial para todos.

Agustín dice que la “felicidad verdadera y segura en sumo grado la alcanzan, ante todo, los hombres de bien que honran a Dios, el único que la puede conceder” (ciu. 2,23,1). Así lo arti-

culaba cuando señalaba que en el camino a la felicidad “nadie es feliz contra su voluntad” (tr. 13,8) y que la felicidad depende de nosotros mismos.

Sufre en su propia carne la tortura de no conocer la verdad porque no se conoce. “Señor, cierto que tú estabas delante de mí; pero, como yo había huido de mí mismo no me encontraba ¿Cómo iba a encontrarte a ti?” (conf. 5,2,2). La felicidad no se somete al bienestar afectivo de un cuerpo proporcionado a su medio. La felicidad es el significado y el propósito de la vida, el fin de la existencia humana. El hombre debe reflexionar para construir su vida según unos valores. “No se entra en la verdad sino con el amor” (c. Faust. 32,18).

En Dios está el camino a la felicidad, describe Agustín. “Dios es el fin del hombre, la estrella que le ilumina, su meta y su Fin último” (ciu. 2,23,1). “Dios es fuente de nuestra felicidad y meta de nuestro apetito” (ciu. 10,3,2). Es como la ley de vida que uno mismo va identificando cuando, poco a poco, se da cuenta de dónde están los límites, dónde el sentido del respeto, la convivencia que nos permite disfrutar en armonía los unos de los otros. Aunque en ocasiones cae como un regalo del cielo, la felicidad suele ser como esa bella dama a la que tienes que conquistar. “No basta con conocer; es preciso saber” (conf. 3,6).

La felicidad requiere de coraje para tomar decisiones en las que creemos, ser fieles a nuestras ideas y arriesgarnos por lo que amamos. Es significativo que nuestras leyes de vida partan de la ética y del respeto a los que nos rodean. No quieras para los demás lo que no desees para ti. El hombre no es otra cosa sino lo que hace de sí mismo y es lo que él desee ser. El compromiso es un hecho, no una palabra, por eso se nos invita a reflexionar acerca de tres aspectos que, sin duda, servirán de ayuda: vive sin aparentar, ama sin depender y habla sin ofender.

Al aceptar la felicidad como gozo de la verdad, llega al desenlace que “cada hombre es lo que ama” (diu. qu. 83). Su experiencia de la felicidad en el camino la descubrió en Dios, la Verdad misma que daría sentido a sus incógnitas; el que tiene a Dios lo tiene todo; el que tiene todo menos a Dios no tiene nada. Hay que vivir sin aparentar, amar sin depender y hablar sin ofender. “No es lo mismo vivir que vivir felizmente” (conf. 13,4,5). “Lo que amas eres” (ep. Io. 2,14). La felicidad no es algo ya hecho. Viene de tus propias acciones.

“Nadie es bueno en su interior si actúa por la fuerza; aunque sea bueno lo que hace” (conf. 12,9). Uno de los mensajes del Papa Francisco, es que “hacer el bien a todos, sin importar quién sea el otro, es un bello camino hacia la felicidad y es un deber de toda persona humana sin importar si es creyente o no”. Solicita firmemente que hacer el bien no es cuestión de fe, es un deber, “es un carné de identidad que nuestro Padre ha dado a todos porque nos ha hecho a su imagen y semejanza, que fuimos hechos para parecernos a Dios” (Gn 1,26). Y, Él hace el bien siempre y nos persuade a ser felices.

El camino a la felicidad es la sabiduría en Dios. Esta felicidad es la sabiduría, el conocer y poseer la verdad que solo se puede hallar en Dios que para Agustín es el bien Supremo del hombre y solo con este bien supremo se puede llegar a la felicidad. Los hombres están siempre dispuestos a curiosear y averiguar sobre las vidas ajenas, pero les da pereza conocerse a sí mismos y corregir su propia vida. “En la búsqueda de la verdad no hay mejor medio que el de las preguntas y respuestas” (sol. 2,7).

“Revelamos que Dios es camino a la felicidad. Cristo el Señor se humilló para que nosotros aprendiéramos a ser humildes” (s. 272A). La felicidad consiste en conocer y poseer a Dios. Enseña que la felicidad radica en el proceso de tomar con alegría lo que la vida nos proporciona.

a. Llamados a ser felices

“Donde hay unidad, hay comunidad” (s.103). ¿Hay alguien que no quiera ser feliz? Pregunta que hemos realizado en varias ocasiones y por lo general todos quieren ser feliz. La cuestión que surge de forma inmediata es, si todos lo buscamos, ¿por qué el caos se sigue incrementando?

Agustín de Hipona, dice:

“Parte de la vida hemos vivido indagando cosas, buscando crecer, buscando afinar, buscando nuevas tecnologías, buscando aprender, compartir lo aprendido, seguir buscando más y más”.

Es una realidad, algo sucede cuando logras lo que anhelas y es que a deseo alcanzado deseo desechado. ¿Por qué? Se supone que debería darnos la tan anhelada felicidad, pero esto no dura más que un segundo y luego comienza nuestra mente concreta a indicarnos que algo nuevo se debe realizar, porque nos dará más felicidad o plenitud. O, por el contrario, nos quedamos recordando ese gran éxito alcanzado por días, semanas, años o incluso lo que resta de vida.

¿Cuál es el mensaje que se observa en este último apartado? Que cuando la felicidad se sujeta al tiempo se cambia. Si yo quiero llegar a ser feliz, esto implica que necesito tiempo para alcanzarlo y ahí está la astucia. Por otro lado, si vinculo la felicidad a una cosa o situación externa, al momento de lograrlo, si el tiempo se atajase percibiría la plenitud, pero la cosa o la situación no es estática, es dinámica y como el tiempo sigue corriendo y yo me alejo de lo alcanzado, genero una nueva necesidad con el afán de volver a experimentar esa plenitud.

La felicidad es interior, no exterior; por lo tanto, no depende de lo que tenemos, sino de lo que somos. El problema no está en

que seamos felices, no hay problema con ser feliz. El problema llega cuando hacemos de la felicidad un fin que debemos y tenemos que lograr. Cuando esto sucede, entonces pensamos que Dios existe para que seamos felices y esto es un pensamiento delicado. “La sabiduría es la medida del hombre” (beata u. 4,43). Estamos es llamados a ser felices. “Cada quien ofrece lo que tiene en su corazón, por eso al juzgar a una persona no precisa quien es ella. Precisa quién eres tú”, expresa Agustín. Juzgar a los demás, teniendo o no la información suficiente, siempre será un error. Primero, porque nadie es quien para hacerlo y segundo, porque tal y como dice la psicología, seguramente nos equivocaremos.

La felicidad no es hacer lo que uno quiere sino querer lo que uno hace. Porque quien es auténtico, asume la responsabilidad por ser lo que es y se reconoce libre de ser lo que es. “Las cosas son bellas si se las ama” (s.101,6). Muchos son los pensadores que a lo largo de la historia han amado su profesión y en el momento reflexionan sobre los secretos de ser felices y cómo conquistar. El ejemplo lo logramos con los filósofos griegos que se plantearon dos preguntas esenciales: Qué es la felicidad y qué hace felices a las personas. Sus réplicas dieron lugar a tres posturas diferentes:

Aristóteles, “La felicidad depende de nosotros mismos”.

Séneca, “Las grandes bendiciones de la humanidad están dentro de nosotros y a nuestro alcance”.

La corriente del hedonismo. Su máximo representante, Epicuro, “la felicidad personificaba experimentar placer, tanto a nivel físico como intelectual, huyendo del sufrimiento”.

La humanidad ha pedido siempre ser feliz. Como dijo, Séneca en su *De vita beata*, “todos los hombres, hermano Galión, quieren vivir felices”. Anhelamos ser felices y por ello tratamos de averiguar qué es. Sin embargo, cada persona tiene una respuesta, una definición de felicidad diferente, y es esencialmente esta dis-

paridad de opiniones ante una cuestión tan trascendental en la existencia del ser humano una de las razones de la aparición de la ética en la antigua Grecia.

El secreto de la felicidad reside en exigir mucho de sí mismo y muy poco de los otros. Agustín de Hipona, dice: “Es mejor cojear por el camino que avanzar a grandes pasos fuera de él. Pues quien cojea en el camino, aunque avance poco, se acerca a la meta, mientras que quien va fuera de él, cuanto más corre, más se aleja”. La felicidad que se vive deriva del amor que se facilita. ¿De dónde venimos? ¿A dónde vamos? Estas son dos de las grandes preguntas que el hombre se ha hecho a sí mismo, pero hay otra pregunta más significativa: ¿Cómo podemos vivir felices? “En la búsqueda de la verdad no hay mejor medio que el de las preguntas y respuestas” (sol. 2,7).

Demostramos que el saber cristiano sí puede fundamentar la intervención de Dios en la felicidad mediante la razón y la fe que la perfecciona. Esto lleva al descubrimiento, para algunos, de que la única manera de ser felices es incluyendo a Dios en nuestras vidas mediante la verdad y las virtudes que nos asemejarán más a él, pero siempre teniendo en cuenta que son los actos que hacemos los que tienden a la felicidad y que estos deben de ser posibles ya que si fueran actos quiméricos esto inventaría fracaso para el hombre y refutaría de momento la posibilidad de ser feliz. “El dar es mérito para recibir” (ep. 266).

b. Tarde te amé

La tranquilidad de la vida es saber que eres amado por ti mismo o, más fielmente, a pesar de ti mismo.

“No quieras derramarte fuera; entra dentro de ti mismo, porque en el hombre interior reside la verdad; y si hallares que tu

naturaleza es mudable, trasciéndete a ti mismo, mas no olvides que, al remontarte sobre las cimas de tu ser, te elevas sobre tu alma, dotada de razón” (uera rel. 39,72).

“Tarde te amé, hermosura siempre antigua y siempre nueva, tarde te amé” (conf. 10,27,29). Con este grito de su corazón expresa Agustín de Hipona su pesar por haber malgastado en cosas baldías tantos años de su vida. La conversión fue para él el arribo al puerto tras un laborioso y largo navegar por el océano de la duda, de la incertidumbre y de la incoherencia.

Con la conversión se encuentra a sí mismo y a la vez encuentra la alegría de vivir, y experimenta el amor en el abrazo misericordioso del Padre y ve a la Iglesia como madre de salvación y modelo de vida. Durante la vigilia pascual del año 387, en la noche del 24 al 25 de abril, Agustín y sus amigos fueron bautizados en Milán por Ambrosio, obispo de la ciudad: “Fuimos bautizados, y se desvaneció de nosotros toda inquietud por la vida pasada” (conf. 9,6,14).

Agustín en un momento de su vida vivió ansioso de felicidad, la buscó y fue tras ella; pero en un instante de perspicacia y claridad, se dio cuenta que la tenía dentro, muy dentro de su corazón, hasta llegar a exclamar en su obra de las Confesiones:

“¡Tarde te amé, Hermosura tan antigua y tan nueva,
tarde te amé! y tú estabas dentro de mí y yo afuera,
y así por de fuera te buscaba; y, deforme como era,
me lanzaba sobre estas cosas que tú creaste.
Tú estabas conmigo, pero yo no estaba contigo.
Reteníanme lejos de ti aquellas cosas que,
si no estuviesen en ti, no existirían.
Me llamaste y clamaste, y quebraste mi sordera;
brillaste y resplandeciste, y curaste mi ceguera;

exhalaste tu perfume, y lo aspiré, y ahora te anhelo;
gusté de ti, y ahora siento hambre y sed de ti;
me tocaste, y deseo con ansia la paz
que procede de ti” (conf. 10,27,29).

El camino que siguió hacia Dios fue más largo de lo que él hubiera querido, pero el Señor no demoró en transformar la pasión natural, la energía y la lucidez para hacerlo un servidor suyo y de la Iglesia. Las perennes oraciones de Mónica, su madre, fueron así impugnadas mucho más de lo que ella pudo haberse imaginado.

El libro de las Confesiones es el que más confiesa cuando de conversión y lucha se trata. Al mismo tiempo de ser un magnífico diálogo entre Agustín y Dios, esta autobiografía manifiesta que los santos también fueron pecadores, como tú y como yo. Entre sus figuras muchos hemos encontrado reflejadas nuestras historias y nuestras caídas. Ha servido y sirve de inspiración y aliento para la conversión de tantos.

De la misma manera, se ha indicado que uno decide ser feliz, que no se debe asociar a nada externo, porque la felicidad es una decisión personal diaria. Agustín de Hipona es el característico ejemplo de esta realidad y con palabras destacadas expresa su conversión, su cambio definitivo: Tarde te amé. “Nadie es bueno en su interior si actúa por la fuerza; aunque sea bueno lo que hace” (conf. 12,9).

Que ser auténtico es no cambiar y no hay nada más delicado que no cambiar. Porque la vida cambia asiduamente y al tratar de adaptar la vida a mi forma, mi estructura, mi orden, termino generando mayor sufrimiento en mí, dejo de entenderla, comienzo a criticarla, comienzo a encontrar millones de errores, en otras palabras, dejo de vivir.

Conservar la felicidad es un derecho que todos los hombres tenemos, forma parte del ideal de cada hombre y también del

designio de Dios. ¿En dónde la buscas?, ¿ya la encontraste?, ¿te interesa conseguirla?, ¿qué medios estás poniendo para poseerla? Muchas veces la buscamos fuera en las cosas que se nos muestran: Unas buenas y en otras no tan buenas. Como sedientos después de varios días en el desierto, nos queremos saciar de ella, pero estoy seguro que llegaremos a la mismo, desenlace de Agustín. Es la sed insaciable de la que todos tenemos necesidad. “Puesto que la verdad no es mía ni tuya, para que pueda ser tuya y mía” (In ps.103). La verdad según él es, además, asedio frecuente, ganancia perenne, vida y luz de los hombres.

c. Lo que amas eres

La felicidad que se vive procede del amor que se da, pues haz lo que debes hacer y hazlo bien. “Lo que amas eres” (ep. Io. 2,14). Esta es la única forma para alcanzar la perfección. La medida del amor es el amor sin medida. El camino a la felicidad está en Dios, dentro de nosotros. Solo hace falta que aclamemos: “¡Nos hiciste para Ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en Ti!” (conf. 1,1,1). Estas palabras de las Confesiones que se han hecho famosas en Agustín de Hipona, se dirigen a Dios, y en ellas está la recapitulación de toda su vida. La tranquilidad reside en los gustos y no en las cosas; somos felices cuando tenemos lo que nos gusta y no cuando tenemos lo que los demás encuentran agradable.

Sabemos que su experiencia de la felicidad plena la encontró en Dios, la Verdad misma que daría sentido a sus interrogantes. En el interior del hombre existe un afán de felicidad y de realización, que es parte de la naturaleza humana.

En esa búsqueda de la verdad leyó también las epístolas del Apóstol Pablo, a través de las cuales descubrió la afirmación de que solo la gracia de Cristo puede salvar al hombre, doctrina que cons-

tituye otro de los pilares de su pensamiento. Se aproximaba cada vez más al cristianismo. Da la marcha a su vida nueva, a su conversión.

La búsqueda intelectual y espiritual lo trasladó al borde de una crisis alterada. En el año 386, cuando estaba en su jardín inmerso en un estado de angustia, oyó la voz de un niño invitándole a leer: *Tolle, lege* (Toma y lee), lo cual descifró como un mandato divino para que se acercara a las Escrituras.

Al finalizar el verano de ese mismo año, poco después de su conversión religiosa, Agustín se retiró a la quinta de Casiciaco, renunciando a la enseñanza y al matrimonio. En este lugar, cercano a Milán y propiedad de su amigo Verecundo, profesor como él, adoptó una forma de vida ascética, acompañado por su madre, su hijo y sus parientes y discípulos Alipio, Trigedio y Licencio. El retiro a Casiciaco le permite dedicarse al estudio y a la conversación.

Como fruto de estas conversaciones son sus primeras obras filosóficas, conocidas por el nombre genérico de “Diálogos de Casiciaco”: *Contra los académicos*, *Sobre la vida feliz*, *Sobre el orden y los Soliloquios*, en las que nos muestra cuáles eran sus preocupaciones en esta época (la verdad, la felicidad en la filosofía, el orden de la Providencia en el mundo y el problema del mal).

La experiencia de Casiciaco marca para Agustín la etapa en la que construye las respuestas a muchas de las preguntas de su juventud; es el momento de recorrer los propios pasos y de ajustar cuentas con las diferentes fuentes de las que hasta el momento había bebido. Es así que surge la exigencia de ordenar lo aprendido.

Después de la experiencia de Casiciaco el grupo regresa a Milán y, durante la Vigilia pascual, según la costumbre de la época, Agustín, a la edad de treinta y tres años, fue bautizado por el obispo san Ambrosio, junto a Alipio y su hijo Adeodato. Al finalizado el verano embarca definitivamente con destino a África y se instala en Tagaste, con Adeodato, Alipio, y otros compañeros. Hasta el

año 391 permanece allí, llevando una vida en comunidad, austera y entregada al estudio y a la oración.

Concluye las obras iniciadas en Roma y comienza un fructífero período de composición de escritos. Destaca el diálogo *De Magistro*, cuyo objeto es mostrar al verdadero maestro interior, Cristo, y también el tratado *De vera religione*, sobre las relaciones entre la fe y la razón. Redacta respuestas a cuestiones que le empeñaban a plantear no solo sus compañeros sino también habitantes de otras ciudades cercanas pues su fama iba en aumento.

En Agustín revelamos la verdadera conversión, si das la espalda al final, no la lograrás jamás: La conversión. El tener a Dios como destino final. Obviamente, es el Señor quien nos socorre y nos salva de nuestra ignorancia de su voluntad, de nuestra incapacidad de cumplir sus mandamientos. “Dios no toma en consideración tus talentos, sino tu disponibilidad” (s. 18). Cuando el Señor nos mira, aunque ve nuestros pecados, ve también aquello en lo que nos convertirá por su gracia. Aunque Él se hizo hombre, en realidad obraba nuestra alabanza.

Nuestra vida toda a partir del instante en que nacemos hasta el momento en que morimos, es un proceso de enseñanza aprendizaje. Esto es lo que Dios le manifiesta a Agustín de Hipona, después de su conversión: tú te transformarás en mí. O como dice el Apóstol Pablo: “Vivo, pero no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí” (Ga 2,20). “De poco sirve decir la verdad con los labios y no con el corazón y está ya claro cómo la satisfacción de todos los deseos es la felicidad, que no es una diosa, sino un don de Dios” (ciu. 5).

El Deseo de Dios

Conf. 1,5,5.

Oh Señor, ¿cómo podría yo descansar en tí?,

¿cómo podría conseguir que vengas a mi
corazón y lo embriagues;
para que me olvide de todos mis males
y me abrace a ti, mi único Bien?
¿Qué eres tú para mí?
No te enojés y déjame hablar: ¿qué soy yo para ti,
para que me mandes que te amé, y, si no lo hago,
te disgustes conmigo
y me amenaces con grandes desgracias?
¿Es que no es suficiente desgracia el no amarte?
¡Ay de mí! Por lo que más quieras, dime:
¿qué eres tú para mí? Díselo a mi alma: Yo soy tu salvación.
Pero, ¡díselo de modo que yo lo oiga!
Señor, ahí tienes, delante de ti,
los oídos de mi corazón.
Ábrelos y dile a mi alma:
Yo soy tu salvación.
Entonces yo saldré disparado tras esa voz
y te daré alcance.
¡No me escondas tu rostro!
¡Muera yo para que no muera mi alma
y pueda así verte!
Amén.

SER E IDENTIDAD AGUSTINIANA

*“Enamorarse de Dios es el romance más grande;
buscarle, la mayor aventura;
encontrarlo, el mayor logro humano”
San Agustín.*

AMBIENTACIÓN

Auténticamente, la participación de Agustín a la concepción cristiana de la persona ha sido extraordinaria y de una singular relevancia en la vida cultural. Su itinerario intelectual y espiritual constituye un modelo válido también hoy en la relación entre fe y razón, tema esencial no sólo para los creyentes, sino también para quienes buscan la verdad. Estas dos dimensiones, fe y razón, no deben separarse ni contraponerse, sino que deben estar siempre unidas. Como escribió Agustín tras su conversión, fe y razón son “las dos fuerzas que nos llevan a conocer” (acad. III,20,43). Las numerosas referencias que su extensa producción escrita recogen sobre la persona humana, constituyen uno de los puntos de arranque de la oferta pedagógica contenida en este Carácter propio.

“Ama y haz lo que quieras porque tu amor y entusiasmo educan por sí mismos” (Io. eu. tr. 8,8). Cuando se habla de la identidad agustiniana desde el ser humano, ahondando en el pensamiento y los valores, el foco transcendental es el amor; amar y ser amado era lo más importante. Esta identidad está encarnada en un proceso que conlleva una responsabilidad con la vida y que encuentra en el amor el primordial motor para su desarrollo. El amor arrastra y potencia la actividad de conocer y a la vez da sentido y dinamiza la

búsqueda que el hombre emprende: aproximarse al amor de Dios. La sabiduría es la medida del hombre (beata u. 4,43).

Sólo hace feliz al hombre el que le hizo (ciu. 22,30). San Agustín se inclina por una formación para la libertad, para la comprensión y la responsabilidad mutua, como un despertar la autoconciencia para que la persona descubra por sí mismo la verdad y despliegue todo lo que contiene en su interior; no en vano “aprender no es otra cosa que recordar”. No se entra en la verdad sino con el amor (c. Faust. 32,18).

En san Agustín, si amas de verdad no temas. Todo lo que hagas estará bien hecho (Io. eu. tr. 10). Porque al compendiar la identidad asimilamos el proceso integral que sobrelleva ciertos elementos primordiales que se van sustentando con el saber: espiritual, moral, intelectual y de voluntad, encaminado a hacer emerger y dinamizar, mediante la fuerza cognitiva del amor, todas las potencialidades latentes en el ser humano con el diálogo permanente, amable, intercultural e incluyente.

Lo que amas eres. El dar es mérito para recibir (ep. 266). Porque desde la apertura de los valores se conquista el diálogo centrado en el amor como clave en todo proceso de saber e interacción social, laboral y pedagógica. Con el lema: Amor y Ciencia: educar la mente y el corazón. Caminamos detrás de lo que buscamos y nuestra búsqueda va en pos de nuestro amor (ep. gal. 54).

Permítanme comenzar este artículo: La identidad agustiniana desde el ser humano, ahondando en el pensamiento y los valores, con esta anécdota:

No me pueden quitar la vida

“Cuentan que, en medio de los desmanes sin cuento de una guerra civil en uno de los países de África, le preguntaron a un religioso si no tenía miedo a que le quitaran la vida, y él

contestó: ‘No me pueden quitar la vida por la única razón de que no es mía, pues hace años que la entregué’.

MORALEJA:

San Agustín dice: “Hombre soy, y nada de lo humano me es ajeno” (ep. 78,8). La gente más feliz no es la que tiene lo mejor de todo, sino la que hace lo mejor con lo que tiene:

Viven de manera sencilla y tienen paz. Lo que amas eres.

Dan amor y actúan pródigamente.

Son solidarios, solícitos y hablan con amabilidad.

Respetan a sus semejantes y son abiertos a los demás.

Son sinceros con todos. No basta con conocer, es preciso saber (conf. 3,6).

Para san Agustín: “Mi peso es mi amor; él me lleva doquiera soy llevado” (conf. 13,9,10). La vocación es un don y una llamada y una gracia especial de Dios, recibida en fe, y cultivada y discernida en la oración. Este proceso de formación permite al joven crecer y madurar en su respuesta a la llamada que Dios le hace.

“Llamaste y clamaste, y rompiste mi sordera; brillaste y resplandeciste, y curaste mi ceguera; exhalaste tu perfume y respiré, y suspiro por ti; gusté de ti, y siento hambre y sed; me tocaste, y me abrasé en tu paz” (conf. 10,27,38). La iniciativa es de Dios. Es una constante en la vocación bíblica y lo repite Jesús: No sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os ha elegido. Es necesario orar y trabajar, acoger y dar gracias, aún sólo por una vocación, observar y descubrir.

Como desenlace de esta historieta, san Agustín expresa:

“No hay cosa que mueva más al amor que descubrirse amado. Llamaste y clamaste, y rompiste mi sordera; brillaste y resplandeciste, y curaste mi ceguera; exhalaste tu perfume y respiré, y suspiro por ti; gusté de ti, y siento hambre y sed; me tocaste, y me abrasé en tu paz” (conf. 10,27,38).

En este artículo: La identidad agustiniana desde el ser humano, ahondando en el pensamiento y los valores, desplegaré 7 aspectos esenciales:

1. Fundamentos de la identidad.
2. Búsqueda de la verdad ¿Soy agustiniano?
3. Nadie da lo que no tiene.
4. El arte de enseñar.
5. Una propuesta de valores.
6. Huella del hombre.
7. Caminando en la amistad.

Verdad es lo que es: todo cuanto realmente está siendo tiene su verdad (Sol. II,5,8). La vida se nos ofrece como don y tarea apasionante de llegar a ser persona. Se trata, por tanto, de un proyecto que va más allá de la adquisición de una cultura y unas habilidades: “La ciencia se debe emplear como un cierto andamio por el que va subiendo la estructura de la caridad, que permanece para siempre, aun después de la desaparición de la ciencia” (ep. Ps. 55,21,39).

1. FUNDAMENTOS DE LA IDENTIDAD

San Agustín pronuncia que, en la escuela del Señor, todos somos condiscípulos (s. 242). Religiosa es la identidad agustiniana

ya que Agustín no sabe hablar de la persona sin hablar al mismo tiempo de Dios, “fin último del hombre” (GS 41). Quien de veras busca su propia identidad, su formación integral; busca a Dios y quien de veras busca a Dios se encuentra a sí mismo. Dios ha construido una escalera en tu corazón para que subas. Mientras más ames más alto subes (en. Ps. 83,10).

Agustín no reflexiona sobre un ser humano abstracto y desencarnado, sino que centra la mirada sobre sí mismo. Es entonces cuando desvela y narra la dramática experiencia de la búsqueda inquieta que ocupó su vida durante años. “Preguntaba a mi alma por qué estaba triste y por qué estaba tan confuso, y no sabía responderme nada. Se ve como un gran abismo, una tierra de difícil cultivo y de excesivo sudor para sí mismo, inestablemente movido como un mar” (conf. 13, 20,28).

A pesar de su desprendimiento tiene hambre de Dios: “Nos hiciste, Señor, para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti” (conf. 1,1,1). Si amas de verdad no temas. Todo lo que hagas estará bien hecho (ep. 10). Porque el proyecto humano pleno y total desemboca en Dios (Io. eu. tr.14,5).

Atrayente desde ese momento la vida de Agustín que se centró en el amor; amar y ser amado era lo más trascendente. Dios no toma en consideración tus talentos, sino tu disponibilidad (s. 18). Si no puedes hacer lo que quieres, no es razón para que no quieras hacer todo lo que puedes (ep. 166).

2. BÚSQUEDA DE LA VERDAD ¿SOY AGUSTINIANO?

Verdad es lo que es: “todo cuanto realmente está siendo tiene su verdad” (Sol. II,5,8). En la búsqueda de la verdad el amor es la belleza del alma, pues, la verdad es como un león, no necesitas

defenderla. Déjala libre, se defenderá a sí misma y la felicidad verdadera y segura en sumo grado la alcanzan, ante todo, los hombres de bien que honran a Dios, el único que la puede conceder. Nadie es feliz contra su voluntad. Nadie es bueno en su interior si actúa por la fuerza; aunque sea bueno lo que hace (conf. XII,9).

Buscar es preguntar. Desearía partir de una pregunta: ¿qué inquietud elemental vive Agustín en su vida? O tal vez debería decir más bien: ¿qué inquietudes nos invita a suscitar y a mantener vivas en nuestra vida este gran hombre y santo? Presento tres: la inquietud de la búsqueda espiritual, la inquietud del encuentro con Dios y la inquietud del amor, que se van resolviendo durante el artículo.

En Agustín, el aprender a conocerse implica serios riesgos. Supone despertar de un largo letargo en que la mayoría de la población vive inmersa. Conocerse a uno mismo supone empezar a valorarnos tal como somos, con nuestros defectos y nuestras virtudes, abrazando ciertos conceptos como el de imperfección o finitud. “No quieras derramarte fuera; entra dentro de ti mismo, porque en el hombre interior reside la verdad; y si hallares que tu naturaleza es mudable, trasciéndete a ti mismo, mas no olvides que, al remontarte sobre las cimas de tu ser, te elevas sobre tu alma, dotada de razón. Encamina, pues, tus pasos allí donde la luz de la razón se enciende” (De ver. Rel. 39,72).

En su juventud no era muy religioso, así que pudo pasar sus mejores años como Dios manda. Dice Agustín en sus Confesiones: “Llegué a Cartago, y por todas partes chisporroteaba en torno mío un hervidero de amores impuros. [...] Amar y ser amado era la cosa más dulce para mí, sobre todo si podía gozar del cuerpo de la persona amada. De este modo manchaba la fuente de la amistad con las inmundicias de la concupiscencia y obscurecía su claridad con los infernales vapores de la lujuria” (conf. 3,1,1).

Enérgico proceso en su vida. Su hijo Adeodato -dado por Dios- su madre Mónica, derramó muchas lágrimas por su conversión, lo ganó para Dios. Desde esos momentos los amores impuros retrocedieron y se convirtió en el enemigo furioso de las pasiones humanas, es decir, de los placeres paganos. Prescribió la doctrina fundamental del pecado que contagió a todo el mundo cristiano y les quitó el sueño no sólo a los padres de la Iglesia, sino también a centenares de millones de creyentes ordinarios. También fantaseó mucho sobre las diferencias básicas entre la sociedad terrestre y el Reino de Dios. Desplegó la teoría de justificación de Dios, -teodicea- de la justificación de Dios por la verdad.

Con este convencimiento manifiesta, “ama y haz lo que quieras. Si callas, callarás con amor; si gritas, gritarás con amor; si corriges, corregirás con amor, si perdonas, perdonarás con amor”. Su espíritu y estilo de identidad están vivos y sintonizan con la sociedad actual. Un cambio total en su existencia a una vida feliz: “Dios es fuente de nuestra felicidad y meta de nuestro apetito” (ciu. 10,3,2).

Nos hiciste para ti

(conf 1,1,1)

Grande eres, Señor, y digno de toda alabanza.

Grande es tu poder,
tu sabiduría no tiene límites.

Y este hombre, pequeña migaja de tu creación, quiere alabarte.

Precisamente este hombre,
que es un amasijo de fragilidad,
que lleva aún pegada la etiqueta de su pecado,
y es la mejor demostración de lo que es la

soberbia. A pesar de tanta miseria,
este hombre quiere alabarte.
Y eres tú mismo quien lo estimulas
a que encuentre deleite en ello.
Porque nos hiciste, Señor, para ti
y nuestro corazón está inquieto
hasta que descanse en ti. Amén.

3. NADIE DA LO QUE NO TIENE

Mejor es amar con severidad que engañar con suavidad (ep. Io. 93,2,4). Con el cambio de vida, evolución y lucha inquebrantable de la persona: nadie da lo que no tiene. Agustín expresa que, los hombres dicen que los tiempos son malos, que los tiempos son difíciles: vivamos bien y los tiempos serán buenos. Nosotros somos los tiempos: así como nosotros somos, son los tiempos.

Es innegable que el elemento primordial de toda formación es la concepción de la persona que se pretende formar y que subyace a todo proyecto educativo. hombre soy, y nada de lo humano me es ajeno. Lo que amas eres. Es entonces cuando desvela y narra la dramática experiencia de la búsqueda inquieta que ocupó su vida durante años.

Al obispo de Hipona que como pedagogo enseña a amar nuestra misión. Su actividad, sus escritos tienen un marcado fin pedagógico. Después de salir de la escuela se dedicó a la docencia y, durante trece años, enseñó la gramática y la retórica en Tagaste, en Cartago, en Roma y en Milán.

Grandioso es el legado agustiniano que ha marcado huella en la historia, pues “nadie da lo que no tiene”. No basta con conocer; es preciso saber (conf. 3,6). La ley de la caridad es ley de la liber-

tad. La autoridad es la puerta de la educación. Tenemos un sólo maestro; y bajo Él todos somos condiscípulos (s. 34,1). El buen educador trata a sus educandos con amor de hermano, con amor de padre, y hasta con amor de madre. Porque cuando se trata de aprender no hay viejos ni jóvenes. Dios ama la disciplina; y el educador ha de observarla e imponerla (ep. Io. 166,1).

No hay cosa que mueva más al amor que descubrirse amado. Hay que valorarnos, amarnos y ser fraternos y más en familia. Hay que dejar la marca del pasado, las cicatrices y las heridas que la vida poseyó, perdonando fijamente a los que nos han lastimado y, sobre todo, perdonándonos a nosotros mismos.

No obstante, con Agustín es innegable cometer faltas y que descubra por sí mismo la marca del pasado y que reviva. O como dice el Papa Francisco, llamando al perdón: el perdón de Dios es restaurador, hace nueva a la persona. Hay que dejarse querer por Aquel cuyo amor nunca nos hará daño, sino que es capaz de restaurarnos definitivamente y la misericordia siempre será más grande que cualquier pecado y nadie podrá poner un límite al amor de Dios que perdona.

Recuerda que todas las personas nos equivocamos, aprende a perdonar. Pedir perdón, no es humillarse, es reconocer que fallamos y queremos cambiar. No cuenta Dios facultades, sólo anota voluntades.

El amor cambia la vida (s. 313 A, 2-3) y sólo quien ama a Dios sabe amarse a sí mismo. El ser humano se mueve por amor y desde el amor, porque el amor es el peso del alma: "Mi amor es mi peso; él me lleva adonde soy llevado" (conf. 13,9,10).

No consentas que nada ni nadie te robe las ganas de existir. No tengas miedo, Dios te ha creado para los éxitos. Es hora de dejar atrás todo miedo y molestia. Dios pintará tus días de colores, Su poder te llenará de esperanzas y sólo con Él sentirás la certeza de que vencerás todas tus dificultades ¡Créelo! Dios ha sembrado

en tu corazón talentos y dones para que alcances todos tus sueños y con la disciplina los alcanzarás. Pues, ninguno camina bien en los primeros intentos. La voz de la verdad no calla nunca. No grita con los labios, pero susurra con el corazón (in ps. 57).

4. EL ARTE DE ENSEÑAR

Uno de los más bellos textos filosóficos que distingo es *De Magistro*, el famoso diálogo de Agustín en donde conversa con su hijo Adeodato, y que empieza precisamente de esta forma:

Agustín - ¿Qué te parece que pretendemos al hablar? Adeodato - Por lo que ahora se me alcanza, o enseñar o aprender. Agustín - Así lo veo yo: Una de estas dos cosas, y estoy de acuerdo; pues es evidente que pretendemos enseñar cuando hablamos (mag. I,1).

En esta obra se discute, se investiga y se muestra que el Maestro no es el que enseña al hombre las ciencias, sino Dios, según está escrito en el evangelio: 'Uno solo es vuestro Maestro, Cristo' (Mt 23,8.10). Si aún puedes ser mejor de lo que eres, es evidente que aún no eres tan bueno como debes (De ver. Rel. ,41).

Con este pasaje *De Magistro* se inicia un interesante diálogo en el que Agustín y su hijo empiezan a explorar la relación existente entre enseñar y aprender. Semejante a la enseñanza de Jesús con sus discípulos cuando les hablaba en parábolas: salió el sembrador a sembrar: Cristo es el sembrador, la semilla es la palabra de Dios y el terreno somos cada uno de nosotros.

No es más feliz quién más tiene sino quién menos necesita (Regla agustiniana). La experiencia humana nos demuestra que junto con la siembra nace la esperanza del sembrador. La siembra tiene su origen y raíz en la esperanza, pues nadie sembraría si no

tuviera la confianza de recoger un fruto; pero al mismo, la siembra alimenta la esperanza.

En realidad, el sembrador no puede dejar de sembrar. Es aquí donde se revela la profundidad de vida de esos hombres, los maestros. Los que enseñan con arte. Nos sorprende ver cuántas y cuan valiosas obras han puesto en pie en un arco relativamente corto de tiempo.

Los hombres siempre mejoran, experimentan, aprenden, educan y desarrollan habilidades y competencias, gracias a la actitud que tengan hacia el compromiso y la lealtad hacia la institución para la cual trabajan. San Agustín dice que “si quieres conocer a una persona, no le preguntes lo que piensa sino lo que ama”.

Somos consecuencia de muchos ambientes y creencias que empiezan a formarse en la juventud. En esa etapa de la vida somos como esponjas que todo lo absorben, recibimos cantidad enorme de estímulos tanto positivos como negativos. Requerimos formarnos, dar un paso célebre en la vida y ser disciplinados para alcanzar la disciplina del éxito.

5. UNA PROPUESTA DE VALORES

La familia agustiniana tiene una larga historia educativa y ha desarrollado su actividad en los más diversos ámbitos sociales. Su espíritu y estilo de educar siguen vivos y sintonizan con la sociedad actual y las demandas del mundo contemporáneo. El dar es mérito para recibir (ep. 266).

De educar por amor a los demás, y aprender por amor a la verdad: en palabras de la Uniagustiniana, es creer en ti. Es entregar la ciencia hecha sabiduría, hecha proyecto de vida al estilo de Jesús de Nazaret. El proyecto humano pleno y total desemboca en Dios (Io. eu. tr.14,5).

El amor impulsa y potencia la actividad de conocer y a la vez da sentido y fortalece la búsqueda que el hombre principia: para estar con Dios.

El Papa Francisco en su mensaje de la familia expresa que: La familia es un grupo de personas llenas de defectos, que Dios reúne para que convivan con las diferencias y desarrollen la tolerancia, la benevolencia, la caridad, el perdón, el respeto, la gratitud, la paciencia, el derecho, el deber, los límites, en fin, que aprendamos a Amar: haciendo por el otro lo que le gustaría que hicieran por sí mismos. Sin exigir de ellos la perfección que aún no tenemos. No nacemos donde merecemos sino donde necesitamos evolucionar.

Que gran sabiduría la del Papa Francisco, es sabio tener presente este concepto para evitarnos lamentos ni rencores hacia quienes no nos tocó elegir; aceptación, amor, respeto y honra hacia ellos. La vida es corta para estar en disputas o dificultades con los nuestros.

San Agustín dice que “la verdad es como un león, no necesitas defenderla. Déjala libre, se defenderá a sí misma”. Mi amor es mi peso.

La familia agustiniana tiene como emblema un corazón y un libro. Ambos elementos constituyen también el símbolo gráfico de la pedagogía inspirada en el pensamiento de Agustín. Aprender a ser y a compartir o –formulado de otro modo–, enseñar a pensar y a amar, se presenta como una síntesis genial de la educación agustiniana. El libro y el corazón integrados en una misma imagen. La noble posibilidad del pensamiento y el ejercicio humano del amor consciente. El amor inteligente, la verdad que hace relación al amor, y el amor que hace relación al corazón.

Hay una invitación aprender a ser y aprender a compartir a las que se llega por el camino de una enseñanza en valores: educar en la Interioridad, la Verdad y la Libertad responsable para aprender a ser y educar en la Amistad, la Comunidad, la Justicia y la Solidaridad, para aprender a amar y compartir.

Frente a la vida vivida en la superficialidad y el pensamiento débil, la escuela agustiniana pretende cultivar las dimensiones humanas más profundas, articulando razón y fe. “Dejemos tiempo a la meditación y al silencio. Recógete en tu interior y aíslate de todo miedo. Vuelve la vista hacia tu interior, donde no hay alboroto ni altercados, donde tienes un retiro tranquilo para tu conciencia. Atiende con calma y serenidad a la verdad para que la entiendas” (s. 52,22).

6. HUELLA DEL HOMBRE

Como el Principio de un hecho es partir, y la culminación es la llegada; la tarea del aprendizaje es el comienzo, y la culminación, la comprensión o asimilación de la doctrina. Con este método se agranda la capacidad de diálogo y aceptación mutua en el ambiente de la libertad con el cultivo del espíritu crítico como garantía de la cuestión de la gracia y la libertad.

La dimensión antropológica en el pensamiento agustiniano se centraliza en dos cuestiones esenciales: Dios y el hombre. Para llegar a Dios primero tenemos que indagar al mundo, después volverse hacia uno mismo y por último trascenderse. El mundo responde que él ha sido creado y el itinerario continúa; se procede a la ascensión interior, y el hombre se reconoce a sí mismo intuyéndose como ser existente, pensante y amante.

San Agustín, investiga el misterio del hombre, su naturaleza, su espiritualidad y su libertad. El ser humano está compuesto por un cuerpo y el espíritu. Obteniendo en cuenta que la cárcel del alma no es el cuerpo humano, sino el cuerpo corruptible; por lo que el alma no puede ser dichosa sin el cuerpo. El alma fue creada de la nada y es el complemento del cuerpo, ayuda a entender el misterio del hombre en su creación a imagen de Dios.

La creación del hombre a Imagen y semejanza de Dios, se ha desfigurado por el pecado y será la gracia la que se encargará de restablecer la correcta relación de Dios con el hombre. El hombre sólo adhiriéndose al ser inmutable puede alcanzar su felicidad. En este encuentro de Dios y el hombre, el obispo de Hipona, examina la delicada cuestión de la gracia y la libertad.

Agustín protegió la libertad contra los maniqueos y la existencia de una sola alma y una sola voluntad: era yo mismo quien quería, yo quien no quería; yo era yo. Por último, también exploró el tema de las pasiones, reduciéndolas a la raíz común del amor.

Las dos dimensiones del ser humano, son:

Personal: en inquieta búsqueda de la verdad, por el camino de la interioridad, para llegar a la trascendencia. “Vuelve a tu corazón y desde él asciende a tu Dios. Si vuelves a tu corazón, vuelves a Dios desde un lugar cercano” (s. 311,13).

Comunitaria: que se concreta progresivamente en solidaridad-amor-fraternidad, porque “no hay peldaño más seguro para subir al amor de Dios que la caridad del hombre para con los demás” (mor. Eccl. I,26,48).

Ninguno que se precie de hombre religioso, aun cuando sea todavía inepto para aquella visión, se atreverá a negar, o dejar de confesar lo de Agustín de Hipona: trasciéndete a ti mismo, “no quieras derramarte fuera; entra dentro de ti mismo, porque en el hombre interior reside la verdad; y si hallares que tu naturaleza es mudable, trasciéndete a ti mismo, mas no olvides que, al remontarte sobre las cimas de tu ser, te elevas sobre tu alma, dotada de razón. Encamina, pues, tus pasos allí donde la luz de la razón se enciende” (De ver. Rel. 39,72).

7. CAMINANDO EN LA AMISTAD

Agustín dice que “no hay amistad verdadera sino entre aquellos a quienes Tu aglutinas entre sí por medio de la caridad” (conf. 4,4,7). Por eso expresamos que la amistad es un valor universal de ética y moral, perenne precisamos de alguien en quien confiar, algunas veces suele comenzar de espontáneo o a veces sin buscarla, o porque alguien nos cae bien. Es sentirse a gusto con una persona, conversar y compartir impresiones, satisfacciones, afectos y proyectos es algo en común, entre dos personas, donde debe haber absoluta estabilidad.

Agustín manifiesta que en este mundo hay dos cosas necesarias: la salud y una persona amiga (en. Ps. 299, D,1). Pocas personas en la historia de la humanidad han vivido con tanta intensidad la amistad como Agustín. En toda la trayectoria de su vida se ve claramente que era un hombre que no podía vivir sin amistades: amar y ser amado era la cosa más dulce para mí (conf. 3,1,1).

Las amistades fueron para él de suma importancia desde su infancia hasta el final de sus días. Vivió siempre en una actitud abierta hacia los demás. Su famoso libro *las Confesiones* es, entre otras muchas cosas, la historia de sus amistades. Algunas malas, otras buenas, aunque simplemente humanas.

Su doctrina conclusiva fue que “los buenos amigos valen mucho para el bien, y los malos sirven mucho para el mal” (en. Ps. 87,12).

El escenario de la amistad en Agustín tiene las siguientes características habituales: es amor de alma a alma. Unifica dos almas en una sola. El amor entre los amigos es generoso. Se ha de amar al amigo como a uno mismo y la amistad es acuerdo mutuo en todo lo humano y lo divino. “La verdadera amistad no se mide por intereses temporales, sino que se bebe por amor gratuito”. “Amar y ser amado es la cosa más importante para mí (conf. 3,1).

Quien tiene un amigo tiene un tesoro, dice el viejo proverbio. “El amigo fiel es un apoyo seguro, quien lo encuentra, ha encontrado un tesoro. El amigo fiel no tiene precio, su valor es incalculable. El amigo fiel es un elixir de vida, los que temen al Señor lo encontrarán. El que teme al Señor orienta bien su amistad, porque según sea el, así será su amigo” (Eclo 6,14-17).

Concluamos con estas alabanzas de san Agustín:

Dame fuerzas para Buscarte

(De Trinit. 15,28,51).

Señor y Dios mío, mi única esperanza,
no permitas que deje de buscarte por
cansancio, sino que te busque siempre
con renovada ilusión.

Tú, que hiciste que te encontrara
y me inculcaste ese afán por sumergirme
más y más en ti, dame fuerzas para continuar en ello.

Mira que ante ti están mis fuerzas
y mi debilidad.

Conserva aquéllas, cura ésta.

Mira que ante ti están mis conocimientos
y mi ignorancia. Allí donde me abriste,
acógeme cuando entre.

Y allí donde me cerraste,
ábreme cuando llame.

Haz que me acuerde de ti,
que te comprenda, que te ame.

Acrecienta en mí estos dones,
hasta que me transforme completamente
en nueva creatura.

Amén.

DIOS, CAMINO A LA FELICIDAD

La felicidad verdadera y segura en sumo grado la alcanzan, ante todo, los hombres de bien que honran a Dios, el único que la puede conceder (CD 2,23,1).

AMBIENTACIÓN

San Agustín dice que el camino a la felicidad está en Dios. Dios es fuente de nuestra felicidad y meta de nuestro apetito. Concibe la felicidad como gozo de la verdad. Cada hombre es lo que ama. Su experiencia de la felicidad en el camino la encontró en Dios, la Verdad misma que daría sentido a sus interrogantes; el que tiene a Dios lo tiene todo; el que tiene todo menos a Dios no tiene nada. No es lo mismo vivir que vivir felizmente (C 13,4,5). Lo que amas eres: tarde te amé.

La dificultad no está en que seamos felices, no hay problema con ser feliz. El problema llega cuando hacemos de la felicidad una meta que debemos y tenemos que alcanzar. Cuando esto sucede, entonces pensamos que Dios existe para que seamos felices y esto es un pensamiento peligroso. La felicidad no es hacer lo que uno quiere sino querer lo que uno hace. Porque quien es auténtico, asume la responsabilidad por ser lo que es y se reconoce libre de ser lo que es.

Permítanme comenzar este artículo, Dios es fuente de nuestra felicidad y meta de nuestro apetito, con esta anécdota: Las 3 Peticiones de un Hombre.

“Antes de morir un hombre hizo 3 peticiones:

Que su ataúd fuese cargado por los mejores médicos de la época.

Que los tesoros que tenía fueran esparcidos por el camino hacia su tumba.

Que sus manos quedaran afuera del ataúd a la vista de todos.

Alguien asombrado preguntó: ¿Cuáles eran las razones de su petición? Él explicó: Quiero que los más inminentes médicos carguen mi ATAÚD para demostrar que ellos no tienen ante la muerte el poder de curar. Quiero que el SUELO sea cubierto por mis tesoros materiales, para que todos puedan ver que los bienes materiales aquí conquistados, aquí se quedan. Quiero que mis MANOS queden descubiertas, para que las personas vean que venimos con las manos vacías y con las manos vacías partimos y al morir nada material nos llevamos”.

MORALEJA:

1. El tiempo es el tesoro más grande y valioso que tenemos, podemos producir más dinero, pero no más tiempo para prolongar la vida. Cuando le dedicamos tiempo a una persona, le estamos entregando parte de nuestra vida, y es algo que nunca podemos recuperar. El mejor regalo que le proporcionas a alguien es tu tiempo, pues, para este hombre de las tres peticiones, su tiempo fue demasiado breve. Las lágrimas son la sangre del alma.
2. Agustín dice: si quieres conocer a una persona, no le preguntes lo que piensa sino lo que ama. Para este hombre de las tres peticiones, le faltó mucho amor. Nadie es feliz contra su voluntad.
3. El Papa Francisco manifiesta que el hombre de hoy debe mirar el pasado con gratitud. Vivir el presente con pasión y de abrazar el futuro con esperanza. El hombre de las tres peticiones, se quedó en su propio mundo. Mi peso es mi amor; él me lleva doquiera soy llevado.

4. Al hombre de las tres peticiones, le faltó ser más consiente de la realidad que debe emprender y de estar capacitado para enfrentarla con retos y proyectos que van surgiendo. El tiempo es un juez tan sabio, que no sentencia de inmediato, pero al final da la razón a quien la tiene.
5. El peor error del hombre de las tres peticiones, es creerse que tiene a alguien asegurado. Nadie es dueño de nadie. Nadie es propiedad de nadie. El amor es trabajo diario. Lo que descuidas lo pierdes. La verdadera perfección del hombre es descubrir sus propias imperfecciones.
6. Para el hombre de las tres peticiones, fue tarde encontrarse a sí mismo, pues, en la vida ni se gana ni se pierde, ni se fracasa ni se triunfa. En la vida se aprende, se crece, se descubre; se escribe, borra y reescribe; se hila, se deshila y se vuelve a hilar.

Como desenlace de esta anécdota, Dios no manda cosas imposibles, sino que, al mandar lo que manda, te invita a hacer lo que puedas y pedir lo que no puedas y te ayuda para que puedas.

En este artículo, Dios es fuente de nuestra felicidad y meta de nuestro apetito, presentaré siete aspectos fundamentales:

1. Fundamentos de la felicidad en Agustín.
2. Algunos antecedentes de Agustín de Hipona.
3. Dios, camino a la felicidad.
4. Nadie es feliz contra su voluntad.
5. Lo que amas eres: tarde te amé.
6. Cada hombre es lo que ama.
7. Dios, felicidad del hombre.

Agustín descubre que el amor es la belleza del alma, pues, la verdad es como un león, no necesitas defenderla. Déjala libre, se

defenderá a sí misma. La felicidad verdadera y segura en sumo grado la alcanzan, ante todo, los hombres de bien que honran a Dios, el único que la puede conferir (CD 2,23,1). Nadie es feliz contra su voluntad.

1. FUNDAMENTOS DE LA FELICIDAD EN AGUSTÍN

En Agustín el camino a la felicidad es la sabiduría que se encuentra en las honduras de uno mismo, que nos muestra a Dios y que se revela a través de la razón. Agustín indagaba la fe a través de la razón y Cristo era el centro de su búsqueda.

Con Agustín la persona humana distingue a lo largo de su vida varios cambios de grandeza. Dios debe custodiar no sólo cada pensamiento sino también el sentir del corazón, ya que es el lugar donde almacenamos todo lo que somos. El hombre perennemente lucha por su felicidad, pero si lo hace en sus propias fuerzas tendrá tiempos pasajeros de permanencia emocional, más si aguarda en Dios va a tener luchas y pruebas, pero su sentimiento perdurará.

La discrepancia primordial entre el gozo y la felicidad es que una es un estado mental y la otra un estado de ánimo. Este estado de ánimo es transitorio, ya que depende de bienes materiales, circunstancias o de personas que tengan que ver con lo anterior. Si se daña el bien material, si cambian las circunstancias o si alguien nos traiciona, nuestro estado de ánimo cambia y dejamos de ser felices.

Sin embargo, el gozo (que es parte de nuestro carácter) está basado en el carácter inmutable de Dios y lo que ha hecho. La Sagrada Escritura nos da algunas fuentes significativísimas de nuestro gozo:

Nuestra Fe (Rm 15,3; Flp 1,25).

Nuestra Salvación (Salmo 9,14; Flp 4,4).

La Vida Eterna (Salmo 16,11; Rm 14,17).

Esto representa que nuestro gozo no viene de nada en la tierra. Es por esto que nuestro gozo puede subsistir a pesar de nuestras circunstancias terrenales, porque no viene ni depende de nada aparte de Dios.

Dice Agustín, cuando un hombre descubra sus faltas, Dios las cubre. Cuando un hombre las esconde, Dios las descubre, cuando las reconoce, Dios las olvida. Caminamos buscando la felicidad y ella ya está aquí, ha estado desde siempre; insistimos en encontrarla afuera, en las esquinas del mundo, cuando jamás ha salido de nuestro templo.

El año 386, fue decisivo para san Agustín, por el bautismo que recibe en Milán, es el mismo año en que compuso el libro sobre la Vida Feliz.

Así comienza el libro:

“Si al puerto de la filosofía, desde el cual se procede a la región y a la tierra de la felicidad, ¡oh ilustre y magnánimo Teodoro!, condujera el camino guiado por la razón y la voluntad por sí misma, no sé si audazmente podría afirmar que llegaría allá un número muy inferior de personas, aunque ahora también, como vemos, son muy pocos los que llegan” (Vida feliz 1).

En Agustín el objeto de la felicidad está en que todos queremos ser felices. La felicidad reside en la perfección del alma. Somos demasiado débiles para descubrir la verdad por la sola razón.

Entiende la felicidad como gozo de la verdad, pues quien goza de la verdad goza de Dios, por quien son verdaderas todas las cosas. Lo que el hombre sabe lo sabe por Dios quien lo ilumina y le hace participar del porqué de las causas últimas, que no son entendibles por medio de la razón.

El que está lleno de amor está lleno de Dios mismo. Buscar para encontrar y encontrar para seguir buscando. En la búsqueda de la verdad no hay mejor medio que el de las preguntas y respuestas.

La felicidad va por la vida vestida de instantes, y para descubrir esos instantes hay que habitar el presente.

Dios es tu todo: si tienes hambre, es tu pan; y si tienes sed, es tu agua; y si estás en la oscuridad, es tu luz, que permanece siempre íntegra; y si estás desnudo, será tu vestido de inmortalidad, cuando todo lo que es corruptible se vista de incorruptibilidad y lo que es mortal se vista de inmortalidad (TEJ 13,5).

2. ANTECEDENTES DE AGUSTÍN DE HIPONA

El obispo de Hipona nace en Tagaste, una ciudad de la actual Argelia, el 13 de noviembre de 354. Patricio era su padre, un funcionario romano y su madre, santa Mónica, era una cristiana devota. Estudió Artes Liberales (*trívium*: dialéctica, retórica y filosofía y *cuadrívium*: aritmética, geometría, música y astronomía) y en 370 se fue a vivir a Cartago, donde tuvo contactos con el maniqueísmo, una doctrina religiosa que se caracterizaba por la creencia en la existencia de dos principios contrarios que luchan entre sí: el bien y el mal.

En 383 partió con destino a Roma, donde obtuvo el puesto de orador en la corte imperial de Milán. En esta ciudad, Agustín asistió a las prédicas del obispo Ambrosio, quien lo acercó a la fe cristiana. En el año 386, Agustín sintió una voz que clamaba: “*tolle, lege*”, y que traduce: “toma, lee”. Esto lo provocó a leer la “san Pablo a los romanos”, en la que encuentra las siguientes palabras que finalmente lo llevaron a la conversión: “Como en pleno día, procedamos dignamente: basta de excesos en la comida y en la be-

bida, basta de lujuria y libertinaje, no más peleas ni envidias. Por el contrario, revístanse del Señor Jesucristo, y no se preocupen por satisfacer los deseos de la carne” (Rm 13,13-14).

Luego de este episodio, Agustín fue bautizado por san Ambrosio el 24 de abril de 387, se ordenó sacerdote en 391 y se consagró como obispo cuatro años después en la ciudad de Hipona, actual Argelia, donde murió el 28 de agosto de 430 durante el sitio de los vándalos.

3. DIOS, CAMINO A LA FELICIDAD

Agustín expresa que Dios, camino a la felicidad. Cristo el Señor se humilló para que nosotros aprendiéramos a ser humildes (S 272A). La felicidad consiste en conocer y poseer a Dios. Agustín enseña que la felicidad radica en el proceso de tomar con alegría lo que la vida nos proporciona.

El camino a la felicidad está en Dios. Ofrece el apartado 12 de la obra *Sobre el libre albedrío* a explicar la existencia de una verdad fuera de nuestra inteligencia y Superior a ella. Cimienta su prueba en el hecho de que diversas inteligencias ven una misma verdad, y, por otra parte, esas inteligencias son versátiles, y la verdad, inmutable. Por lo tanto, existe una verdad Superior a nuestra razón. Esa verdad debe de ser nuestro Sumo bien.

En la pluma de varios escritores, la felicidad como camino se alcanza mediante el acercamiento o unión de uno mismo con Dios ya que es este el único que puede proveer el llamado Bien supremo. Lo que coinciden todas las reflexiones es que lo que todas las personas quieren es ser felices, pero siempre se tropiezan con la dificultad de no saber cómo lograrla y se delimitan a bienes materiales como, por ejemplo, el dinero, los placeres y otros.

Pero, con san Agustín, tratamos de hacer ver a las personas que la única manera de llegar a ser felices es mediante la unión con Dios con el uso de la razón que estas personas mantienen y además hacer ver que actualmente algunas personas se equivocan respecto a que la religión no usa la razón para fundamentarse. La felicidad engañosa es la más grande desdicha (CS 129,1).

Deseando toda la felicidad, muchos ignoran el modo de llegar a ella. Agustín expresa que todas las personas quieren ser felices y sustenta que no vamos a ser felices si no gozamos de Dios como fuente de nuestra felicidad. Pues, para ser felices se necesita perfeccionar algo más que el cuerpo, que en este caso sería el alma ya que esta es superior al mismo cuerpo y que para ser felices hay que buscar algo que la perfeccione, pero la debe de buscar dentro o fuera de esta. No puede ser buscada dentro ya que no estaría perfecta y que debe ser buscada fuera del alma la fuente de su perfección, solo quedaría Dios buscar aquellas virtudes que perfeccionen el alma y que por tanto haga feliz al hombre.

El camino a la felicidad es la sabiduría en Dios. Esta felicidad es la sabiduría, el conocer y poseer la verdad que solo se puede hallar en Dios que para Agustín es el bien Supremo del hombre y solo con este bien supremo se puede llegar a la felicidad. Los hombres están siempre dispuestos a curiosear y averiguar sobre las vidas ajenas, pero les da pereza conocerse a sí mismos y corregir su propia vida.

El Papa Francisco dijo que hacer el bien a todos, sin importar quién sea el otro, es un bello camino hacia la paz y es un deber de toda persona sin importar si es creyente o no. El Papa precisó además que hacer el bien no es cuestión de fe, es un deber, es un carné de identidad que nuestro Padre ha dado a todos porque nos ha hecho a su imagen y semejanza. Y Él hace el bien siempre.

Definitivamente, podemos evidenciar que la filosofía cristiana sí puede fundamentar la intervención de Dios en la felicidad

mediante la razón y la fe que la complementa. Esto lleva al descubrimiento, para algunos, de que la única manera de ser felices es incluyendo a Dios en nuestras vidas mediante la verdad y las virtudes que nos asemejarán más a él, pero siempre teniendo en cuenta que son los actos que hacemos los que tienden a la felicidad y que estos deben de ser posibles ya que si fueran actos imposibles esto generaría frustración para el hombre y rechazaría momentáneamente la posibilidad de ser feliz.

En Agustín es mejor cojear por el camino que avanzar a grandes pasos fuera de él. Pues quien cojea en el camino, aunque avance poco, se acerca a la meta, mientras que quien va fuera de él, cuanto más corre, más se aleja.

4. NADIE ES FELIZ CONTRA SU VOLUNTAD

En Agustín no basta con conocer; es preciso saber. Nadie es feliz contra su voluntad. ¿Todos queremos ser felices? Tropezamos con la pregunta que lleva a recapacitar de si, ¿todos queremos ser felices?, que Agustín dirige a sus interlocutores en su libro *De la vida feliz*, se la hace cada hombre, bajo una u otra forma, en la trayectoria de su vida.

Nadie es feliz contra su voluntad. Si anhelamos entender lo que significa la felicidad, concibiendo una definición, nos afrontamos con una innegable confusión, con una vacilación ardua de disipar: ¿Es posible alcanzar la felicidad y atesorarla o solo se puede aspirar a momentos felices? ¿Existe un camino que garantice ser feliz? ¿Existe la felicidad? ¿Es un mito, una abstracción o algo que efectivamente se puede alcanzar? Y si es posible conquistar la felicidad, ¿alcanzarla de qué depende? ¿De lo que cada uno haga? ¿De las circunstancias que nos rodean? ¿O de lo que el azar acerque a nuestra vida?

De inmediato confesamos que la felicidad no se reduce a la suerte afectiva de un cuerpo apropiado a su medio. El hombre debe reflexionar para edificar su vida según unos valores. No puede repudiar ni su libertad, ni su responsabilidad ante el compromiso voluntario de su acción. Dios lo que más odia después del pecado es la tristeza, porque nos predispone al pecado.

Ser feliz supone que el hombre sea capaz de lograr un equilibrio que supere sus objeciones y sus conflictos. Si el hombre quiere ser feliz, no debe olvidar que la felicidad es el resultado de una conquista primero sobre él mismo y luego sobre un mundo en el que debe tener en cuenta no puramente las fuerzas naturales, sino también a los demás hombres. Si quieres cambiar tu vida, cambia tus deseos.

Estos dos filósofos Séneca y Agustín coinciden en sus tratados que vivir feliz todo el mundo lo desea, pero descubrir en qué consiste lo que hace la vida feliz nadie lo ve claro, pues cuanto más la buscamos más nos alejamos de ella. Para estudiar en qué consiste el objeto de nuestras aspiraciones escribe su pequeño tratado *De la vida feliz*.

En una de sus primeras consideraciones Séneca advierte que debemos cuidarnos de no seguir como borregos el parecer de la mayoría, pues no suele ser nunca un criterio fiable de verdad, sino todo lo contrario. Delibera Séneca que hay una mejor luz para discernir lo verdadero de lo falso, en la propia alma, donde se puede revisar la vida y descubrir que muchos deseos y trabajos no nos dan ninguna felicidad. Cuando se trata de aprender no hay viejos ni jóvenes.

Anotamos que Agustín asimismo buscó la felicidad por diversos caminos. Aplicó su formidable inteligencia a indagar sobre ella y llegó a la solución de que la vida feliz consiste en gozar de la Verdad (con mayúscula). Aunque todos confiesen preferir la verdad a la mentira, no buscan la verdad absoluta que sirva de apoyo a todas las demás. Muy diferente al relativismo que nos carcome procla-

mando, sin rebozo, que todas las verdades son similares e invocando la tolerancia, nos blande a buscar la verdad absoluta sobre la que edificar nuestra vida. Pues, cada día somos menos felices y hemos llegado hasta confundir la felicidad con el estado de bienestar, cada día más estropeado. Nadie es feliz contra su voluntad.

5. LO QUE AMAS ERES: TARDE TE AMÉ

Agustín dice que haz lo que debes hacer y hazlo bien. Lo que amas eres. Esta es la única forma para alcanzar la perfección. La medida del amor es el amor sin medida. El camino a la felicidad está en Dios, dentro de nosotros. Solo hace falta que aclamemos: ¡Nos hiciste para Ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en Ti! (C 1,1,1). Con estas palabras, que se han hecho célebres, Agustín se dirige a Dios en las Confesiones, y en ellas está la síntesis de toda su vida.

Esta inquietud me conmueve y me hace reflexionar. Desearía partir de una pregunta: ¿qué inquietud primordial vive Agustín en su vida? O tal vez debería decir más bien: ¿qué inquietudes nos invita a suscitar y a mantener vivas en nuestra vida este gran hombre y santo? Expreso tres: la inquietud de la búsqueda espiritual, la inquietud del encuentro con Dios, la inquietud del amor. Las tres me llevan a estar con Dios, a estar en el camino de la felicidad y a ser feliz. Mi amor es mi peso. Soy llevado hacia lo que amo (C 13,9,10). Y el amor nace de lo más profundo de mi corazón. Por eso, de rodillas, vuelvo a pedirle a Dios como el salmista: “Crea en mí un corazón puro, renuévame por dentro con espíritu firme” (Sal 51,12). Quiero vivir para amar, quiero ser llevado por el amor. Quiero, como Agustín, como tantos más de ayer y de hoy, “vivir de amor y morir de amor”. Lo que amas eres.

Con Agustín, complacerse de la felicidad es un derecho que todos los hombres tenemos, forma parte del ideal de cada hombre y también del designio de Dios. ¿En dónde la buscas?, ¿ya la encontraste?, ¿te interesa conseguirla?, ¿qué medios estás poniendo para poseerla? Varias veces la buscamos fuera en las cosas que se nos muestran cordiales, buenas y en otras no tan buenas. La verdad no es mía ni tuya, para que pueda ser tuya y mía.

Agustín en un instante de su vida estuvo sediento de felicidad, la buscó y fue tras ella; pero en un momento de lucidez y claridad, se dio cuenta que la tenía dentro, muy dentro de su corazón, hasta llegar a exclamar en sus confesiones:

¡Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva,
tarde te amé! y tú estabas dentro de mí y yo afuera,
y así por de fuera te buscaba; y, deforme como era,
me lanzaba sobre estas cosas que tú creaste.
Tú estabas conmigo, pero yo no estaba contigo.
Reteníanme lejos de ti aquellas cosas que,
si no estuviesen en ti, no existirían.
Me llamaste y clamaste, y quebraste mi sordera;
brillaste y resplandeciste, y curaste mi ceguera;
exhalaste tu perfume, y lo aspiré, y ahora te anhele;
gusté de ti, y ahora siento hambre y sed de ti;
me tocaste, y deseo con ansia la paz que procede de ti
(Conf. 10, 27, 29).

Esta experiencia de la felicidad en el camino la encontró en Dios, la Verdad misma que daría sentido a sus interrogantes. Dios siempre está tratando de darnos cosas buenas, pero nuestras manos están muy llenas para recibirlas.

El camino que siguió hacia Dios fue más largo de lo que él hubiera querido, pero el Señor no demoró en transformar la pasión natural, la energía y la lucidez de Agustín para hacerlo un servidor suyo y de la Iglesia. Las perennes oraciones de Mónica, su madre, fueron así contestadas mucho más de lo que ella pudo haberse imaginado.

Sublimes las palabras de Agustín que luchó para alcanzar el camino de la felicidad, relatando cómo el Señor le trasladó de las tinieblas a la santidad. Qué gozo para el creyente comprobar esa “obra de arte”, que Dios hizo en Agustín.

Percibimos en Agustín el verdadero discernimiento, si das la espalda a la meta, no la alcanzarás jamás: El camino a la felicidad. Que no puede ser otro que el que tiene a Dios como destino. Ciertamente, es el Señor quien nos socorre y nos salva de nuestra ignorancia de su voluntad, de nuestra incapacidad de cumplir sus mandamientos, pues, Dios no toma en consideración tus talentos, sino tu disponibilidad. Cuando el Señor nos mira, aunque ve nuestros pecados, ve también aquello en lo que nos convertirá por su gracia. Aunque Él se hizo hombre, en realidad obraba nuestra alabanza.

San Agustín manifiesta lo que Dios le dice: “tú te transformarás en mí”. O como dice san Pablo: “vivo, pero no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí” (Ga 2,20). Y quien vive en y por Cristo, tiene hambre y sed de Cristo. Nos limpia, nos sana, nos libera del pecado, nos convierte en santos. Para ello nos creó, para ello nos eligió. Señor, sálvanos. Señor, santifícanos. Señor, sé el dueño de todo nuestro ser. Sé el Soberano de nuestras vidas y llévanos al Padre. De poco sirve decir la verdad con los labios y no con el corazón y está ya claro cómo la satisfacción de todos los deseos es la felicidad, que no es una diosa, sino un don de Dios (CD 5, pról.).

6. CADA HOMBRE ES LO QUE AMA

Agustín dice que caminamos detrás de lo que buscamos y nuestra búsqueda va en pos de nuestro amor. Nadie duda que la virtud es la perfección del alma. Ahora bien, esta virtud, o es el alma misma, o es algo fuera de ella. En Dios tenemos el compendio de todos los bienes. Dios es nuestro Sumo bien. Ni debemos quedarnos más bajo ni buscar más arriba. Lo primero sería peligroso; lo segundo, imposible. Cada hombre es lo que ama.

La felicidad, de una forma u otra, siempre ha estado en el camino del saber y en algunos casos incluso ha llegado a convertirse en uno de las percepciones clave alrededor del cual surgieron diferentes escuelas de pensamiento. De hecho, la felicidad desempeñó un papel protagonista en la aparición y el desarrollo de la ética griega.

Los filósofos griegos se plantearon dos preguntas fundamentales: qué es la felicidad y qué hace felices a las personas. Sus respuestas dieron lugar a tres posturas diferentes:

- a. La de Aristóteles, que afirmaban que ser feliz implicaba lograr la autorrealización y alcanzar las metas que nos hemos propuesto, logrando un estado de plenitud y armonía del alma. Esta corriente filosófica se conoció como eudemonismo.
- b. Otros, afirmaban que la felicidad significaba valerse por sí mismos, ser autosuficientes y no tener que depender de nadie. En este sentido, los seguidores del cinismo afirmaban que todos llevamos dentro los elementos necesarios para ser felices y autónomos, pero para lograrlo necesitamos seguir una vida sencilla y acorde a la naturaleza. Por su parte, los estoicos iban un paso más allá y afirmaban que solo se puede alcanzar la verdadera felicidad cuando se es ajeno a las comodidades materiales y se sigue una vida basada en la razón, la virtud y la imperturbabilidad.

- c. Por último, la corriente del hedonismo. Su máximo representante, Epicuro, la felicidad personificaba experimentar placer, tanto a nivel físico como intelectual, huyendo del sufrimiento. No obstante, también indicaba que la clave para ser feliz radicaba en evitar los excesos, porque estos terminan provocando angustia. Epicuro apuntaba que se debe cultivar el espíritu sobre los placeres de la carne y que es imprescindible hallar un punto medio.

Cada hombre es lo que ama. En Agustín el camino a la felicidad se convirtió en un extenso proceso curioso en la historia de su vida. Vagabundó perdido durante décadas, sin ser capaz de ligarse firmemente a unas creencias o valores que dieran sentido a su vida. Prefirió por una existencia saturada de placeres que, lejos de hacerle feliz, le llevó a la más absoluta desesperación.

La vida de Agustín es un asombroso ejemplo del inmenso peso que pueden tener en nuestro futuro del saber que conservamos y los valores de identidad que la sustentan: El amor arrastra y potencia la actividad de conocer y a la vez da sentido y dinamiza la búsqueda que el hombre emprende: aproximarse al amor de Dios en el camino a la felicidad, ama y haz lo que quieras. Si callas, callarás con amor; si gritas, gritarás con amor; si corriges, corregirás con amor; si perdonas, perdonarás con amor. Si tienes el amor arraigado en ti, ninguna otra cosa sino amor serán tus frutos.

Nadie da lo que no tiene y por lo mismo es significativo que- rernos a nosotros mismos para amar a nuestra familia. Qué bueno que veamos y percibamos nuestro error o falta y demos un paso al cambio libre y responsable. Que asumamos nuestra misión con amor y sacrificio. Todo esto nos recuerda que algunas veces, realmente importa cómo concebimos las cosas y cómo las vamos situando en su justo lugar, para el bien de todos.

Recuerda que todas las personas nos equivocamos, aprende a perdonar. Pedir Perdón, no es humillarse, es reconocer que fallamos y queremos cambiar ya que enamorarse de Dios es el romance más grande; buscarle la mayor aventura; para encontrarlo, el mayor logro humano. No se entra en la verdad sino con el amor. Lo que amas eres. No es lo mismo vivir que vivir felizmente. Cada hombre es lo que ama.

7. DIOS, FELICIDAD DEL HOMBRE

San Agustín dice “el hombre nuevo nace del viejo, porque la regeneración espiritual se inicia con el cambio de la vida terrestre y mundana” (CS 8,10). La felicidad del hombre es la felicidad del alma. La felicidad es Dios. Ninguno duda que la virtud es la perfección del alma. No quieras derramarte fuera; entra dentro de ti mismo, porque en el hombre interior reside la verdad; y si hallares que tu naturaleza es mudable, trasciéndete a ti mismo, mas no olvides que, al remontarte sobre las cimas de tu ser, te elevas sobre tu alma, dotada de razón. Encamina, pues, tus pasos allí donde la luz de la razón se enciende” (VR 39,72).

En el interior del hombre existe un afán de felicidad y de realización, que es parte de la naturaleza humana, las personas están llamadas a vivir en comunión con Cristo. Solamente el amor de Dios puede llenar al hombre plenamente. Como esta felicidad tan ansiada, este amor que no cesa es difícil de encontrar muchos se desvían en su búsqueda poniendo la felicidad en cosas, o personas que nunca van a dar la satisfacción plena. Otros desisten y otros desesperan.

Agustín al recordar escenas de su vida pasada de la lucha y renunciaciones del pecado para llegar a Dios, presenta que la felicidad del hombre es la felicidad del alma. Su objeto de felicidad residía

en que todos deseamos vivir felices. No hay nadie en el género humano que no esté conforme con este pensamiento, aun Agustín antes de su lucha por encontrar a Dios. El amor es la belleza del alma. Ama a Dios, y haz lo que quieras.

Agustín en el año 382 se establece en Roma. Esta nueva etapa significará su acercamiento al neoplatonismo. La amistad con san Ambrosio, Obispo de Milán, y otros religiosos notables, será crucial para su posterior conversión al catolicismo. Agustín acude a Milán, primero conducido por la curiosidad. Desea escuchar al gran orador, Ambrosio.

Los sermones del pastor no solo le causan admiración por su elocuencia, sino que lo ayudan a disipar viejos prejuicios maniqueos contrarios al Antiguo Testamento. Ya catecúmeno va descubriendo la noción cristiana de Dios, atrayendo su alma inquieta. Pero todavía encuentra demasiados escollos en el camino. Le cuesta renunciar a los éxitos de la vida mundana y a las ambiciones retóricas.

Agustín libra aún un combate interior entre el escepticismo intelectual que lo retiene y el ideal de alcanzar la certeza en la fe cristiana. Se repite la experiencia del Hortensio, tropezando con unos libros de los neoplatónicos, “Sobre la belleza de Plotino” y “Sobre el retorno del alma” de Porfirio.

Estas lecturas le ayudan a superar un conflicto interior que había permanecido sin solución desde sus días de maniqueo: el problema del mal y el pecado. Dios es fuente de nuestra felicidad y meta de nuestro apetito. La felicidad está en la perfección del alma. La felicidad es Dios. Nadie duda que la virtud es la perfección del alma.

Todos y cada uno de los hombres pasan la vida buscando la felicidad eterna, el ser siempre felices. Se busca algo que nunca se acabe, una felicidad infinita que sea capaz de llenarle. Esto trae como consecuencia la necesidad de certezas, de algo en qué agarrarse.

San Agustín interpreta las palabras del Apóstol: “Alegraos siempre en el Señor” (Flp 4.4-6). El Apóstol nos manda alegrarnos, pero no en el siglo, sino en el Señor. Hay dos gozos diferentes: uno es el gozo de este siglo y otro el gozo de Dios. Hay dos gozos de Dios: uno en esta vida y otro en el cielo. Pero ¿cómo no me podré alegrar con el gozo de este siglo, si vivo en él? Levantándome sobre este mundo y pensando en Cristo. Cristo está cerca. En Dios tenemos el compendio de todos los bienes.

Recordar que para san Agustín “el amor arrastra y potencia la actividad de conocer y a la vez da sentido y dinamiza la búsqueda que el hombre emprende: aproximarse al amor de Dios”.

Concluamos con estas palabras de Charles de Foucault:

Padre, me pongo en tus manos

Padre, me pongo en tus manos.

Haz de mi lo que quieras.

Sea lo que sea.

Lo acepto todo con tal que tu voluntad
se cumpla en mí y en todas tus criaturas.

No deseo nada más, Padre.

No deseo más.

Pongo mi alma en tus manos.

Te la doy, Dios mío,
con todo el amor del que soy capaz.

Porque para mí amarte es darme
entregarme en tus manos sin medida,

con infinita confianza,
porque Tú eres mi Padre.

Amén.



*Este libro fue editado por la Editorial Uniagustiniana
en abril de 2022. Bogotá, Colombia.*